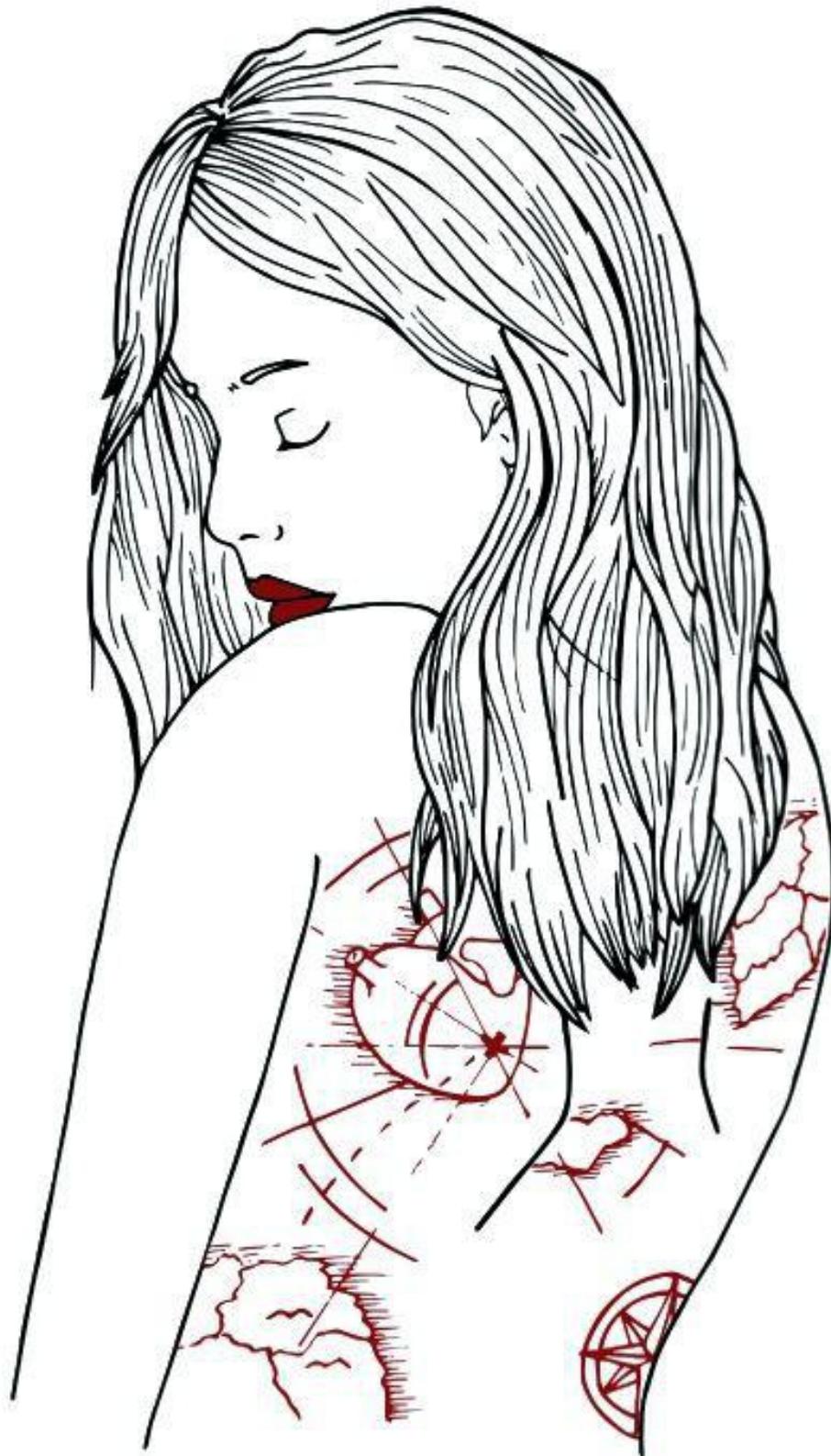


País de Paso

LAURA GIRÓN



País
de Paso

LAURA GIRÓN LARA



País
de Paso

LAURA GIRÓN LARA



Bilología Viájame

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

© Del texto: Laura Girón Lara

© De la ilustración de portada: José Silvestre Sevino

© Foto solapa autora: Pablo Sánchez del Valle

© De esta edición: Editorial Sargantana

Email: info@editorialsargantana.com

www.editorialsargantana.com

Los papeles que usamos son ecológicos, libres de cloro y proceden de bosques gestionados de manera eficiente

Primera edición: Septiembre 2016

Segunda edición: Octubre 2016

Impreso en España

ISBN: 978-84-16900-12-1

Depósito legal: V-2029-2016

*“No fue justo.
Tampoco pude darle más.
Para ella el amor era un hogar,
para mí un hotel de paso”
Marwan*

Índice

- 1 - TABULA RASA 11
- 2 - YO ANTES DE ÉL 13
- 3 - UNO DE AGOSTO 21
- 4 - ME PARECE MÁS QUE BIEN 35
- 5 - IGNORANDO SENALES 45
- 6 - ¿AMIGOS O MÁS QUE AMIGOS? 51
- 7 - NOS VAMOS DE RUTA 61
- 8 - BAJO MI PIEL 69
- 9 - TAMBIÉN SE NOS DABA BIEN HABLAR POR TELÉFONO 77
- 10 - QUÉDATE A DORMIR ESTA NOCHE 87
- 11 - PRIMEROS RAYOS DE SOL... Y PRIMERAS NUBES 99
- 12 - LEYENDO A LOS CLÁSICOS 107
- 13 - ¿NOS VAMOS? 113
- 14 - EL MAR, EL CIELO ESTRELLADO Y ÉL 121
- 15 - "LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS" 131
- 16 - DE VUELTA AL MUNDO REAL 139
- 17 - NO VUELVO A BEBER MÁS EN LA VIDA 145
- 18 - LAS MEJORES COSAS DE LA VIDA SON LAS QUE NO SE VEN 155
- 19 - "YO TE SIGO PORQUE CREO QUE EN EL FONDO HAY ALGO" 165
- 20 - A VECES LAS COSAS SON MÁS FÁCILES DE LO QUE PENSAMOS 173
- 21 - MI FAMILIA, MI HOGAR 179
- 22 - ERES LA ÚNICA 189
- 23 - VIÁJAME 199
- 24 - ¿MIEDO? 209
- 25 - TODO ESTÁ BIEN 219
- 26 - ¿BAILAS? 229
- 27 - TREINTA Y UNO DE AGOSTO 237
- 28 - EPÍLOGO 247
- 29 - ALEJANDRO 253

1. TABULA RASA

Antes incluso de saber su nombre ya sabía que se marchaba, y aun así acabé enamorándome de él. Supe que me había enamorado en el mismo momento que me di cuenta de que él, lo más probable, es que no lo hiciera de mí.

Él, Alejandro, es una de esas personas que entran en tu cabeza como una apisonadora, destrozando todo atisbo de cordura e impidiendo que pudiera tomar buenas decisiones que evitaran que lo volviera a pasar mal a causa del maldito amor, que tanto me había quitado y poco me había dado hasta ahora. Estar cerca de él era como moverse alrededor de una mina anti-persona, cuando te acercas demasiado, más allá del límite de seguridad establecido, todo salta por los aires, lo destroza todo, a ti y a todas las personas que estamos a su alrededor. A pesar de saber que esta historia ya tenía un final escrito, y que seguramente era yo la que no saliera muy bien parada, no pude alejarme de él. Necesitaba estar lo más cerca posible, como un insecto a la luz que cegado no puede evitar acercarse más y más hasta que queda atrapado.

Yo, Helena con hache, soy una de esas personas que cuando me enamoro no se me pasa fácilmente. No soy una persona enamoradiza, y quizás, hasta que conocí a Samuel no había sentido lo que es estar enamorada con todas las letras, pero la historia no acabó que digamos bien por lo que a mí respecta. Ahí me di cuenta que lo de un clavo saca otro clavo, hay más peces en el río y demás frasecitas post-rupturas no funcionaban conmigo. Tras descubrir lo mucho que me afectaba el desamor y como me costaba volver a empezar, tenía que ser muy cauta y tener muy buen ojo para la próxima vez que conociera a alguien que me hiciera sentir algo especial, porque me negaba tajantemente a volver a pasar por lo mismo. Y es que se ve que yo no sabía hasta aquel momento en que Samuel decidió irse de mi vida, el significado del verbo olvidar y lo que conllevaba aplicarlo.

Pero conocí a Alejandro, y olvidé todo lo que me había mentalizado y repetido hasta la saciedad como un dogma: que no debía darlo todo a alguien y no dejar nada de mí en mí. Ahora con el tiempo, reconozco que me salté todas las reglas auto-impuestas y que algo dentro de mí, siempre supo que no estaba haciendo lo correcto, si entendemos por “lo correcto” aquello que no me hiciera sufrir, pero era inevitable lanzarse al vacío cuando conoces a una

persona como él, cualquier daño colateral, aunque seas tú misma, con él valía la pena.

Y llegó el uno de agosto, con mi cabeza como una “tabula rasa” y mi corazón nuevecito para estrenar, conocí a Alejandro y mi vida cambió.

2. YO ANTES DE ÉL

La verdad es que por fin podía decir que me había olvidado totalmente de Samuel, ya no pensaba en él de una forma romántica, ya no dolía como al principio. Habían pasado exactamente 527 días, casi dos años para conseguir que él no siguiera formando parte de los pensamientos del día a día, parte de mí, al fin y al cabo. Por tanto, teniendo en cuenta que estuvimos juntos tres años y tardé casi dos en olvidarme de él, esto da el resultado de que había perdido cinco años de mi vida, un lustro, pensando en un auténtico imbécil al que le había dado más de lo que se merecía, mi tiempo y mi espacio. Le había permitido que entrara en lo más profundo de mis sentimientos, le di mi yo entera, y todo esto, ciertamente no deja en buen lugar mi patético orgullo.

Pero bueno, ahora ya no pensaba en él casi para nada, mis tripas ya no reaccionaban cuando existía la posibilidad de encontrármelo en algún lugar que en su momento solíamos frecuentar juntos. Samuel me dejó el día de Navidad, se marchó del estudio que compartíamos desde hacía un año, un veinticinco de diciembre. Aquel día me regaló un adiós envuelto con un “ya no eres la misma chica de la que me enamoré, creo que ya no te quiero”.

La forma en la que Samuel y yo nos conocimos no fue para nada original: en un bar, un jueves universitario y un par de copas de más. Es cierto que él no era el típico tío en el que te fijas, no parecía para nada uno de esos adonis que anuncian perfumes en televisión únicamente con unos minúsculos calzoncillos blancos en mitad de un sitio paradisíaco. Aunque físicamente no llamó mi atención, su personalidad me enamoró al instante, era arrolladora, tenía algo, podríamos llamarlo carisma, quizás. Nos intercambiamos los teléfonos y empezamos a vernos tras las clases de la universidad en la cafetería. La verdad es que congeniamos enseguida, con él me sentía feliz, tranquila, más guapa y más lista, tenía la sensación de que él conseguía sacar lo mejor de mí. Era como si hubiera descubierto una Helena que no conocía, que estaba oculta, una que me caía mucho mejor que la anterior, que no tenía la enorme suerte de tenerlo a su lado. Porque sí, yo pensaba que me había tocado la lotería el día que él decidió que quería estar conmigo. Lo sé, estaba tonta perdida, mi autoestima y amor propio dejaban mucho que desear.

Nos fuimos a vivir juntos tras terminar la carrera cuando llevábamos casi

dos años de relación. Durante ese año de convivencia, el primero y el último, yo empecé a trabajar y él se dedicó a estar en casa y pensar que hacer con su vida. No tenía claro si debía volver a estudiar otra carrera, un máster o buscar trabajo, y mientras tanto sus padres pagaban su parte del alquiler y los gastos correspondientes. Reconozco que me esperaba que ese hombre de personalidad arrolladora y tanto carisma que había conocido en la universidad, se comiera el mundo una vez nos graduáramos. Yo estaba muy enamorada y defendía a capa y espada su actitud diciéndoles a los que comentaban su situación, que todos nos merecíamos un tiempo de reflexión para saber que queremos hacer con nuestras vidas tras la universidad, pero llegó un momento que los argumentos que utilizaba ya no me convencían ni a mí.

Ahora puedo decir con la perspectiva que da el tiempo y el espacio que nos separa, que quizás Samuel no tenía una personalidad tan arrolladora, ni era tan especial. Lo único que ocurrió fue que él apareció en mi vida en el momento y el lugar en el que yo necesitaba a alguien, alguien que me mirara, y él, aquel jueves universitario simplemente me miró.

Tiempo después descubrí que la verdadera razón por la que Samuel me dejó no fue porque yo había cambiado, fue más bien porque conoció a una chica una noche que salió de fiesta con sus amigos. Una noche durante su “año de reflexión”, en la que yo no podía acompañarle porque según él y palabras textuales: “le cortaba el rollo y necesitaba un poco de aire, salir de la rutina que le estaba ahogando”. No entiendo como en aquellos días no veía que aquel comportamiento era el principio del fin de nuestra relación.

Cuando se fue del estudio no me dijo que había conocido a alguien, solo que creía que ya no estaba tan enamorado de mí como para seguir viviendo juntos, que sentía que se le estaba contagiando mi conformismo, por eso no avanzaba ni podía tomar decisiones. Pero nada de eso era cierto, se había ido con otra, con la que supongo me estuvo engañando un tiempo antes de que decidiera marcharse. Tuve la suerte y el privilegio de poder conocerla cuando entró en la cafetería en la que yo estaba tomando un café con una amiga. Cuando lo vi entrar agarrado de la mano de una cría, poco más de un mes después de haberse marchado, creí morirme, literalmente, el corazón se me salía del pecho, las manos me sudaban y me costaba respirar. Cuando me vio, su cara no mostró ningún signo de sorpresa, ni dolor, ni de nada, era como si

hubiera visto a cualquier persona, porque eso era yo para él en aquel momento, cualquiera.

Se acercó a mi mesa con ella de la mano, por supuesto no me iba a levantar de la silla y saludarle como si nada, lo de ser simpática estaba descartado.

—Hola Hele, ¿cómo estás? —¿En serio?, ¿cómo estoy?, ¿cómo no había visto antes lo rematadamente gilipollas que podía llegar a ser?

—Genial, muy bien, estupendamente, perfecta. —Sí, dije todos los sinónimos de bien que se me ocurrieron, tenía que decirlo en voz alta de todas la maneras posibles para parecer un poco sincera, porque ni yo me lo llegaba a creer.

—Sam, ¿ella es Helena tu novia? —Y la chica habló, abrió su boca para confirmarme lo que me imaginaba, que era tonta de remate, y ¿Sam?, ¿desde cuándo Samuel había mutado a Sam? En serio, tuve que contener hasta una arcada.

—Su ex novia —respondí.

En mi imaginación ya me había levantado de la silla, tirado el café ardiendo sobre las partes tan poco nobles de él y quitado las extensiones de ella de un sopapo.

— Ah bueno ya... claro... ahora estamos juntos. —En serio ¿cómo me había podido dejar por una cría que parecía casi borderline?

—Bueno Hele, me alegro que estés bien. —Tarde capullo, ya había podido ver lo bajo que había caído, y también me di cuenta que si yo creía que Samuel sacó lo mejor de mí, Sam sacaba lo peor.

Esa tarde la única razón que pude encontrar para que él estuviera con ella, es que se la chupara tan bien que le hubiera absorbido hasta el cerebro y se hubiese tragado su “personalidad arrolladora”. Porque el Samuel que vi aquel día no tenía nada que ver con el chico que conocí en la universidad, y el cual posiblemente yo, quizás, había idealizado de más, pero del que en ese momento, lamentablemente, aún estaba enamorada.

Tras su marcha, tuve que dejar el estudio que compartíamos, ya que yo sola no podía hacer frente con el alquiler completo y los gastos, así que volví a compartir piso como en mi época de estudiante. Admito que en aquel momento, me pareció la mayor putada del mundo volver a convivir con

desconocidos, pero creo que me ayudó bastante a superar la ruptura de Samuel y poder empezar de cero.

Visité varios pisos, de estudiantes tan sucios que no podía ver el verdadero color del suelo, luego el de una chica que compartía piso con dos perros y cuatro gatos, y hasta una casa que era habitada por un espécimen que no sabría si catalogar como de la raza humana, así que decidí quedarme con Lucía y Jaime, una pareja enamoradísima con un piso luminoso y limpio, al menos ellos parecían normales, encoñados, pero normales.

El piso era bastante nuevo, decorado con gusto, muy limpio, amplio y luminoso, tenían hasta un pequeño huertecito de plantas aromáticas en el balcón. La zona en la que se encontraba estaba genial y bien comunicada para coger el metro e ir al trabajo todos los días. El piso me encantaba tanto que me auto-convencí que valía la pena aguantar las carantoñas de la pareja, que subían mi azúcar a niveles estratosféricos, a cambio de esa habitación disponible tan bonita. Incluso pensé que sería bueno en mi estado, convivir con una pareja asquerosamente enamorada en el momento que más destrozada emocionalmente estaba yo, me lo planteé como una especie de terapia de choque.

Por suerte, un par de meses después de haberme mudado, a Lucía le ascendieron en el trabajo y se mudaron a un pequeño piso que podían permitirse. Y digo por suerte, porque la terapia de choque que me había auto-impuesto iba fatal. Con ellos cerca no es que me sintiera sola, es que me sentía abandonada como un cachorro, hecha un trapo, y reconozco que muchas noches me dormía llorando, sin llegar a entender porque yo no podía tener lo mismo que tenían ellos, me preguntaba que había hecho mal para que Samuel dejara de quererme y prefiriera estar con la niña tonta tetona que conoció en una discoteca. Así que el quedarme sola en el piso lo vi más bien como una liberación, y como ahora yo era la responsable de buscar mis propios compañeros de piso, veté la entrada a gente enamorada, ahora yo mandaba en la República Independiente del Amor Apesta.

Cuando la parejita se marchó me mudé a la habitación de matrimonio, la más grande del piso y con baño propio, por fin parecía que el karma empezaba a portarse bien conmigo.

Pablo fue el primero que ocupó una de las habitaciones, nos caímos bien

inmediatamente, teníamos un sentido de humor parecido, abogado, asturiano, alto, ojos azules, pelo negro, buen gusto para vestir y soltero con dificultad para el compromiso. Al poco tiempo de instalarse pude comprobar a lo que se refería con su “dificultad al compromiso”, era más bien un miedo aterrador a ver dos veces a la misma chica en su cama. Muchas mañanas mientras me tomaba el café en la barra de la cocina, disfrutaba de desfiles matutinos de la vergüenza protagonizados por mujeres de todas las edades, colores y tamaños, que salían de su dormitorio directas a la puerta de salida con la ropa de la noche anterior y cara de circunstancias. Imposible que pudiera fijarme en Pablo más allá que como compañero de piso / amigo, en aquella época yo tenía instalada la alarma contra cabrones, y él solo veía en mí una pobre chica engañada que tenía que cuidar más que acostarse conmigo. Porque en aquel momento yo daba bastante pena y lo único que podía despertar en los hombres era el deseo de adoptarme más que pasar una noche de sexo desenfrenado.

Tras un par de inquilinos del sexo masculino nada destacables, llegó Ana. Nada más verla Pablo y yo lo tuvimos claro, queríamos que se quedara. Yo necesitaba una compañera, creo que tenía tantas ganas de compañía femenina que me hubiera lanzado sobre cualquiera que viniera con un par de tetas. Según Pablo le gustó Ana porque parecía muy dulce, optimista y destilaba positivismo, y era justo lo que yo necesitaba para animarme, conociéndolo como lo conozco, él también se lanzó sobre el par de tetas, ni positivismo ni leches, seamos sinceros.

Tras varios días de convivencia con ella pudimos comprobar que no nos habíamos equivocado, la primera impresión que tuvimos fue correcta, era un amor de persona. Pelo rubio oscuro natural, de estatura similar a la mía, ojos color marrón y de profesión, fisioterapeuta.

No nos costó coger confianza y la convivencia en el piso era casi perfecta, y digo casi, porque sí, Pablo iba siempre impecable e incluso se duchaba varias veces al día, pero lo de limpiar el piso eso era otra historia, así que teníamos algún roce que otro por las pelusas que a veces se paseaban por el salón como si fueran bolas del desierto. Pero en general había buen rollo, y una de las cosas que más nos gustaba al finalizar el día, era sentarnos los tres en el sofá y ver alguna película o programa juntos. Aunque habían pasado meses desde que Samuel desapareciera de mi vida, el binomio Ana - Pablo era lo que yo

necesitaba. Impedían que me sintiera sola, nos cuidábamos y preocupábamos por nuestra salud física y mental. No solo éramos meros compañeros de piso, éramos amigos, una familia un poco disfuncional, pero una familia al fin y al cabo. Vivía con una fisioterapeuta que me daba masajes cuando estaba estresada y un abogado que me representaría si mataba a Samuel en un arrebato de locura, no podía pedir más en aquel momento.

3. UNO DE AGOSTO

Por fin, ¡vacaciones!, que ganas tenía de que llegaran, este año casi no había podido coger días libres, así que ahora tenía ante mí un mes enterito, todo agosto, treinta días a mi disposición. Aún no tenía claro que hacer con tanto tiempo libre, y tampoco había preparado ningún plan en especial, quizás visitar a mis padres al pueblo y disfrutar de la playa, también había medio hablado una escapada con Pablo a su Asturias patria querida, y puede que acompañar a Ana a su pueblo unos días y conocer a su familia.

Necesitaba salir ya de aquella oficina gris, literalmente, todo era blanco, negro y gris, muy sobrio, serio y alemán. Como su nombre indicaba Westermann Company, es una empresa alemana afincada en Valencia, que se dedica a ayudar a alemanes a establecer sus negocios en España. Mi padre tuvo la brillante idea que aprender un idioma como el alemán me abriría puertas el día de mañana para poder encontrar un buen trabajo. Me apuntó a clases con tan solo ocho años con la señora Metzler, una agradable mujer de unos sesenta años que había huido de la gélida Alemania hacia la costa mediterránea en cuanto su marido se prejubiló. La señora en cuestión, tenía una increíble paciencia, porque a mí me parecía un auténtico coñazo aprender un idioma que me dejaba la lengua de trapo y que me costaba horrores leer y pronunciar palabras con más consonantes que vocales. Pero sí, lo reconozco y se lo agradezco, mi padre fue un visionario de los años noventa, porque a pesar de los tiempos que corren nunca me ha costado encontrar trabajo.

Mi padre, profesor de literatura clásica griega en la universidad, me puso de nombre Helena, y la frase “con hache” se había convertido casi en mi apellido, me había pasado toda mi vida diciendo, “Hola soy Helena, con hache”. Me pusieron el nombre de una de las mujeres más bellas de la historia clásica y también conocida por ser la culpable de la Guerra de Troya. Siempre he considerado que era un nombre muy grande para una persona tan pequeña como yo, y a veces me daba la sensación que llevaba el peso de la historia sobre mis hombros, era tocaya de Helena de Troya, nada más y nada menos.

Pero bueno, a lo que íbamos, era mi último día de trabajo antes de las ansiadas vacaciones, así que *Auf Wiedersehen!*, mis queridos compañeros de

trabajo.

Llegué a casa por la tarde, y tras una buena ducha, me puse en el salón con el portátil a ver si tenía la suerte de encontrar algún plan interesante para poder hacer durante esos treinta días que tenía disponibles. Mataría por alguna escapada a un lugar exótico de Asia, por ejemplo. Tras casi un año sin salir de la oficina rodeada de la “chispa y alegría” de mis compañeros, seguro que mi aura estaba bien sucia y mis chacras cerrados a cal y canto. Pero mi economía no daba para tanto, así que quizás lo mejor era conformarse con las escapadas que había pensado con Ana y Pablo, y puede que visitara algún día algún balneario – spa de la ciudad.

Sobre las seis de la tarde llegó Ana, tiró su bolso sobre la mesa del salón y se sentó a mi lado en el sofá.

—Estoy muerta, no me siento los brazos. El último paciente tenía la espalda hecha un nudo marinero. Últimamente solo me tocan los viejecitos blanditos, a ver si me dejan algún chico de estos que se entrenan para un triatlón, un deportista durito para que pueda tocar sus músculos torneados ¡Ay! Hele que necesitada estoy...

—Bueno ya es viernes, y te recuerdo que hoy empiezo mis vacaciones. Lo podemos celebrar con una hamburguesa y película, o como me siento tan feliz y generosa, te podría acompañar a tomar algo para que puedas encontrar algún chico de esos que hablas con músculos marcaditos que tanto necesitas.

—¡Nooo, me vas a matar! Como esta semana casi no nos hemos visto se me olvidó comentarte una cosita.

—¿Ya tienes planes?, no pasa nada yo me quedo la mar de bien aquí tranquilita en el sofá viendo una película.

—Que no, calla, déjame hablar, resulta que mañana es mi cumpleaños.

—¡Ah sí! ¡Qué callado te lo tenías! ¡Pues salimos a celebrarlo mañana!

—Que no... La cuestión es que lo celebro hoy. —Y puso esa carita de pena que tan bien le salía.

—Pero Ana...

—Lo sé. Tenía que haberte avisado antes, pero mira no tienes plan y además va ser algo muy tranquilo, una cena de picoteo con unos pocos amigos en el ático de mi primo Marcos.

—Así, sin más, esta noche. Te voy a matar Ana. ¡No te he comprado nada!

—¡Y qué más da! No te preocupes por el regalo, además mi cumpleaños es mañana, aun tienes tiempo de buscarme algún detallito. —Me guiñó un ojo, me dio un beso en la mejilla y se levantó del sofá.

Antes de desaparecer por el pasillo camino a su habitación, se quedó en el marco de la puerta del salón y siguió hablando para intentar suavizar el golpe del cumpleaños sorpresa.

—Te lo tenía que haber comentado antes, pero la verdad es que estaba tranquila porque contaba con tu presencia. A ver, no me malinterpretes, pero tu vida social no es que sea la repanocha. —Ana soltaba de vez en cuando palabras y frases que me hacían poner los ojos en blanco, era una de esas cosas que no reconocería ni bajo coacción pero que me encantaban de ella.

—Gracias por el halago, eres un sol —le dije mientras ponía una sonrisa irónica—. ¿Y a Pablo le has comentado algo?

—Sí, lo sabe desde principio de semana, va a ir directo desde el bufete, por lo visto tiene bastante trabajo.

—Ya veo que en este piso hay clases y clases. —Fingí hacerme la ofendida.

No me podía enfadar con ella, al fin y al cabo tenía razón, esa semana había estado bastante ocupada intentando terminar todo el papeleo que tenía pendiente para poder irme de vacaciones sin tener que pensar luego en el trabajo. Y sí, tampoco se equivocaba cuando mencionó lo de mi “agitada” vida social, desde que Samuel se fue me había vuelto un poco ermitaña, muchos amigos que tenía antes eran compartidos con él, así que acabé distanciándome de ellos para evitar que coincidiéramos, eso dió como resultado que solo salía alguna vez puntual si Pablo y Ana me lograban convencer.

—Bueno, ¿a qué hora es el gran evento? —pregunté.

—Pues a las nueve y media es la hora oficial, yo me iré antes porque he quedado con un amigo a tomar una cerveza que no puede quedarse a la fiesta, ¿te apuntas también?

—¡Ni de coña! Si ya son las siete, y aún tengo que enviar un par de correos de trabajo y arreglarme. Mejor nos vemos en el ático, mándame la ubicación al móvil y aparezco por allí.

—¡Ok! Pues yo me voy a dar una ducha rápida y salgo pitando.

A los veinte minutos Ana salía por la puerta vestida con vestido rosa claro con unos pajaritos azules turquesas, unos zapatos de taconazo de color beige, pelo recogido en un moño alto, perfecta y oliendo a flores. No sé cómo lo hacía esta chica para estar estupenda en menos de media hora, yo necesitaba al menos dos horas para estar algo presentable.

—¡Estás guapísima! —le dije desde el sofá cuando la vi aparecer en el salón.

—¡Lo sé! —Me guiñó un ojo —. Y me voy corriendo. Por favor no llegues tarde.

—Qué fama me habéis puesto, a las nueve y media estoy allí como un clavo.

Vale, también lo reconozco, culpable, además de mi fama por mi “agitada” vida social, también era conocida por mi impuntualidad.

—¡Eso me muero por verlo! Ciao! —Y me lanzó un beso con sus labios pintados de rosa a juego con su vestido.

Y sí, tal y como había predicho Ana antes de irse de casa, llegaba tarde, pero solo veinticinco minutos. Juro y rejuro que lo intentaba pero no había manera, y eso que si me ponía al lado de Ana la que parecía que se había arreglado en veinte minutos era yo. Me había decidido por unos vaqueros azul claro un poco rotos y una blusa negra, pelo suelto liso y zapatos de tacón negros. Sabía que no iba a destacar mucho por mi modelito, pero es que tampoco tenía ganas de llamar la atención de nadie en particular.

Entré en el ático del primo de Ana, donde ya había bastante gente celebrando el cumpleaños, la pobre no se extrañó en verme aparecer tan acelerada y pidiéndole perdón.

—Lo siento, lo siento... ¡El metro hoy iba muy lento! Y luego no encontraba que calle era y...

—¡Vale, vale! Si ya contaba con ello, además también es un poco mi culpa por haberte avisado hace tan solo un par de horas. No te preocupes, aún sigue llegando gente, y no he sacado la tarta.

—Menos mal que era una fiesta íntima con unos pocos amigos —le dije mientras echaba un vistazo alrededor nuestro, el ático estaba a reventar de gente, tanto dentro como fuera en la terraza.

—Bueno al final me lié a invitar y quizás me pasé un poco, pero estreno los treinta así que lo vale. Sírvete lo que quieras, en la mesa del fondo hay cerveza, vino, refrescos, lo que te apetezca. Y aquí al lado tienes canapés, bocadillos y pizza. Por cierto, Pablo creo que está fuera en la terraza.

—Vaya Anita que bien te lo montas. ¡Esto está genial!

Ana había hecho un gran trabajo, habían varias mesas altas distribuidas por el salón con comida que tenía una pinta deliciosa, una barra al fondo donde un camarero te servía la bebida, y una mesa dulce como las que salen en los blogs de moda. No entendía en qué momento Ana había podido preparar todo aquello sin yo enterarme de nada, vivíamos juntas, lo normal hubiera sido percatarme de algo. Entonces me di cuenta de lo absorbida que había estado los últimos días por culpa del trabajo, prácticamente ausente en el piso, llegando tarde y tan cansada que no había podido sentarme ni un día solo con ellos en el sofá a hablar o ver cualquier cosa en la televisión.

El piso del primo de Ana era muy bonito, diáfano, decorado con gusto, había una puerta enorme de cristal que daba a una terraza preciosa con lucecitas blancas y con unas vistas espectaculares, desde allí se podía ver casi toda la ciudad iluminada.

Dejé que Ana continuara saludando a sus invitados y me fui directa a la barra donde se servían las bebidas, necesitaba una copa de vino blanco bien fresquito para poder meterme en el ambiente y sentirme un poco más integrada. Me costaba estar cómoda en cualquier lugar desde que estaba sola. Aún necesitaba tener a alguien al lado en eventos donde no sueles conocer al resto de los invitados para no sentirme fuera de lugar, y es que eso de socializar nunca había sido mío, y ahora menos.

Con mi copa de vino en mano, empecé a mirar alrededor a ver si conocía a alguien o en que grupo podría encajar. Habían algunos corrillos ya formados, cada uno con su conversación, la última película de Woody Allen, política, segundas rebajas de Zara, etc. Pero nada, ninguna cara conocida y mis ganas de entablar conversación con desconocidos estaban por debajo de cero, así que preferí salir a la terraza y buscar a Pablo.

No me costó mucho encontrarlo, una camisa blanca impoluta con pequeños motivos azul marino, que al acercarme descubrí que eran pequeñas calaveras, y su pelo perfecto. En serio, no había manera humana de mover ese tupé,

estaba impecable como siempre, parecía mentira que él hubiera venido directo de la oficina y yo había tenido más de dos horas para arreglarme. Pablo ya estaba de risas, como envidiaba esa facilidad que tenía para socializar y mezclarse con la gente como si los conociera de siempre. Me acerqué por detrás y le puse una mano en la espalda, éste me respondió con un beso en la mejilla.

—Tú siempre tan puntual —me dijo con una sonrisa.

—Ahora ya lo hago adrede para no defraudaros, no quiero dejaros mal a Ana y a ti cambiando de repente mis hábitos. —Le guiñé un ojo y choqué mi copa de vino con su Gin Tonic “último modelo”.

Me hizo un hueco junto a él y siguió atento a lo que contaba uno que formaba parte del corrillo sobre un viaje por Asia que iba a empezar en breve. Me fijé en el chico que hablaba, estaba muy bien, bueno, era espectacular, el más atractivo que había visto últimamente, mejor dicho, era lo mejor que había visto en mi vida. Había cogido mi listón y lo había hecho añicos, y había que tener en cuenta que hacía tiempo que mi listón estaba colocado lo bastante alto para impedir que alguien pudiera llegar y me complicara la vida.

Tenía unos ojos azul oscuro agrisado espectaculares, un cuerpo que parecía que no se mataba en el gimnasio, pero se notaba que estaba en forma y se cuidaba bastante. Su pelo era castaño oscuro, un poco largo y despeinado, y su boca, que decir, estaba como hipnotizada por ella, no podía dejar de mirar sus labios, como se movían mientras hablaba, no pude evitar pensar lo bien que debería besar. ¡¿Pero qué me estaba pasando?! Tras más de quinientos días encerrada en una cueva de repente sentía que volvía a ver la luz, y es que él iluminaba el lugar.

—Ya pero... ¿sin nada?, ¿solo?, con una mochila e incluso sin móvil. Yo ni de coña —comentó Pablo. Su voz conocida me sacó del trance. No me extrañó su comentario, sabía que él no podía vivir sin su Iphone, su conexión 4G y su cera para el pelo.

—Pablo, yo solo te puedo imaginar en Tailandia en un resort spa gran lujo, y eso de solo, déjame que lo dude —le dije mientras ponía una mano en su hombro y le sonreía.

—Me conoces bien, la compañía femenina tampoco faltaría. —Me devolvió la sonrisa.

Escuché con verdadera admiración la forma de viajar del chico, había recorrido ya América de norte a sur y Europa al completo, y como comentaba Pablo sin compañía, con tan solo una mochila y una guía de viaje. Tenía planes para cuando acabara el verano, tras dos años de parón en España, volver a ponerse la botas y emprender un viaje para recorrer Asia.

Me sentía un poco abrumada por las sensaciones que me hacía sentir con tan solo su presencia. Una parte de mí necesitaba un poco de espacio para poder respirar hondo y otra parte no quería alejarse de él en toda la noche. Permití que mi parte racional ganara el set, además como empezaba a tener hambre aproveché para entrar dentro del ático y dejar al viajero que siguiera hipnotizando al resto de los asistentes.

—Pablo, voy a picar algo dentro. ¿Vienes?

—Ya he comido algo antes, además la pelirroja de la esquina no deja de mirarme y parece que quiere juerga.

Tenía razón, la pelirroja con un vestido que yo solo me atrevería a usar como camiseta, no dejaba de mirarle con cara de querer celebrar únicamente con él el cumpleaños de Ana.

—Suerte, aunque no la necesitas. A esa chica se nota a la legua que quiere marcha sí o sí.

Casi no había terminado la frase y Pablo ya daba los primeros pasos hacia su víctima, aunque he de decir en esta ocasión que no sabría decir quién de los dos iba a ser la víctima.

Volví a mirar al viajero, respiré y me dije mentalmente, “Helena, peligro, aléjate de él lentamente” me giré y me dirigí hacia la puerta corredera de la terraza, pero justo cuando estaba a punto de cruzarla alguien me tocó la cintura, él.

—Hola, perdona no nos han presentado, soy Alejandro, amigo de Ana, ¿y tú eres?

—Helena, la compañera de piso de Ana. —Y me dio dos besos, y al acercarse pude comprobar que además de que todo él, en general, estaba muy bien, olía genial, a limpio, a recién duchado, no sé si llevaba colonia, pero me pareció perfecto.

He de reconocer que no soy una persona que le guste el contacto físico con

desconocidos, odiaba la maldita tradición española de dar dos besos para presentarse. La verdad es que a pesar de que Westermann era una empresa gris y fría, y me quejaba de ello constantemente, sí que agradecía que como norma debía saludar tanto a compañeros como a clientes con un apretón de manos, sin importar si el interlocutor era hombre o mujer. Por el contrario, no hacía falta decir a estas alturas que lo de la puntualidad alemana no lo llevaba tan bien. Bueno, la cuestión era que al menos esta vez la tradición del besuqueo no me pareció tan desagradable, es más, en aquel momento hubiera vendido mi alma al diablo por tener cualquier roce de más con él.

Al tenerlo tan cerca aproveché para mirarlo bien, saqué mi escáner de hombres que el pobre estaba lleno de polvo y oxidado en algún sitio de mi subconsciente y empecé el repaso, tendría unos cinco o seis años más que yo, me sacaba casi un palmo de altura a pesar de mis tacones de ocho centímetros, llevaba una barba cuidada de más de un par de semanas, y tal como había podido ver antes, sus ojos eran de un color azul oscuro que tiraban para atrás. Nadie que tuviera dos dedos de frente podría negar que era muy guapo, con ese aire de viajero bohemio, esa forma de hablar pausada y despreocupada, hacían de él un hombre muy atractivo. Así que no sé cuál de todas esas cosas que vi en él aquella noche me atrajo más, la cuestión era que quería estar a su vera, verita suya todo lo que quedaba de noche, a la mierda mi parte racional.

Estuvimos hablando un rato sobre Ana, mientras él picaba, yo devoraba lo que tenía a mi alcance. Mi madre siempre me decía que a las celebraciones no había que ir con el estómago vacío para no parecer que no has comido en siglos, pero los nervios de tener a Alejandro tan cerca y no haber probado bocado casi desde el almuerzo, me convirtió en un monstruo devorador de canapés.

Me contó que él y el hermano mayor de Ana habían sido compañeros de colegio e instituto, y seguían siendo muy buenos amigos, así que Ana era algo así como una hermana pequeña también para él.

—Hele, veo que has conocido a Alex, y también he visto que te están gustando mucho los canapés. —No me di cuenta que Ana estaba detrás de mí observando la escena, bebí un trago de vino para poder tragar lo que llevaba en la boca y contestarle.

—Sí, está todo muy rico, deberías hacer estas cosas en casa alguna vez —le dije señalando la mesa con los bocaditos salados.

—Más quisiera yo saber preparar todo esto, pero lo ha hecho todo la novia de mi primo Marcos que acaba de montar una empresa de catering. Está todo espectacular, ¿verdad?

—Sí, me parece que Helena puede dar fe de ello —respondió Alejandro sonriendo y atravesándome con la mirada.

—Vaya fama me estoy creando. Entre los canapés y mi impuntualidad voy de mal en peor.

Él no dejaba de mirarme, y yo era incapaz de no perderme en la profundidad de sus ojos. La voz de Ana nos sacó del momento raro de “miradas”.

—¿Te ha comentado Helena que está buscando destino para sus vacaciones? Creo que podrías ayudarle a elegir un lugar interesante. Hele, Alex es una guía de viajes con patas.

—Sí, algo de eso he estado escuchando hace un rato en la terraza.

—Bueno, yo os dejo, que he visto a Pablo atacando a mi prima Carola en la terraza.

—Huye traidora —dije muy bajito para que solo Ana me pudiera escuchar. Vaya por donde no conocía esta faceta suya de celestina tan poco discreta.

—¿Entonces buscas destino para tus vacaciones? —me preguntó él.

—Pues en realidad empiezo hoy mis vacaciones y no vuelvo al trabajo hasta el uno de septiembre. Pero al final creo que he decidido no hacer ningún viaje largo, quizás alguna escapada, visitar a mis padres, acompañar a Ana algún fin de semana a su pueblo, o irme con Pablo, mi otro compañero de piso, a Asturias.

—Bueno está bien, no hay que coger un avión para relajarse y disfrutar, aquí cerca hay sitios maravillosos. A veces hay que dejarse llevar un poco y no tenerlo todo organizado.

Yo seguía como hipnotizada con el movimiento de su boca y con su voz, y en ese momento me hubiera dejado llevar donde él hubiera querido, incluso al dormitorio del primo de Ana. Estaba claro que necesitaba centrarme un poco.

—Volvamos a ti y tus viajes, que seguro que son más interesantes que yo y mis pequeñas escapadas por la península. Comentabas antes que viajabas prácticamente solo con una mochila, ¿no?

—Bueno, una mochila, una cámara de fotos, mi guía Lonely Planet y alguna cosilla más. Por cierto, tengo que decirte que se me antoja que eres más interesante de lo que tú crees.

De repente sentí como un calor que subía por mis mejillas y mi boca se quedó seca reclamando más vino. Me bebí lo que me quedaba en la copa de un trago, lo necesitaba para volver a centrarme en la conversación.

—¿Y es verdad que no llevas móvil? —pregunté.

—Ajá. Hoy en día hay conexión a internet en los sitios más recónditos. Puedo comunicarme con España prácticamente cuando lo necesito, sin necesidad de cargar con un móvil, además es un gustazo no estar pendiente de él.

Seguimos hablando sobre las cosas que consideraba necesarias para sus viajes y de las fotografías que hacía. Según él, más que ser un buen fotógrafo, era que los lugares que visitaba se lo ponían fácil porque eran sitios realmente espectaculares.

—Los lugares que visitas deben ser maravillosos y las fotografías seguro que son igual de geniales.

—Pues si te apetece verlas ahora hay algunas fotografías mías expuestas en una cafetería, se llama el Chico Ostra. Puedes aprovechar que estás de vacaciones para quedar conmigo, tomar un café y podría contarte algo de ellas.

—Me encantaría. —¿En serio había dicho: “me encantaría” con voz de princesa prometida? Dios que moñas, vale dejemos el vino, Helena.

—Genial, ¿te viene bien mañana sobre las siete en la puerta de la cafetería?

—Claro, pero si me surgiera algo ¿cómo te aviso? Porque de móvil nada de nada, ¿no? —Ahí he de reconocer que estuve hábil para poder conseguir su número de teléfono, al final no estaba tan oxidada como yo creía.

—Tranquila, mientras estoy en “tierra firme”, sí que tengo. Déjame tu móvil y me hago una perdida, así también tengo el tuyo. —Vaya, él tampoco se quedaba corto con sus habilidades—. Entonces quedamos así, ahora tengo

que marcharme. Nos vemos mañana, ha sido un placer conocerte, de verdad.
—Y ese “de verdad” tras una breve pausa, me sonó tan... tan... de verdad.

Se despidió con dos besos, éstos últimos me parecieron más intensos que los de presentación. Puso su mano donde terminaba mi espalda y su cuerpo se pegó al mío. No sé si ese acercamiento tan íntimo fue voluntario o simplemente fuera causa de la cantidad de gente que había en la casa en aquel momento que le obligó a pegarse a mí de aquella manera. Como fuese, yo sentí “algo”, y antes de separarse del todo de mí, me susurró al oído:

—Estoy deseando que llegue mañana para poder volver a tener mi boca tan cerca de tu cuello.

Me dejó sin palabras, sin poder mover un músculo de mi cuerpo y con muchísimo calor. Lo seguí con la mirada mientras se alejaba, se despidió de Ana con un abrazo y de un par de personas más. Antes de cruzar la puerta, se giró, me buscó con la mirada, me encontró y me sonrió a modo de despedida. ¡Qué sonrisa! Estaba claro que él era consciente del efecto que tenía en mí, y mi cara de tonta de aquel momento le dio toda la razón. Esperaba desesperadamente que él también hubiera notado el “algo” que yo había sentido.

4. ME PARECE MÁS QUE BIEN

Al día siguiente cuando me levanté, el piso estaba en absoluto silencio pese a que ya eran casi las dos del mediodía. Tras marcharse Alejandro del cumpleaños, estuve sobre una hora dando vueltas por el ático, vi soplar las velas a una emocionada Ana y me marché a casa con la excusa de que estaba cansada. Aunque tampoco era mentira del todo, me había levantado a las siete de la mañana para ir a trabajar y prácticamente no había parado en todo el día. Luego sucedió el encuentro con Alejandro, que me dejó un poco tocada para lo que restaba de la noche.

Llegué a casa, me puse el pijama, me desmaquillé y me metí en la cama. Me costó un poco coger el sueño, no conseguía quitarme de la cabeza sus ojos azul oscuro, ese par de frases que me soltó y unos cuantos roces que consiguieron que algo en mí se despertara de un aletargado sueño.

Las puertas de las habitaciones de Ana y Pablo estaban cerradas, así que supuse que estarían dentro durmiendo la mona, y posiblemente alguno de ellos incluso acompañado, apostarí a todos mis ahorros a que adivinaba cuál de los dos era el afortunado. La última vez que vi a Ana bailaba y cantaba como una loca, y a Pablo lo perdí de vista poco antes de marcharme.

No sabía si desayunar o comer por la hora que era, así que me hice un zumo de naranja, que creo que es lo mejor que hay para después de una noche de fiesta, y un sándwich de jamón york y queso. Estaba terminando de comerme mi desayuno/comida cuando salió Pablo acompañando a una rubia, y no pelirroja, a la puerta del piso. Tras un beso y su discurso de siempre: de si nos llamamos algún día, por supuesto que sí y demás, se sentó junto a mí en la barra con la cabeza apoyada entre las manos.

—Creo que empiezo a estar mayor para este tipo de fiestas. Mmm zumo de naranja. ¿Serías tan amable de hacerle uno a un pobre resacoso? —me miró con esos ojitos azules y con la misma cara que el gato con botas que sale en la película de Shrek. No me pude negar, además ese día me sentía feliz y generosa con el resto de la humanidad.

—Venga, que me das penita, te preparo uno. ¿Quieres también algo de comer? ¿Un sándwich?

—Preferiría unos macarrones con queso, pero si no hay más opción que

esa... —Volvió a utilizar como arma sus ojos azules, me sentía generosa pero no tanto como para ponerme a cocinar pasta.

—Sándwich o sándwich, pero te dejo elegir el relleno —le dije guiñándole un ojo.

—Bueno, jamón york y queso está bien, pero doble de queso —Pablo tenía una pinta horrible, la rubia le había dado lo suyo y lo que no era suyo.

—¡Marchando un sándwich doble de queso!

—No hace falta que grites, estoy a tu lado.

—Marchando un sándwich doble de queso para el señor resacoso de la barra —repetí pero esta vez casi susurrando.

Bajé del taburete de un salto y me metí tras la barra de la cocina, puse la asadora con dos rebanadas de pan y cogí unas naranjas para exprimirlas. Pablo no dejaba de mirarme ahora con una mano apoyada en la cabeza y el codo en la barra.

—Oye, que contenta, graciosa y amable te has levantado hoy, ¿no tendrá nada que ver el chico viajero, verdad? Porque recuerdo que estuviste hablando con él y poco después te marchaste de la fiesta.

—Perdona, para empezar yo siempre soy graciosa, feliz y amable, que conste en acta. Por cierto, que observador te has vuelto, me extraña que la pelirroja de anoche te dejara tanto espacio como para poder ver que hacía o con quien hablaba yo. Y una última cosa, la chica que ha salido de la habitación no era pelirroja como la prima de Ana, ¿no?

—Uff calla, es una larga historia que no me apetece recordar, pero digamos que la rubia me creaba menos conflictos de convivencia con Ana. Soy un hombre que piensa en las posibles consecuencias de mis actos, sabes. Pero sigues sin contestarme y se te está quemando un poco el pan.

Quitó el pan de la asadora rápidamente quemándome un poco la punta de los dedos, le puse una loncha de jamón york y un par de queso, lo coloqué en un plato y se lo dejé en la barra frente a él. Preparé una cafetera, porque me daba la impresión de que ese día, no iba a ser la única que necesitara un café. Cogí la taza con mi café con leche y me senté de nuevo en el taburete junto a Pablo.

—Estoy esperaaaando —dijo con la boca llena de sándwich.

—Vale. Eres peor que una portera. Pues puede que esté un poco más contenta de lo normal y es posible que la razón sea el viajero, que por cierto, se llama Alejandro y he quedado esta tarde con él para ver unas fotografías de sus viajes que tiene expuestas en una cafetería.

—Mírala ella, que por fin se va quitar las telarañas. —Le di un pequeño puñetazo en el brazo y sonriendo le dije—. Eres un cerdo.

Me levanté del taburete para irme a mi habitación pero antes de llegar me crucé en el pasillo con una Ana resacosa, con el pelo enmarañado y su pijama de Hello Kitty.

—Me quiero moriiiiir —dijo al pasar junto a mí con la mirada fija en el suelo y arrastrando los pies.

—Estás de suerte, a Pablo le toca hacerte un sándwich y un zumo de naranja, se llama cadena de favores. ¡Ah! y pregúntale por la rubia que acaba de salir de su habitación y no por tu prima —entonces miré a Pablo—. Vendetta.

—¿Dejaste a mi prima tirada anoche? —preguntó Ana con voz pastosa, levantando la vista del suelo para mirar directamente a Pablo.

—No me caes muy bien, lo sabes, ¿no? —me dijo Pablo levantando el dedo corazón.

—¡Qué pena porque yo te quiero mucho! —grité desde mi habitación justo antes de cerrar la puerta.

Me tumbé en la cama, solo quedaban unas horas para volver a verlo. Estaba nerviosa como una adolescente. Para hacer tiempo leí y contesté un par de emails de trabajo, recordé que no le había comprado nada a Ana por su cumpleaños y decidí comprarle online un mp3 acuático que pudiera utilizar cuando nadaba en la piscina del gimnasio. Me di una ducha, ya hacía un calor sofocante y eso que agosto acababa de empezar, pero se veía venir un mes de lo más caluroso.

Con el pelo aún mojado, abrí el armario y me quedé mirando todas las posibilidades, pantalones largos descartados por el calor, así que me decidí por un vestido de tirantes vaquero con una tira de botones en la parte de delante y un pequeño cinturón marrón. Me llegaba justo por encima de la rodilla, quedaba genial con unas sandalias de cuña de esparto de color marrón

y un bolso pequeño de piel tipo bandolera. Me alisé el pelo, aunque en verano odiaba hacerlo por el calor, no había más remedio, ya que mi pelo “encrespado mediterráneo” no hay manera humana de controlarlo sin una buena pasada de plancha. Un poco de colorete, rímel, brillo de labios y lista para el encuentro o no tan lista.

¿Cómo podía estar tan nerviosa? No había recibido ningún mensaje de él en todo el día, podría ser que no se acordara de que habíamos quedado simplemente que hubiera cambiado de idea. Me entró un poco de mal rollo, y decidí mandarle un mensaje aunque solo faltara media hora para las siete.

Hola soy Helena la chica de la fiesta de cumpleaños de Ana, ¿sigue en pie el café de esta tarde?

Me senté en la cama a esperar la respuesta, no pensaba salir de casa hasta que no me contestara. ¿Y si aparecía por la cafetería y él no hacía acto de presencia?, mejor esperar. En quince minutos recibí su respuesta.

Claro que sí, estoy a punto de llegar. ¡Nos vemos ahora!

¡Mierda! Ahora llegaba tarde, genial, por idiota. Cogí el bolso y salí corriendo del piso, oí a Pablo gritar algo como que me deseaba suerte y a Ana preguntar que donde iba, no me paré a contestar, llegaba tarde, para variar.

Fui andando ya que la cafetería estaba a unas calles del piso, mientras andaba lo más rápido que podía, cogí el móvil para ver la hora y vi que tenía nuevo un mensaje de él. Me habría llegado justo después del otro, pero no lo había visto porque había guardado el móvil en el bolso y había salido corriendo hacia la cafetería.

¿Helena con hache? Curioso, y decías que no eras una chica interesante...

Solo llegué diez minutos tarde porque además me equivoqué de calle un par de veces, aunque ese tiempo de retraso viniendo de mí se podía ver como un halago, y además esta vez se podía considerar que también era culpa suya, porque me podía haber contestado antes el mensaje. Bueno realmente la culpable era solo yo, como siempre, que le vamos hacer, por “h o por b” soy impuntual por naturaleza.

Al no verlo en la calle frente a la cafetería decidí entrar, era una de esas cafeterías modernas que estaban saliendo como setas en la ciudad, en las que puedes beberte un café, leer un libro, ver una exposición y hasta comprar

ropa de segunda mano. Nada más cruzar la puerta lo vi, para no verlo, estaba en la barra tomando una cerveza y hablando con la camarera. Estaba guapísimo, llevaba una camiseta blanca con letras grises, un vaquero también gris, que le hacía un culo que te dejaba atontada y unas converse blancas. La camarera no dejaba de sonreírle mientras a él se le veía muy cómodo, como si no fuera consciente de que se lo estaban comiendo con los ojos. Se percató de mi presencia antes de que pudiera llegar a la barra, se despidió de la camarera con una sonrisa y se acercó a mí. Helena 1, camarera 0. Tras los dos besos de rigor, ya le estaba cogiendo gustillo a esta costumbre, me di cuenta de nuevo de lo bien que olía. Respiré hondo de la forma más disimulada que pude, el olor de este hombre era realmente adictivo.

—Hola, disculpa por el retraso. —Aún con las sandalias de cuña me sacaba casi un palmo, tenía que levantar un poco la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—No te preocupes, ¿has tenido algún problema para encontrar la cafetería?

—No, está cerca de mi casa, pero no la conocía, tiene buena pinta —dije observando mi alrededor.

—Sí, está genial. —Me cogió de la mano como si fuera un gesto normal entre nosotros —. Ven, vamos a sentarnos allí.

Me llevó a una mesa en un extremo de la cafetería, nada más sentarme descubrí el porqué de la elección, desde aquella ubicación podía ver perfectamente las seis fotografías que tenía expuestas. Eran alucinantes, paisajes de todo tipo, selvas, desiertos, glaciares, etc.

—Esas son tus fotos, ¿verdad? —Él asintió con la cabeza —Son preciosas. Cuéntame un poco, ¿qué lugares son? — dije mientras miraba con atención cada una de ellas.

—A ver, primero de todo, estás guapísima, te lo tenía que decir. Y ahora te cuento un poco. —Levanté la cabeza para mirarle y murmuré un gracias lleno de vergüenza.

—La primera empezando por la derecha es de Venezuela, un lugar llamado Tepuy Roraima.

Era un paisaje compuesto por formaciones de gran tamaño de piedra, poca vegetación crecida entre las rocas y un cielo muy azul.

—¿Sabes lo que es un Tepuy? —me preguntó.

—La verdad es que no —contesté.

—Es una especie de meseta de piedra muy típica de la Sabana venezolana, se dice que son una de las formaciones más antiguas del planeta.

—Qué curioso —dije mirando la imagen en cuestión colgada en la pared.

Él dejó de hablar y me di cuenta que la camarera estaba junto a la mesa, ni la había visto venir, cuando Alejandro hablaba lo escuchaba tan absorta que conseguía que me olvidara hasta de donde me encontraba, e incluso del resto del mundo.

—¿Otra cerveza para ti, Alex? —preguntó la camarera.

Nuevamente la chica empezaba a merendárselo con la mirada. Él apartó la vista de ella, me miró y no volvió a prestarle atención. Helena 2, camarera 0.

—Sí, gracias. ¿Qué te apetece tomar Helena?

—Una Coca-Cola Zero, por favor —dije dirigiendo mi mirada triunfal a la camarera.

—Bueno, ¿por dónde iba? —preguntó él, una vez se había marchado la chica a por las bebidas.

—Tepuy, Venezuela —le indiqué mirando la fotografía.

—Sí, exacto, estuve siete días con guía local, es fácil perderse por esos lugares. Subimos a la cima del Tepuy Roraima, tardamos dos días en conseguirlo. El ecosistema del lugar es único, como ves en la foto parece un paisaje lunar. Había plantas carnívoras, valles de cristales de cuarzo, playas de arena rosa, precipicios de caída vertical como los que ves en la foto, rocas negras con figuras extrañísimas, y de vez en cuando aparecía una neblina mística que cubría el lugar de repente. Los indios Pemones creían que este era el hogar de los dioses.

—Vaya, debe ser un lugar espectacular.

—Sí que lo es —dijo.

—¿Y la siguiente fotografía? —pregunté.

En aquel momento pensé que no me cansaría nunca de escucharle, su voz, su forma de contar las cosas, me daban ganas de irme a cualquier sitio con él, únicamente con mi bolso bandolera y mis zapatos de cuña, hasta dejaría el

móvil olvidado en un cajón.

En la fotografía siguiente a la de Venezuela se veían unas montañas al fondo, y como una lengua de glaciación cayendo a un lago.

—Esa la hice en Argentina, en un municipio llamado El Chaltén, donde se encuentra el glaciación Perito Moreno. Las montañas que ves son el Fitz Roy. Ahí me sentí como un verdadero aventurero en un entorno natural en su estado más puro. Íbamos cargados de tiendas y víveres, estuvimos cuatro días caminando por senderos de montaña, intentando sobrevivir a noches gélidas con nuestros sacos, escalando glaciaciones con crampones y piolet, y sobre todo disfrutando de paisajes espectaculares, impresionantes, inhóspitos. Estuvo genial.

—Has dicho íbamos, creí haber oído en el cumpleaños de Ana que viajabas solo.

—Sí, pero a veces encuentro por el camino gente que también viaja sola y suelo hacer algunas rutas en compañía, o incluso a veces hay que recurrir a algún guía local, como en Venezuela porque hay sitios en los que es necesario ir con alguien que conozca la zona.

—Ah, claro. Y esa de ahí ¿dónde es? —dije señalando la que continuaba a la de Argentina.

—No, ya está. Escucha, vamos a hacer una cosa, pongamos las cuatro fotos que quedan como excusa para volver a vernos. Dos fotos por café, ¿te parece bien? —No pude evitar sonreír.

—Vale, me parece bien. —Realmente me parecía más que bien.

Entonces bajé la mirada y vi lo que habíamos pedido encima de la mesa, ¿cómo había podido venir la camarera, dejar las bebidas y no darme cuenta? En serio, ¿qué tipo de poder tenía este hombre sobre mí, que conseguía anular mis sentidos?

—Perfecto, ahora hablemos un poco de ti.

—Puff... yo no he viajado mucho, lo típico, un poco por Europa, sobre todo a Alemania y Grecia, pero nada interesante que sea digno de contar.

—No quiero saber dónde has viajado, quiero saber otras cosas de ti, por ejemplo ¿por qué Helena con hache?.

No dejaba de mirarme a los ojos, era intimidante, me era imposible

aguantarle la mirada, me obligaba a bajarla y mirarme las manos que las tenía sobre la mesa, mientras le daba vueltas a un anillo con una pequeña estrella que solía llevar en el dedo índice izquierdo.

—No tiene mucho misterio. Mi padre es profesor de filología clásica en la universidad, es un enamorado de la mitología griega y por eso me puso Helena, como Helena de Troya.

—Como la mujer más bella de la historia clásica, tu padre no se equivocó de nombre, es perfecto para ti.

—Gracias. —Creo que se me debía ver a kilómetros el resultado de su frasecita en mi cara.

Y entonces alargó la mano y me cogió una de la mías, evitando así que siguiera jugando con mi anillo.

—¿Estás nerviosa, Helena?

—Eh, no. Bueno, a ver, si te soy sincera, hace mucho que no salgo con nadie, quiero decir, a tomar algo con alguien que no sea un amigo. Uff me estoy explicando fatal.

—Tranquila, lo he entendido, y eso tiene arreglo, si quieres y te apetece, vamos a ir a cenar a un sitio cerquita de aquí, seguimos hablando y nos conocemos mejor. ¿Te gustan los creps?

—Me encantan — contesté.

—Perfecto, pues andando.

5. IGNORANDO SEÑALES

Tras andar un par de calles entramos al restaurante crepería UMA. No nos costó que nos dieran mesa ya que aunque fuera sábado aún era bastante temprano para cenar y no había llegado nadie aún. Nos sentamos en una mesa junto a una cristallera en la que se podía ver a través de ella una especie de jardín interior. El sitio era bonito y moderno, me di cuenta que a pesar de que tanto la cafetería como el restaurante estaban relativamente cerca de mi casa, no conocía la existencia de ninguno de los dos lugares, ¿pero cuánto tiempo había estado encerrada en el agujero post-Samuel?

La presencia del camarero para dejarnos las cartas me sacó de mis pensamientos, juraría que hasta al camarero le costaba apartar los ojos de él y es que había que admitir que Alejandro era muy atractivo, sus labios eran perfectos, su nariz, sus ojos azules, la barba, su pelo largo, la forma de mirar y hasta de hablar. Sin olvidar, su cuerpo, sus brazos fuertes, ese tatuaje que asomaba un poco por la manga de la camiseta y que parecía una frase en francés, su espalda, sus manos, incluso su altura. Todo él ejercía un influjo que el resto de los mortales no éramos capaces de evitar. Definitivamente podría decir que nunca había conocido a alguien como él y no sabría decir si habrían muchos más especímenes como él por el mundo.

—Tienen una carta muy variada de creps y pasta. —Su voz me sacó de mi ensoñación, además creo que me pilló mirándole embobada y posiblemente hasta habría babeado.

—Todo tiene muy buena pinta —dije yo volviendo a mirar la carta.

—¿Tienes alguna manía o algo que no te guste?

—Mmm... no, me gusta todo.

—Ok, pues veamos, ¿me dejas que te aconseje?

—Casi prefiero que directamente pidas tú por los dos, esta noche me dejo llevar. —Literalmente, me podía llevar donde él quisiera sin ningún tipo de resistencia por mi parte.

—Haces bien —y me guiñó un ojo; claramente había una especie de doble sentido en su respuesta.

Llamó al camarero y éste se acercó a nuestra mesa para tomarnos nota de lo

que queríamos cenar.

—De entrante nos pones el foie a la plancha con manzana y confitura de violetas y un par de pastelitos de mozzarella, tomate y albahaca, luego para mí el crep moroco y para ella el poulet, y para beber un vino blanco fresquito. —Revisó de nuevo la parte de los vinos de la carta—. “El gordo del circo”.

El camarero se marchó tras mirar a Alejandro como si formara parte de la carta.

—El vino creo que te gustará, es de Jumilla y tiene un sabor muy afrutado.

—Seguro que está bueno y su nombre es muy gracioso. —Llamar a un vino “El gordo del circo” me parecía muy original.

—Sí, un tinto de la misma bodega se llama “Macho Man”, no te digo más. Ambos sonreimos por los nombrecitos que se gastaba la bodega.

—¿Entiendes de vino?

—Digamos que me gusta el vino y me gusta saber lo que bebo.

—Eres una caja de sorpresas, y todo lo que has pedido suena genial, seguro que está buenísimo.

No dejaba de mirarme directamente a los ojos, y aunque creía que me sentía un poco más tranquila, cuando notaba que sus ojos se detenían en mi boca, me ponía nerviosa de nuevo.

—Cuéntame cosas de tus viajes. ¿Cuánto tiempo sueles estar fuera? —le pregunté para distraerlo y que dejara de mirarme de aquella manera tan intensa.

—Pues no tengo un tiempo establecido, cuando me marchó no sé cuándo voy a volver a casa. Si que tengo una ligera planificación del itinerario que quiero hacer y el tiempo estimado que podría tardar. Pero no tengo reservas de hoteles, ni nada por estilo, solo el vuelo de ida a algún país y ahí empieza mi viaje.

—¿Cuánto duró tu último viaje? —pregunté.

—Fue hace unos dos años aproximadamente y estuve unos cuatro años fuera, América del sur, centro y norte. Luego me instalé casi un par de años en California.

—Vaya... el verbo viajar se te queda pequeño. ¿Y ahora has vuelto a querer

recoger anclas y marcharte?

—Sí, es una idea que me rondaba desde hace unos meses. Me apetece conocer Asia, pero aún sigo dándole vueltas, no tengo una fecha concreta para comenzar.

—¿Y aún no has encontrado ese lugar en el cual quisieras quedarte siempre?
—pregunté.

—Siempre es mucho tiempo. He visitado lugares maravillosos, verdaderos paraísos, donde creo que podría ser feliz, al menos un tiempo, pero por ahora la felicidad la encuentro viajando, cambiando de un país a otro.

—Tu lugar es el mundo, el viaje en sí, ¿no?

—Se podría ver así, sí.

Y por primera vez dejó de mirarme y dirigió su mirada hacia el jardín que teníamos junto a nosotros tras la cristalera. Juraría que vi algo de melancolía en sus ojos, recuerdo que pensé que alguien que no encuentra su sitio en el mundo no puede llegar a ser feliz del todo.

Apareció el camarero con los platos y nos sacó de ese breve momento de silencio justo antes de que se volviera incómodo.

Mientras comíamos seguimos hablando de él. No podía parar de preguntarle, me había despertado mucha curiosidad la forma en la que viajaba, me parecía tan valiente y me daba tanta envidia; creía que yo no podría hacerlo.

Mientras cenábamos me estuvo contando que cuando volvía a España tras un viaje, trabajaba el tiempo necesario para ahorrar, normalmente no tenía problema para encontrar trabajo, ya que hablaba varios idiomas, inglés, francés, italiano y algo de chino. A ello teníamos que sumar que era ingeniero superior de telecomunicaciones con la experiencia de haber trabajado en Silicon Valley, y por supuesto poseía un bagaje cultural que valía millones.

Cuando se marchara de nuevo, alquilaría un piso que había comprado cuando volvió de América. En ese momento creyó que España era suficiente para él y no sabía si volvería a pasar tanto tiempo fuera. Con el alquiler del piso y lo que ahorra, disponía de dinero de sobra para poder volver a viajar el tiempo que quisiera.

—¿Y nunca ha habido nada o nadie que te haya retenido en un lugar? Por

ejemplo tu familia —pregunté.

—La verdad es que no, por suerte mi familia, que quizás es la única cosa que me podría retener, ya saben cómo soy y respetan mi forma de vida un poco nómada. Soy el mediano. Tengo dos hermanas y son un poco como yo, debemos tener un gen viajero o algo así. La mayor vive en Inglaterra y trabaja como médico, y la pequeña es documentalista en Australia, trabaja en el Instituto Cervantes. Creo que mis padres están curados de espanto con eso de no echar raíces aquí.

—¿Y el amor nunca te ha retenido? —Lo tenía que preguntar o reventaba.

—El amor.... pues si te soy sincero no he tenido ninguna relación estable en mi vida y creo que nunca me he enamorado de verdad. Aún no he conocido a nadie que no me haga sentir culpable por hacer lo que me gusta, lo que me hace sentir vivo. Por tanto, ha llegado un momento que el tener pareja se ha convertido en un sacrificio que no estoy dispuesto a hacer.

—Bueno, alguna chica habrás conocido tan viajera como tú que no tuviera problemas en acompañarte, ¿no? —No sabía bien por qué insistía tanto, quizás necesitaba saber que había alguna posibilidad que alguien pudiera estar con él, ¿por ejemplo, yo?

—Alguna he conocido, pero la verdad es que prefiero viajar solo, a mi ritmo, sin que nadie dependa de mí. Me gusta sumergirme en los países, en la gente, en la cultura, los olores, etc. Creo que acompañado no podría vivirlo de la misma manera, quizás son solo manías, pero no me veo viajando en pareja...

Esa conversación en el restaurante me dejó muy claro que Alejandro no era lo que yo quería, o quizás sí. Puede que fuera eso lo que necesitara, un rollo sin compromiso que consiguiera darme el último empujón, ya no estaba enamorada de Samuel, ni sentía nada por él, esa historia estaba más que superada, pero también es cierto que aún no había dado el paso para retomar las relaciones con el otro sexo. Fuera lo que fuese, en ningún momento me planteé levantarme de la silla e irme del restaurante, me gustaba, no podía dejar de mirar sus ojos azules que no se apartaban de los míos verdes oscuros. Hacía mucho tiempo que nadie me miraba con esa intensidad, me parecía que había pasado una eternidad no permitiendo que nadie me pudiera mirar de aquel modo. Y sí, él fue sincero y pude ver perfectamente las señales de

alerta, luminosas e incluso posiblemente sonoras, pero decidí ignorarlas y fue una de las mejores cosas que he hecho en mi vida.

6. ¿AMIGOS O MÁS QUE AMIGOS?

Tras la cena, que se empeñó en pagar y no hubo manera de que me dejara aportar mi parte, también se ofreció a acompañarme hasta el piso, fuimos tranquilamente paseando. Cuando salimos del restaurante ya había oscurecido, hacía una típica noche de verano, tranquila y calurosa en la que no corría ni un poco de brisa.

Mientras caminábamos sin prisa, me contó que su padre era también médico como su hermana, y su madre tenía una gestoría en el centro de la ciudad. Ambos vivían a las afueras en una urbanización, que yo únicamente conocía de oídas, pero sabía que la gente que vivía allí llegaba a fin de mes más que de sobra.

Me contó también que cuando le entraban ganas de recorrer mundo dejaba el trabajo, la primera vez pensó que lo mejor era pedir una excedencia, pero no le gustó la sensación de saber que había dejado algo a medias, como si algo estuviera esperando a que volviera, además le gustaba empezar de cero cada vez que volvía a casa tras una larga temporada lejos.

Cuando volvió de California empezó a trabajar en una empresa francesa dedicada a redes y telecomunicaciones a nivel mundial. Por lo que pude entender, él se dedicaba a visitar a los clientes y ser el enlace entre ellos y los técnicos de la empresa, ubicada en París, para que los proyectos se ejecutaran correctamente. Este trabajo le permitía trabajar desde casa, viajar mucho, desde Argentina a Arabia Saudí, pero esta forma de viajar obligada y limitada no le gustaba nada.

Cuando llegamos al portal de mi edificio empecé a ponerme más nerviosa. ¿Debía invitarlo a subir?, ¿despedirme con dos besos?, ¿con uno? A él en cambio se le veía tan tranquilo, con las manos en los bolsillos y sin apartar la mirada de mis ojos, tal y como llevaba haciendo desde que nos habíamos encontrado en la cafetería. Esa mirada iba a acabar conmigo en algún momento a causa de una combustión interna.

—¿Ya estás más tranquila? Creo que ya somos un poco más amigos, ¿no?
—dijo.

—Sí, estoy más tranquila. Disculpa, de verdad, si te he hecho sentir incómodo. No sé que me pasaba, ya te he comentado que hace tiempo que no socializo mucho.

—Ya me explicarás por qué o quién ha evitado que salieses al mundo.

—No hay mucho que decir sobre ello, lo normal, supongo.

—Me lo puedo imaginar. —Y se acercó un poco más a mí, pero sin que llegáramos a tener contacto físico —. Quiero volver a verte Helena. ¿Te apetecería pasar el día de mañana conmigo? —preguntó.

—¿Mañana? —pregunté abriendo más los ojos de lo normal.

—Sí, eso he dicho. ¿Tienes algún plan?

—No, no tengo nada que hacer, y claro que me apetece pasar el día contigo.

—Perfecto, pues paso a por ti a las ocho y media de la mañana. Ponte ropa cómoda y zapatillas de montaña, quiero llevarte a un sitio que creo que te va gustar. ¿Te parece bien?

—Sí, pero tengo que advertirte que no sé si voy a poder seguirte el ritmo, no soy muy activa, deportivamente hablando. Mis zapatillas las compré por lo bonitas que eran y porque combinaban de lujo con un bolso, y no para correr precisamente. —Sonrió por mi comentario, quizás pensó que era una broma, pero era totalmente cierto.

—No te preocupes, solo es una pequeña ruta, iremos paseando, hablando y conociéndonos mejor.

—Ok, suena bien —respondí.

—Bueno, me voy para que mañana estés descansada y tengas las fuerzas renovadas.

Y cuando iba contestar, sin previo aviso, dio un paso al frente haciendo desaparecer la escasa distancia que nos separaba, quedándose a un centímetro de mi boca. Puso una de sus manos en mi nuca y la otra bajo la espalda, tirando de mi cuerpo hasta dejarlo pegado al suyo. Con sus labios prácticamente rozando la mía, me dijo:

—Voy a besarte porque creo que si no lo hago, no voy a poder pegar ojo esta noche. Espero que no te moleste, porque no te estoy pidiendo permiso.

Entonces antes de que pudiera reaccionar, su boca se estrelló contra la mía,

su lengua se abrió camino sin ningún impedimento por mi parte y nuestras lenguas se enlazaron. Fue un beso con fuerza, con pasión, con ganas, hacía años que nadie me besaba de esa manera. Sus manos seguían ejerciendo una ligera presión que evitaban que pudiera separarme de él, ¿pero acaso creía que me iba a ir? Deseaba aquello que estaba pasando y aún quería más. Ese beso estaba consiguiendo ponerme cardiaca, había sentido su efecto de los pies a la cabeza, y en algunas partes de sobremanera.

Lentamente fue separando su boca de la mía, terminando el BESO, con mayúsculas, y dejándome con las ganas de obligarle a subir a mi habitación y encerrarlo en ella durante días.

—Tal y como lo imaginaba. —No añadió nada más, pero su media sonrisa terminó la frase por él —. Mañana a las ocho y media estaré aquí.

Quitó sus manos de mi cuerpo, se giró y observé como se marchaba. Mientras tanto, en mis labios aún sentía el hormigueo de su beso, en mi cintura la presión de su brazo, y me toqué la nuca para sentir su tacto aún presente en mi cuello.

Al entrar al piso no vi ninguna luz, pero antes de cerrar la puerta me di cuenta que la televisión estaba encendida. Me asomé al salón y vi a Pablo y a Ana tumbados en el sofá viendo una película en blanco y negro.

—¿Sabéis que tenéis la misma cara de resacosos que cuando me fui? —dije al verlos.

Ana llevaba aún puesto el pijama y el pelo revuelto como esta mañana, me apostaba lo que fuera que ni siquiera se había dado una ducha.

—Llevamos tanto tiempo aquí sentados que ya formamos parte del sofá como los cojines —comentó Ana mientras buscaba el mando de la televisión, apretó el botón de pause para parar la película y centrarse en mí—. Tú en cambio traes muy buena cara. ¿Por qué será? Cuéntanos pequeño poni.

—Sois lo peor, hacedme un hueco. —Se incorporaron un poco y pude sentarme entre ellos. En la imagen congelada que se había quedado en la pantalla de la televisión aparecían unos jóvenes Jack Lemmon y Shirley MacLaine —¿Estáis viendo “El apartamento”? Pablo, te veo en baja forma, ¿cómo te has dejado convencer?

Y es que Pablo nunca quería ver clásicos con Ana y conmigo, y eso que le

decíamos que era lo ideal para la resaca y que no había comedias mejores. Pero él siempre nos decía que no entendía por qué teníamos que ver películas en blanco y negro cuando ya se había inventado el tecnicolor. Le costaba ceder, pero cuando lo hacía siempre acababa riéndose con nosotras y disfrutando, a veces, casi más que nosotras, aunque cuando terminaba la película en cuestión, se levantaba muy digno del sofá y decía: “Tampoco ha sido para tanto, hubiera preferido ver Fast and Furious”, le gustaba hacerse el duro delante de nosotras.

—Me duele la cabeza y Ana me ha prometido que no me iba a dar la lata con lo que pasó anoche con su prima si veía con ella “El pisito” o como se llame, pero no nos líes. ¿Qué tal la cita?

—Ha estado bien, hemos estado hablando de todo un poco —respondí sin mucho entusiasmo.

—Vaya respuesta más sosa, desembucha —dijo Ana.

—Ana, deberías renovar tu vocabulario, en serio, ¿desembucha? —le recriminó Pablo, ella como respuesta le sacó el dedo corazón y yo intervine para que aquello no fuera a más. Ya sabía de memoria cómo acabaría esto, Ana mas cabreada que una mona, encerrada en su habitación y Pablo descojonándose.

—Es que no sé qué decir, ha estado bien, muy bien. Alejandro es un chico muy simpático y agradable —dije.

—Y esta buenísimo —puntualizó Ana.

—Sí, eso también. ¿Por qué no lo he conocido antes? — dije dirigiéndome a ella.

—La verdad es que no se me había ocurrido presentártelo, ya sabes, primero porque cuando te conocí estabas en plan “odio a los tíos y como se me acerque alguno le corto el pito”.

—¿¡Pito?! Por Dios Ana, polla. A ver repite conmigo... po-lla. —Volvió a pincharla Pablo y yo no pude evitar reírme por la ocurrencia.

—Olvídame —dijo Ana mirando a Pablo —¿Por dónde iba? Ah sí, y segundo, no se me pasó por la cabeza que fuera tu tipo, creía que te gustaban más “píjitos”.

—Ana, creo que Alejandro es el tipo de cualquier chica —contesté yo.

—Cierto, está tan bueno que le gustaría a cualquiera. ¡Sorry!. Bueno, pero ¿ha habido tema que te quemas? —Pablo miró a Ana poniendo los ojos en blanco por la frasecita que acababa de soltar, pero no se atrevió a abrir la boca tras recibir una mirada asesina por parte de ella que ya estaba muy a la defensiva.

—No ha pasado nada —dije y Pablo chasqueó la lengua por mi escueta respuesta.

—Entonces seguro que te ha dejado más caliente que el palo de un churrero —dijo Pablo y tras decir esto, se volvió a acomodar en el sofá colocó los pies sobre la mesa baja, cogió su móvil y se puso a trastearlo mientras hacía como que nos ignoraba, pero sabía perfectamente que seguía atento a lo que decíamos.

—Que desagradable eres hijo, y luego el Sr. Elocuente recrimina mi forma de hablar, que poca vergüenza tienes —comentó Ana.

—Sí, sí, muy desagradable, pero tengo más razón que un santo. Se le ve en la cara que la han dejado a medias, que yo de esto sé un poco —dijo sin mirarme ni siquiera, como si no estuviera sentada justo a su lado mientras seguía pendiente del móvil.

—¿Sabéis que os digo? Que paso de vosotros, estáis hechos unos cotillas de mucho cuidado. Me voy a acostar que mañana he quedado a las ocho y media con Alejandro, creo que me va llevar de ruta por la montaña —dije mientras me levantaba para irme hacia mi habitación.

—¿Ahora se dice así, ir a la montaña? —Entonces Pablo también se levantó y pasó por mi lado empujándome un poco adrede—. Pues yo me voy a arreglar que me voy de “ruta por la montaña” con la rubia de anoche. —E hizo el gesto de las comillas con los dedos para que no hubiera dudas del nuevo doble sentido de la frase.

—¡Eh! ¡Que la película no ha terminado aún, falta lo mejor! —le gritó Ana a Pablo desde el sofá.

—¡Mañana me lo cuentas! —se oyó a Pablo ya desde el interior de su habitación.

—Me quedo contigo a ver el final, pero nada de preguntas sobre esta tarde ni mañana —le ofrecí a Ana, no quería que me hiciera preguntas que no

quería responder, o que sinceramente no sabría.

—Ok, “acepto pulpo como animal de compañía”. —Me encantaba Ana

Cuando acabó la película nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones. Antes de acostarme quería buscar las botas de montaña, y ya que aún era relativamente pronto, aprovechar para llamar a mis padres y comentarles que al día siguiente no iría a comer a su casa como solía hacer algunos domingos.

—¿Dígame? —respondió la voz de mi madre tras varios tonos.

—Hola mamá, espero que no estuvierais aún dormidos.

—No cariño, estábamos viendo una película. ¿Cómo estás?

—Muy bien, de vacaciones, por fin.

—Ya te tocaba. ¿Vas a venir mañana a comer?

—Pues te llamaba justamente por eso. He quedado para comer con unas amigas.

Dije amigas y no con un chico porque no tenía ganas de darle explicaciones. No es que mi madre me las soliera pedir, pero siempre le había gustado que le contara todo lo relativo a las relaciones que tenía y chicos que conocía. Después de lo mal que lo pasé con Samuel, no había vuelto a tocar el tema y se lo agradecía. Si en ese momento le comentaba que había conocido a alguien que me gustaba, empezaría a decirme que tuviera cuidado, que ya lo había pasado mal una vez, que no me fiara, etc., e incluso podría ponerse a llorar, mi madre era muy sentida para estas cosas, bueno más bien para todo. Yo ya me había fustigado un par de veces mentalmente con el discurso que probablemente ella me acabaría soltando, no necesitaba más presiones que las que yo misma me creaba.

—Ah muy bien, de todas formas como ya estás de vacaciones ven un día entre semana a casa, y comemos los tres juntos.

—Claro, lo haré, ¿y papá qué tal está?

—Muy bien, aquí lo tengo medio roncando en el sofá.

—Pues no le molestes, ya hablamos mamá. Buenas noches.

—Buenas noches cariño. Espera Helena, recuerda que el día veintiuno viene tu hermano a pasar unos días a casa y me gustaría hacer una comida familiar con todos.

—Sí mamá, no te preocupes, allí estaré.

—Buenas noches Helena.

—Buenas noches mamá.

Siempre que hablaba con mis padres me quedaba algo tristonosa, me faltaba siempre un abrazo al despedirme. No vivía lejos de ellos, solo nos separaban unos veinticinco kilómetros, pero la rutina y el día a día, hacía que pasara más tiempo pensando en ir a verlos que propiamente en ir a visitarles. A mi padre lo veía más a menudo porque trabajaba en la universidad cerca del centro de la ciudad, e intentábamos quedar a comer alguna vez cuando nuestros respectivos trabajos nos lo permitían. También tenía muchas ganas de ver a mi hermano Carlos, hacía casi siete meses desde su última visita, aunque hablábamos por teléfono y alguna vez nos veíamos por Skype, no tan a menudo como quisiéramos, intentábamos mantener la buena relación que siempre habíamos tenido cuando vivíamos juntos. Él es el mayor de los dos y cuando se fue a trabajar a Canarias, recuerdo la sensación de sentirme desprotegida y sola. Él siempre estaba ahí cuando necesitaba que me defendiera o simplemente para hablar. Mi hermano también fue alumno de la señora Metzler, así que contaba con el alemán como baza para encontrar un buen trabajo. Al poco de graduarse le ofrecieron trabajar en el departamento de administración de un hotel de Tenerife, se marchó, conoció a Mónica, su mujer, y allí seguía la mar de contento cinco años después. Yo ya me había hecho la idea de que Carlos no iba a volver a la península, tenía amor y trabajo en una isla en la que la temperatura media del año era veinte grados, tonto no era. Aproveché para mandarle un mensaje al móvil.

“Ya me ha dicho mamá que nos honras con tu presencia en unos días. Tengo muchas ganas de verte. Un beso, te quiero. (P.D. No te olvides de traer ron miel)”

Antes de que volviera a dejar el teléfono en el escritorio de mi habitación, me llegó su respuesta.

“Yo también tengo ganas de verte. Además tengo una noticia que darte. Buenas noches. Yo también te quiero (P.D. Ron miel listo para embarcar)”

Pensé que ojalá la noticia fuera que Mónica estuviera por fin embarazada, llevaban tiempo intentándolo y los pobres ya tenían muchas ganas de ser padres.

No hacía ni dos horas que me había despedido de Alejandro y ya tenía ganas de verlo de nuevo, bueno de verlo por decir algo, me moría de ganas de volver a olerle, besarle, tocarle y todo lo indecible que se me pasaba por la cabeza. Me sentía como una adolescente con las hormonas desatadas.

Aún tenía que encontrar las botas de montaña para la excursión con Alejandro. Me puse a buscar entre las cajas que guardaba debajo de la cama. Las cosas que había allí eran aquellas que me resistía a tirar, pero que no utilizaba. Era mi pequeño escondite de acaparadora y sabía que las botas tenían que estar por ahí abajo. Las compré cuando Samuel y yo estábamos juntos, fue el verano que se empeñó en que hiciéramos el Camino de Santiago. Tuvo la gran idea de que nos vendría bien para pensar, encontrar respuestas, y según él, hacer el camino era perfecto para ello y además económico.

—Hele, es la mejor opción para este verano, no nos gastaremos mucho, nos servirá para pensar y decidir qué hacer con nuestras vidas ahora que acabamos la universidad. ¿Qué más se puede pedir? —me dijo.

—¿No tener que andar más de cien kilómetros a pie? Yo creo que podría pensar que hacer con mi vida, en una tumbona en una playa con palmeras y un mojito en la mano —le respondí.

Tengo que reconocer, que al final no estuvo tan mal como lo había imaginado, el entorno era una pasada, casi mágico y la comida buenísima, pero sobre lo de encontrarse a sí mismo, yo lo único que encontré fueron agujetas horribles y mis pies llenos de ampollas, pero nada de respuestas ni de espiritualidad. Y en fin, el Camino de Santiago fue la única vida útil de mis botas, por tanto, su lugar debía ser bajo la cama, y allí las encontré.

Luego me preparé unos pantalones cortos, camiseta de algodón básica y una sudadera, como decía mi madre, por si refrescaba, aunque siendo agosto lo dudaba, pero supongo que son esas cosas de madres que llevamos grabadas a fuego. Ya lo tenía todo preparado para la excursión con Alejandro, pero ¿y yo?, ¿estaba preparada para volver a sentir?

7. NOS VAMOS DE RUTA

El despertador sonó a las siete y media, quería tener tiempo para darme una ducha y desayunar en condiciones, pero sobre todo, no quería llegar tarde. No tenía que llegar a ningún sitio, únicamente bajar las escaleras y salir a la calle, no podía ser más fácil, podía hacerlo, claro que podía ser puntual.

A las ocho y veinticinco minutos estaba esperando para entrar al ascensor, mientras me daba palmaditas imaginarias de enhorabuena en la espalda, estaba siendo puntual. Las puertas se abrieron y dentro estaba el vecino del piso de arriba con sus pequeñas gemelas de cinco años. Las mismas niñas, de las que estábamos convencidos de que un día, a base de saltos y gritos, conseguirían que el techo del piso se nos cayera encima.

Entré, me coloqué a un lado y cuando fui a presionar el botón de planta baja, vi que estaban todas las plantas seleccionadas, ¡venga ya, vivía en un sexto!. Me giré hacia el padre con mirada de exigir explicaciones y rapidito, pero el pobre hombre me respondió con un suspiro y yo solo pude sonreír levemente. La verdad es que me dio bastante pena, miré a las niñas como chupaban el espejo del ascensor y mis trompas de Falopio se hicieron un nudo marinero. Tras parar en todas y cada una de las plantas, llegaba más de cinco minutos tarde al encuentro con Alejandro.

Nada más salir a la calle lo vi, apoyado en un todoterreno negro, con unos pantalones cortos de montaña, camiseta de manga corta, el pelo revuelto y gafas Rayban Wayfarer. Mis pies se quedaron clavados en el suelo y mis bragas, creo que empezaron a deslizarse solas para salir a su encuentro y meterse en uno de sus bolsillos. No sé cuánto tiempo estuve mirándolo, más bien, repasándolo de arriba abajo, y muy posiblemente, babeando mientras me recreaba en la imagen.

—Buenos días Helena —dijo mientras se aproximaba al lugar donde permanecía inmóvil.

—Buenos días. Vaya... Tienes coche —dije sin querer, poniendo voz a mis pensamientos.

—Claro que tengo coche, ¿qué concepto tienes de mí?

—No sé... ¿Viajero bohemio sin coche? —No pudo evitar reírse por mi

comentario.

—Pues tengo coche, casa, móvil, y algunas cosas más —me dijo al oído como si me estuviera contando un secreto y prosiguió —Pero he de confesarte que no tengo televisión —se separó un poco de mí y preguntó —¿Cumple esto un poco más tus expectativas sobre mí? —me preguntó sonriendo.

La cercanía de su cuerpo con el mío me confirmó que todo el trabajo de mentalización nocturna para controlar mi cuerpo y mis pensamientos, cuando estuviera cerca de mí, había fracasado estrepitosamente.

Se dirigió hacia la puerta del conductor dejándome con los pies clavados en el suelo, con más calor que el que debería tener a esas horas de la mañana.

—Venga vamos, tenemos algo más que una hora de camino, y no quiero llegar tarde, que luego hará más calor. —Yo ya estaba suficientemente acalorada para todo el día.

Me subí al coche, era muy bonito, siempre me han gustado los coches grandes, tipo todoterreno. No pude evitar acordarme del coche de Samuel, un “dos caballos” heredado de su abuelo, que él se negaba a vender porque decía que funcionaba como la seda, y de broma me decía que le gustaba porque le hacía parecer un tipo interesante que coleccionaba coches antiguos. He de reconocer que al final le cogí cariño al cuatro latas de Samuel.

—Me gusta tu coche —rompí el silencio aunque no era incómodo.

—Es un Jeep Wrangler, funciona genial en caminos complicados.

—¿Sueles ir mucho a hacer rutas por la montaña? —pregunté.

—Siempre que puedo, me gusta perderme unos días por el monte.

Ya fuera de la ciudad, en la carretera, tras tocar varios botones de la radio empezó a sonar la voz de una chica que juraría que no había oído antes.

—¿Quién canta?—pregunté.

—Se llama Kimbra, es neozelandesa, una mezcla de música electrónica, pop y soul. Por cierto, ayer no hablamos mucho de ti, sé que estas de vacaciones, por tanto deduzco que trabajas en algún sitio.

—Sí, estudié Derecho y Relaciones Internacionales y trabajo desde hace varios años en una empresa alemana que facilita que empresarios alemanes

puedan establecer sus negocios en España. Yo me dedico a gestionar papeleo, traducciones, etc., y hace poco he empezado a llevar algunas cuentas de pequeños empresarios.

—Vaya, parece interesante, entonces deduzco que sabes alemán.

—Así es, lo empecé a estudiar cuando era una niña. Fue la gran idea de mi padre “el visionario”, y la verdad es que conseguir que sus hijos aprendieran además de inglés otro idioma como el alemán, nos ha facilitado a mi hermano y a mí, la vida laboral.

—Me cae bien tu padre, parece un hombre muy inteligente.

—Lo es, es un hombre excepcional.

—¿Y tienes solo un hermano? —me preguntó, su mirada iba alternativamente a la carretera y hacía mí.

—Sí, mayor que yo, nos llevamos casi siete años. Ahora vive en Tenerife, trabaja en la administración de un hotel al norte de la isla, en Puerto de la Cruz, en unas semanas vendrá a pasar unos días a casa de mis padres.

—Entonces tenemos en común lo de tener a nuestros hermanos lejos.

—Sí, bueno Tenerife esta a tiro piedra comparado con Australia. —Él sonrió por mi comentario.

—Pero en la práctica es casi lo mismo.

Me quedé mirando por la ventanilla del coche mientras pensaba en mi padre y en mi hermano, tenía suerte de tener una familia, que a pesar de la distancia, estábamos muy unidos. Gracias a ellos, y a Pablo y Ana, no me podía quejar, tener a gente tan buena a mí alrededor era una suerte y conseguían que no me sintiera de nuevo sola.

—Bueno, ya hemos llegado. ¿Preparada para empezar a subir? —su voz me sacó de mis pensamientos. ¿Ya había pasado una hora? El tiempo corría de forma distinta cuando Alejandro estaba cerca.

Bajó del coche y se dirigió a abrir el maletero, yo también fui hacia el mismo lugar para reunirme con él y que me contara que tenía planeado para hoy.

—¿Subir? ¿Me vas a hacer escalar una montaña? —pregunté y puse cara de pena a ver si se apiadaba de mí.

—¿Escalar? —soltó una carcajada—. No tanto, vamos a ir subiendo por un camino, hasta la cima, justo donde está aquella piedra más grande, ¿la ves?

—Se ve muy pequeñita desde aquí, debe estar a cientos de kilómetros.

—A kilómetros está, pero no a cientos —sonrió

Sacó dos gorras de una mochila y me puso una de color azul marino, dijo que era para que no se nos calentaran mucho las ideas, he de decir que las mías llevaban calentitas por su culpa desde primera hora de la mañana. Él se puso una de color negro. Hasta las gorras le quedaban de vicio a este hombre. Se colocó la mochila a la espalda que había sacado del maletero, cerró el coche, me dio la mano y empezamos a andar montaña arriba. No sé cómo conseguía que un gesto como andar cogidos de la mano pudiera ser tan natural, nada forzado, como si no significara nada más que el hecho físico de dos manos que se tocan, sin ninguna connotación romántica, él era la única persona que conocía que podía conseguir eso.

Tras un par de horas hablando de cualquier tema que nos surgía, engancho uno con otro, el camino se me estaba haciendo menos pesado de lo que había pensado cuando miré la altura de la montaña desde el coche. Aunque no había otro lugar donde quisiera estar en aquel momento, mis piernas se resentían y empezaba a tener hambre y sed. Alejandro debió darse cuenta de que había ralentizado el paso y empezaba a costarme un poco respirar con normalidad. El camino empezaba a tener más inclinación y yo menos ganas de seguir subiendo.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que paremos un poco y comamos algo? —me preguntó.

—Por Dios, ¡sí! —respondí con la respiración entrecortada y con la mano en un lado del abdomen, casi desde el instituto que no sentía flato.

—¡Vaya que entusiasmo! Ven, vamos a sentarnos en aquellas piedras de allí —dijo refiriéndose a un claro que se encontraba en uno de los lados del camino.

Su mochila pasó de corriente a maravillosa cuando empezó a sacar agua fresca, plátanos, manzanas y barritas de cereales.

Tras comerme, lo que él consideró, demasiado para poder mover mi precioso culo hasta la cima, proseguimos el camino. Éste se estaba

complicando, las últimas tormentas de verano habían erosionado bastante el terreno, y además habían algunos árboles caídos que nos obligaban desviarnos del camino.

Tras poco más de una hora, literal y mortalmente, yo ya no podía dar ni un paso más, el desnivel de ese tramo era demasiado para mí.

—En serio, no puedo más. ¿Qué te he hecho yo para merecer esto? —dije jadeando, sin saber si me había llegado a oír.

—Yo tampoco sé lo que me has hecho Helena, pero sí sé que te mereces las vistas que hay desde aquí. —Su respuesta me hizo parar en seco, no me esperaba que me dijera algo así. Se acercó a mí y me ofreció su mano.

—Dame la mano, no queda nada, te lo prometo. —No lo dudé ni un segundo, alargué mi mano para coger la suya.

Después de diez minutos más, se paró de golpe. Me soltó la mano y se colocó detrás de mí.

—¿Confías en mí? —me susurró en el oído.

—Sí. No harás que me despeñé, ¿no? Mira que Ana y Pablo saben que estoy contigo y... —no me dejó terminar mi discurso.

— Shh.... confía —volvió a susurrar.

Entonces sentí como me quitaba la gorra, me tapaba los ojos con la mano y me obligó a andar hacia delante con el empuje de su cuerpo. Tras varios pasos, paró y me quitó la mano de los ojos, ante mí tenía unas vistas espectaculares, se podía ver Valencia a lo lejos y el mar infinito.

—¡Guau! Qué vistas, son preciosas y el mar está tan azul... Tenías toda la razón, sí que ha valido la pena. Gracias.

Me abrazó por detrás y apoyó su cara entre mi hombro y mi cuello.

—He de decir que cuando me dijiste que no estabas muy en forma no creía que estabas tan mal.

—¡Eh! —le di un pequeño golpe a su estómago con el codo.

—Has sido una campeona, en serio. —Me giró para que estuviera frente a él, bajó un poco la cabeza. En ningún momento soltó sus brazos de mi cintura —. Quiero que sepas que el beso de ayer no se me ha ido de la cabeza, y desde que has subido a mi coche no pienso en otra cosa que volver a besarte.

—Entonces creo que deberías volver hacerlo, además creo que me merezco un premio por casi perder el hígado en el camino —deseaba que volviera a besarme, prácticamente no había pensado en otra cosa desde que nos despedimos la noche anterior.

Alcé mis brazos y coloqué mis manos en su cuello, esta vez fui yo la que hizo desaparecer la ínfima distancia que separaba su boca de la mía y me puse de puntillas para poder besarle. Nuestras lenguas no tardaron en enredarse y sus manos me apretaban cada vez más fuerte. Una de ellas empezó a subir por la espalda hasta llegar a mi cuello y la otra bajó hasta colocarla bajo mi culo apretándome más contra él. ¿Este hombre besaba siempre así? Si era que sí, entonces estaba muy jodida, porque cada vez que me tocaba, era como si me sobrepasara de alguna manera, como si me viniera grande, entonces pensé, ¿si besaba así, como debía ser en la cama? Uff, decidí que era mejor no seguir pensando.

Me demostraba con cada músculo de su cuerpo que me deseaba de una forma que nadie me había hecho sentir antes. Se separó de mi boca y empezó un camino de besos empezando por mi barbilla, pasando por el cuello hasta llegar a mi oreja. Me mordió suavemente el lóbulo de ésta, matándome un poco más de deseo, y susurró:

—Helena, estoy haciendo ahora mismo un esfuerzo descomunal parando. Si te parece bien, vamos a irnos a mi casa echando leches para poder terminar lo que hemos empezado, o lo más probable es que muera de priapismo. —No fue necesario ni contestarle.

El camino de bajada era distinto que el de subida, con mucho menos encanto pero bastante más corto y en apenas una hora y media estábamos subiendo en el coche. Nada más entrar y sentarnos en los asientos del coche, volvimos a besarnos de nuevo, con tanta intensidad y descontrol que acabé sentándome sobre él a horcajadas. Metió sus manos por debajo de mi camiseta cogiéndome la cintura, casi podía juntar sus manos. ¿Cómo sabía que me encantaba que me hicieran eso? En aquel momento creí que iba a desaparecer desintegrándome en sus brazos, empecé a besarlo por el cuello y meter mis manos bajo su camiseta para tocar su pecho desnudo.

—Helena, espera. —Quitó sus manos de mí, bajó mi camiseta y apartó las mías de su cuerpo—. No pienso ni por asomo que lo hagamos en el coche,

por mucho que me apetezca estar entre tus piernas. Tengo una necesidad de ti que no se va a calmar en el asiento de un coche. Quiero hacértelo bien, quiero recrearme en cada rincón de tu cuerpo, y tomarme todo el tiempo del mundo, ¿te parece bien?

Me recompuse respirando hondo. Tenía razón, yo también quería disfrutar del momento todo lo posible, y el asiento de un coche, no era el mejor lugar ni el más cómodo para poder hacernos todo lo que deseábamos.

—Estoy de acuerdo, pero rápido, por favor. —Sí, supliqué, yo también tenía mis necesidades sexuales descontroladas.

Me coloqué de nuevo en el asiento del copiloto, arrancó el coche y emprendimos el de camino hacia su casa.

8. BAJO MI PIEL

Durante el camino de vuelta solo hubo silencio, yo tenía miedo de romper la tensión sexual que había en el ambiente. Me moría de ganas por llegar a su casa y no quería, por nada del mundo, fastidiarlo abriendo la boca y diciendo cualquier tontería. Él iba concentrado conduciendo mientras seguía sonando Kimbra en la radio. Cuando nos subimos en el coche la canción que se quedó a medias cuando nos bajamos para comenzar la ruta terminó, y empezó una canción llamada *Two way street*. Siempre solía fijarme en las letras de las canciones que oía, no lo podía evitar, a veces me suelo fijar más en las letras que en la música, defecto de fábrica, supongo. No pude evitar quedarme con una frase de la canción, que parecía estar escrita para mí y que definía a la perfección como me sentía justo en ese momento: “*And I think I’m ready, to let you get under my skin. I can’t make you fall for me*”. (“Y creo que estoy lista para dejarte entrar bajo mi piel. No puedo hacer que te enamores de mí.”)

Tras una hora de camino entrábamos en un garaje en pleno centro de la ciudad.

—¿Vives aquí, en el centro? —le pregunté.

—Sí, me gusta estar en el corazón de la ciudad, donde todo ocurre. Aunque el piso no es muy grande, la ubicación vale la pena.

Una vez aparcado el coche en su plaza, me cogió de la mano y nos dirigimos hacia la salida que daba a una calle que estaba a unos escasos metros de su portal. El edificio tenía tres alturas, era antiguo pero se notaba que había sido rehabilitado hacía poco, la fachada era de color teja oscuro, con grandes ventanales con marcos de madera oscura, que en su momento seguramente habrían sido balcones.

—Es un edificio muy bonito —dije mirando hacia arriba.

—Sí, pero te aviso que no hay ascensor y vivo en el último piso, así que voy a seguir haciendo que hagas ejercicio, y esto es solo el principio —puso su mano bajo mi espalda y me dejó pasar delante de él —Pasa, prefiero ir detrás, las vistas son mejores —me giré y volví a ver esa media sonrisa suya tan sexi.

Al entrar en el piso me encontré inmediatamente en un espacio diáfano que hacía de salón comedor y a la derecha pude ver de reojo una cocina abierta. Y es todo lo que pude distinguir en escasos segundos, porque comenzó a besarme de forma urgente, como si le fuera la vida en ello. Noté una pared de ladrillos a mi espalda, mientras se deshacía de mi camiseta y a continuación le ayudé a quitarse la suya. Me bajó las copas del sujetador y empezó a besar mi pechos, luego su lengua fue directamente a los pezones, no recordaba cuando había estado tan excitada como lo estaba en aquel momento, en el caso que lo hubiera estado tanto alguna vez, porque sinceramente no recordaba otra ocasión en la que me sintiera así. Mientras, sus manos no se despegaban de mi cintura. Me estaba volviendo literalmente loca, su boca, su lengua, su forma de mirarme, sus manos, sabía cómo y dónde tocarme, apretaba el botón correcto de mi cuerpo en cada momento.

Yo misma me quité el sujetador por completo y me pegué todo lo que pude a él para poder sentir su pecho desnudo junto al mío, necesitaba deshacerme de todo lo que se interponía entre nuestros cuerpos. Únicamente me separé un poco para poder verle bien, era delgado y se le marcaban levemente cada uno de sus músculos, era jodidamente perfecto. Bajó hasta mis pies acariciando mis piernas con las yemas de sus dedos mientras descendía, me desató los cordones de las botas para que yo me las pudiera quitar sin tener que agacharme, y luego me quitó los calcetines. Se irguió de nuevo, pero tuvo que agacharse un poco y salvar la diferencia de altura para comenzar a besarme el cuello, su lengua volvía a hacer de las suyas con el lóbulo de mi oreja.

—No aguanto más, voy a follarte aquí mismo, te tengo tantas ganas que no creo que pudiera llegar ni al dormitorio. Luego prometo que lo haremos en la cama como te mereces —me lo decía mientras me bajaba los pantalones junto con las bragas, y yo le ayudé moviendo los pies para deshacerme de la última prenda de ropa que me quedaba.

Metió su mano entre mis piernas y empezó a acariciarme el clítoris, metió un dedo, y luego dos, mientras su boca no paraba de un segundo de besarme el cuello y los labios.

—Espera un segundo, ni te muevas. —Estoy segura que si no hubiese parado me hubiera corrido con solo dos caricias más. Me quedé esperándolo intentando respirar con normalidad, desnuda apoyada en una pared de piedra.

Volvió en cuestión de segundos completamente desnudo poniéndose un preservativo, verlo venir hacia mí con su erección, tan perfecto, me excitó tanto que tuve que juntar las piernas para notar presión y conseguir calmarme un poco. Me mordí el labio inferior, estoy segura que en aquel momento podría haber tenido un orgasmo solo mirándolo. Por primera vez pude ver la totalidad del tatuaje que llevaba en el brazo derecho “*L’essentiel est invisible pour les yeux*” (Lo esencial es invisible a los ojos). No sabía francés pero inmediatamente reconocí la frase, era del libro El Principito, lo había leído cientos de veces cuando era una niña y después cuando no era tan niña.

Se puso frente a mí, me miró a los ojos y dijo casi susurrando pero con cierta autoridad.

—Date la vuelta.

Su orden no fue obedecida por mi cerebro, fue directamente mi cuerpo el que cumplió con rapidez sus palabras. Coloqué las palmas de las manos sobre la pared de ladrillos, entonces sentí como una de sus manos se apoyaba en mi cadera, entretanto con la otra sujetaba su pene que jugaba con mi entrada. Empezó a penetrarme lentamente, mientras yo escuchaba su profunda respiración intentando no olvidarme de respirar yo. Cuando llegó al fondo de mi interior de un solo movimiento, di un pequeño grito, producto más de dolor que de placer, él se quedó dentro sin moverse.

—Dios, estás muy estrecha, ¿Helena desde cuando no...? —me preguntó mientras manejaba mi cuerpo para que me inclinara un poco más.

—No me preguntes eso, por favor. —Menos mal que no me podía ver la cara, porque estaba muerta de vergüenza.

He de reconocer que después de Samuel, solo me había metido mano y dado cuatro besos medio borracha una noche con un amigo de Pablo, pero no llegamos a hacer nada más, así que había pasado mucho tiempo sin estar con nadie que no fuera yo misma.

Salió de mí, me giró y me besó, pero está vez más tranquilo, con su lengua acariciando mis labios y mordéndome el labio inferior con cuidado. Me cogió de la mano y me llevó al sofá, me tumbó cuidadosamente en él y se colocó encima haciéndose hueco entre mis piernas. Volvió a penetrarme lentamente pero solo un par de veces, la tercera fue un poco más brusco, de un solo golpe hasta el fondo, a su vez colocó su mano entre nosotros y

comenzó a acariciarme, rozando mi clítoris. Me era imposible mantener los ojos abiertos de tanto placer que sentía, seguía entrando y saliendo de mí, mi cuerpo ya se había acostumbrado a él, y ya no podía más, mis gemidos empezaron a acelerarse, mis manos se agarraban fuerte a sus brazos y a su espalda.

—Déjate llevar, quiero ver cómo te corres —dijo en voz baja.

Otra vez mi cuerpo obedecía a sus palabras sin contar conmigo, y entonces llegó un orgasmo, intenso, muy intenso, brutal, tanto que no recordaba que fueran así.

—Alejandro... —Me arqueé, y tiré la cabeza hacia atrás, él sujetó mi cara para que no la apartara y volvió a besarme.

—Helena, me estás apretando, me voy a correr también, no aguanto más —dijo con sus labios aún pegados a los míos.

Me penetró un par de veces más, más que penetrarme, me embestía y con un gruñido junto a mi oreja, sentí como se iba entre mis piernas, metiéndose en lo más profundo de mí, en todos los sentidos.

Tras un par de minutos sin movernos, en silencio y aún dentro de mí, levantó la cabeza que descansaba en mi hombro y me besó en los labios cuidadosamente, de una forma muy dulce.

—Tu cara cuando te corres mientras dices mi nombre, es una de las cosas más eróticas que he visto en mi vida. —No dije nada, no encontraba las palabras para poder responderle.

Se puso en pie, y aún estando en agosto sentí frío cuando su cuerpo se alejó del mío. Me quedé sola intentando taparme con una pequeña sabana que había doblada en uno de los brazos del sofá. Me puse a pensar en la intensidad de las sensaciones que había tenido hacía un momento, apenas nos conocíamos y me había hecho sentir más que cualquier otra persona, más incluso que cuando pensaba que estaba enamorada, en aquel momento sentí una mezcla de euforia y miedo.

¿Qué se supone que debía hacer en aquel momento?, ¿vestirme e irme de su casa? Entonces escuché el sonido de la ducha y cuando levanté la cabeza lo tenía delante, aún desnudo me tendió la mano.

—Vamos, creo que necesitamos una ducha.

El baño estaba junto a la cocina, antes de entrar pude ver una puerta entreabierta que supuse que debía ser su dormitorio.

—Metete en la ducha, el agua ya debe salir caliente, voy a poner algo de música.

Sentía como el agua, más fría que caliente, caía sobre mi cuerpo, cerré los ojos para disfrutar de la sensación. Se abrió la mampara de la ducha, pero seguí sin abrirlos y sin girarme, entonces sentí sus manos acariciando mi espalda. Notaba como sus dedos recorrían mi piel, sus brazos rodearon mi cuerpo abrazándome fuerte quedando mis pechos atrapados entre ellos. Deslizó una mano hasta mi abdomen y me presionó contra su cuerpo para que pudiera notar su erección.

—Mira lo que me haces, Helena. Acabo de correrme y ya tengo ganas de estar de nuevo dentro de ti.

Su forma de hablarme, las cosas que decía me hacían sentir sexi y atrevida, por primera vez desde hacía tiempo. Me di la vuelta zafándome como pude de sus brazos y me agaché frente a él. Acaricié su pene con una mano y la otra la coloqué en su cadera para evitar caerme. Me acerqué su erección a la boca y empecé a recorrer la punta con mi lengua y luego el resto de ella hasta la base. Levanté la mirada y pude verle con los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior, su cara era de verdadero placer, y le hacía parecer más guapo si eso era posible. Nunca había pensado que hacerle una felación a alguien me iba a dar casi mas placer a mí que a la otra persona.

—Helena, me está matando, uff que bueno, sigue un poco más...

Continúe succionando con intensidad, empezaba a sentir que se iba endureciendo aún más, sabía que estaba a punto de correrse, pero no me dejó terminar lo que había empezado, tras empujar un par de veces todo lo que pudo hasta llegar a rozar mi campanilla, me levantó del suelo de la ducha y empezó a besarme.

—Me encanta sentir mi sabor en tu boca —dijo con voz ronca, este comentario dicho por otra persona me hubiera dado incluso asco, en él me pareció sumamente erótico.

Cerró el grifo del agua, abrió la mampara de la ducha y puso rápidamente una toalla sobre la encimera del baño y cogió un preservativo del cajón del mueble que había bajo el lavabo, y como si fuera peso pluma me levantó y

me sentó allí. Abrió mis piernas y se colocó entre ellas, y de un solo movimiento certero se metió hasta el fondo, bajé la vista y vi que llevaba el preservativo, no me había dado cuenta cuando se lo había puesto.

Creo que le llegué a clavar las uñas en la espalda mientras me embestía fuerte y sin descanso, de una forma primaria, sus dedos se clavaban en mis caderas, y a mí, esa especie de violencia me excitaba más aún. Yo no me corría solo con la penetración, al menos nunca me había pasado, pero no hacía falta que se lo dijera, de alguna manera él lo sabía. Metió su mano entre nosotros, empezó a acariciarme y empecé a sentir como empezaba a crecer el hormigueo previo de un orgasmo que prometía ser igual o más intenso que el anterior.

—Alejandro me voy a correr —dije como pude con la voz entrecortada.

—Aguanta un poco.

Mientras mis dedos se hundían en su espalda para presionarlo lo máximo posible contra mí, me dejé llevar y exploté, él a los pocos segundos me acompañó, tras un gruñido, exhausto dejó caer su cabeza en mi hombro de nuevo.

9. TAMBIÉN SE NOS DABA BIEN HABLAR POR TELÉFONO

Eran las ocho de la tarde y estaba tumbada en mi cama con una camiseta de Alejandro que me había prestado después de salir de la ducha, ya que no tenía nada que pudiera ponerme limpio. Tras la mejor sesión de sexo que recordaba, se empeñó en llevarme a casa en coche para que no tuviera que coger metro ni taxi.

Antes de bajarme de su coche y después de un beso de esos que me dejaban más allí que aquí, me comentó que al día siguiente, lunes, se iba a Paris tres días para cerrar unos asuntos en la empresa donde trabajaba. Estuve a punto de decirle que me compraba un vuelo esa misma noche y me iba con él, la combinación Paris - Alejandro se me antojaba muy interesante, ya me imaginaba paseando por la orilla del Sena, besos bajo la torre Eiffel, cenar a la luz de las velas en un bistró en el barrio de Montmartre, ponerme morada de *macarons*, vamos, que solo hacía falta que nos lloviera purpurina para que fuera perfecto, sí, se me estaban yendo de las manos los pensamientos moñas. Pero no abrí la boca, no dije nada, simplemente porque lo conocía hacía menos de setenta y dos horas y nos habíamos acostado una vez, bueno técnicamente dos, pero decidí dejar por esta vez que la Helena racional y responsable controlara la situación, y así evitar que Alejandro derrapara con su Jeep mientras huía de mí. Me limité solo a volver a besarlo desde mi asiento y decirle que esperaba que nos viésemos a su vuelta, me contestó únicamente, que no lo dudara.

Lo iba a echar de menos, como decía la canción de Kimbra, lo había dejado meterse bajo mi piel y ahora recreaba una y otra vez sus manos sobre mi cuerpo, su forma de mirarme, sus besos, sentirlo dentro había sido una de las cosas más maravillosas que había sentido en mi vida.

No dejaba de preguntarme qué podía hacer esos tres días sin él, y sí, vale, había pasado veintinueve años de mi vida sin saber ni siquiera que existía, pero ahora que lo había conocido tenía la sensación que cualquier tiempo sin él me parecía un poco más perdido, qué patética empezaba a ser. ¿Es posible que me pudiera haber enamorado en solo tres días? Quizás la palabra

enamorada era demasiado, puede que solo estuviera obsesionada, enganchada o encoñada. No encontraba las palabras para definirlo y una parte de mí se negaba a utilizar un término que contuviera la palabra amor en él, más que nada porque me daba la sensación que aceptarlo era como admitir que no había aprendido nada de lo sucedido con Samuel, y que volvía a tropezar con la misma piedra, puede que no fuera igual, una más atractiva quizás, pero aparentemente me aguardaba el mismo resultado, yo de bruces contra el suelo.

Lo que sí reconocía era que nadie antes había causado en mí un efecto como el que Alejandro ejercía, ni siquiera parecido. Comparándolo con Samuel, no tenía nada que ver, con él último todo era racional y tranquilo. El sexo estaba bien, al principio frecuente y apasionado, luego frecuente y calmado, y por último de uvas a peras y más calmado todavía, pero claro, él ya tenía otra que le daba sexo frecuente y apasionado, y a mí me dejaba los restos, me daba asco solo de pensarlo.

Oí como abrían la puerta del piso, me levanté de la cama y me asomé al pasillo, eran Pablo y Ana.

—¿De dónde venís los dos juntitos? —dije apoyada en el marco de la puerta de mi habitación.

—Ana me ha invitado a comer en casa de sus padres. Venimos ahora de su pueblo. ¿Qué tal tu jornada de montañera, has conseguido llegar a la “cima” de Alejandro? —remarcando el gesto de comillas en la palabra cima.

—Que gracioso. Pues he llegado a la cima de la montaña y lo que concierne a Alejandro me lo guardo para mí —respondí.

—Uy, me parece a mí que sí por la carita que tienes, mi niña ya es mujer de nuevo, estoy orgulloso de ti. —Se acercó y me dio un beso en la cabeza, luego se dirigió a su habitación—. Las señoritas me van disculpar pero me voy a mis aposentos. Anoche dormí poco, ya sabes Helena, yo también me fui “a la montaña”. Y hoy, la madre de Ana nos ha hecho comida para alimentar a todo el edificio, así que necesito reposar.

Pablo cerró la puerta de su habitación y yo fui a la cocina donde se encontraba Ana colocando en la nevera varios tupperes con comida que había preparado su madre.

—Vaya, tu madre ha preparado comida para que podamos sobrevivir a un

apocalipsis zombie —le dije sonriendo.

—Sí, creo que no vamos a tener que cocinar en toda la semana. Oye, ¿qué tal con Alex? —Me hizo la pregunta una Ana bastante seria y concentrada, mientras jugaba al tetris con los tupper para que cupieran todos en los estantes de la nevera.

—La verdad es que muy bien, hacía tiempo que no me sentía tan a gusto con alguien. Mañana se va a Paris unos días, y hasta creo que le voy a echar un poquito de menos —mentira, lo iba a echar mucho de menos, pero tenía que mantener la compostura de cara a la galería e incluso delante de Ana.

—Hele, me alegro mucho que estés tan contenta y demás. Pero tengo que decírtelo porque no solo somos compañeras de piso, te considero mi amiga.

—Ya sé lo que me vas a decir. No me estoy enamorando, simplemente nos estamos conociendo, y soy consciente de que quizás esto no vaya más allá de cuatro días contados.

—Vale, pero es que tienes que saber que Alex no es un tío “normal”, entiéndeme, nunca le he conocido ninguna novia, y suele estar más tiempo viajando que en casa. No quiero que lo pases mal otra vez por culpa de un tío.

—Gracias, pero en serio, sé lo que puede haber y lo que no —si lo decía muchas veces en voz alta quizás acabaría creyéndomelo hasta yo.

—Ok, mmm... una curiosidad. ¿Cómo es Alex en la cama? Es que siempre me lo he imaginado que sería lo más parecido a un Dios del sexo. —Me sorprendió que Ana con lo tímida que era me preguntara eso.

—Pues no voy a entrar en detalles porque soy una señorita, pero... tu imaginación no iba nada desencaminada, y no me hagas hablar más de la cuenta.

—Uff, lo sabía. Bueno, mejor, no quiero saber más, que hace tiempo que no... bueno eso... que me pongo mala de pensarlo. Me voy yo también a la cama que aún arrastro la resaca del viernes y mañana trabajo. Algunas no tenemos la suerte de estar de vacaciones.

—Venga que te queda nada. Voy a robarte uno de los tupper de tu madre para cenar, que la jornada de hoy me ha dejado hambrienta.

—Es de mala educación presumir de lo que has comido delante del pobre.

—Me refería a la jornada de montaña, y el dicho no es así —le dije.

—Se dice así porque lo digo yo, y estoy cansada de que todos tengáis vuestros rollos y yo nada de nada. Buenas noches —sonrió y me lanzó un beso antes de que cerrara la puerta de su habitación.

Cogí uno de los tupperes preparados por la madre de Ana que contenía un par de filetes de pollo empanados y otro con tarta de manzana, ¡Dios cómo quería a esa mujer! Su señora madre, Juani, se había auto-impuesto la tarea de alimentarnos, y nosotros la mar de contentos. Me senté en la barra de la cocina y pensé en lo que me había dicho Ana, sabía que Alejandro se marcharía en algún momento, pero no sabía cuando, podría tardar meses, y quién sabe, a lo mejor cambiaba de idea y retrasaba mucho más su viaje. Me agarré a ese último pensamiento con esperanza, quería pasar todo el tiempo que fuera posible con él.

Me desperté al día siguiente sobre las diez de la mañana, benditas vacaciones. El piso estaba en silencio, ya no había nadie en casa, Pablo y Ana se habían marchado a trabajar temprano, así que me puse música con la puerta abierta de la habitación y me paseé en bragas por el piso, que gustazo daba estar sola.

Tras desayunar y leer el correo del trabajo por si había alguna novedad que requiriera de mi atención, me fui a la peluquería, ya era hora de mimarme un poco. No quería ningún cambio radical, cortar un poco las puntas y algunos reflejos, aproveché también para que hicieran la manicura.

Con mi pelo como el anuncio de Pantene y mis uñas de color *topage* de Chanel, me di un paseo por el centro comercial. En Women'secret me compré un camisón cortito color gris oscuro de algodón con un poco de encaje negro en el escote y en el bajo, sencillo y sexi. Pensé que si alguna vez me quedaba a dormir con Alejandro, no me sentiría muy cómoda con mi pijama de conejitos tomando el sol. También me compré un par de conjuntos de ropa interior, con un poco de encaje, pero todo muy discreto, típico conjunto que cualquier chica de veintinueve años tendría en casa, pero que yo no tenía ninguno desde el segundo en el que me di cuenta de que durante una larga temporada, no quería vivir ningún momento en el que implicase que alguien me viera en ropa interior.

Volví a casa y tras comer una ensalada de pasta, me quedé durmiendo en el sofá, cuando me desperté ya eran casi las siete de la tarde, había pasado mi

primer día libre y no había hecho nada productivo, bueno estaba de vacaciones, pero no podía pasarme así el resto de los días que me quedaban, tenía que empezar a planificarme todo aquello que me gustaría y debería hacer, como visitar a mis padres.

Pablo llegó del trabajo cuando aún me estaba desperezando, seguía sentada en el sofá intentando parecer un poco más persona y menos oso perezoso.

—Vaya, veo que estás viviendo al límite tus vacaciones. ¿Has hecho algo hoy de provecho? —dijo mientras dejaba el maletín del ordenador sobre la mesa del salón.

—Mmm... la verdad es que no. No he hecho nada. Bueno he ido a la peluquería, y mira mis uñas —le dije mostrándole mi perfecta manicura.

—Ya decía yo que te veía guapa a pesar de tu cara de gusarapo recién levantado. Mañana podrías comer conmigo, tengo un hueco de dos horas a mediodía.

—Vale, ¿podemos ir a ese italiano tan rico que está cerca del bufete? —La pasta de calabaza de aquel restaurante era espectacular.

—Dónde usted desee Lady Marmota.

Ana apareció por el pasillo, con el pijama puesto, también con la misma cara de gusarapo recién levantado que yo.

—¿Desde cuándo estás en casa? —No sabía que estuviera aquí y tampoco me di cuenta de que alguien había entrado en el piso.

—Desde las cuatro, cuando llegué estabas torrija en el sofá y babeando el cojín, así que me fui a mi habitación a dormir la siesta. Hoy es mi primer día de jornada intensiva y he jurado ante Dios hacer siestas de al menos dos horas todos los días y con pijama, como una profesional.

Esa noche pedimos una pizza y cenamos los tres juntos mientras veíamos una película, eso sí, en color, no queríamos martirizar más de lo necesario a Pablo, que solo era lunes.

Me metí en la cama bastante pronto para la siesta que había hecho por la tarde, al final va ser verdad eso de que no hacer nada también cansa. Miré el móvil para ver si tenía algún mensaje de Alejandro, pero nada, no me había llamado ni mandado un mensaje, lo dejé cargando en la mesita y cerré los ojos. Cuando estaba ya entrando al mundo de los sueños, el móvil empezó

vibrar y la pantalla se iluminó con el nombre de Alejandro. Encendí la lamparilla me incorporé apoyando la espalda en el cabecero, me aclaré la garganta y descolgué.

—Hola. —Mi voz sonó más dormida de lo que hubiera deseado.

—Hola, espero no haberte despertado.

—No, acababa de meterme en la cama. ¿Qué tal todo? ¿Qué tal París?

—Bien, como siempre, igual de bonita. Y mucho calor también por aquí. He tenido un par de reuniones y luego he ido a tomar unas cervezas con unos compañeros. ¿Y tú? Hoy era tu primer día de vacaciones, ¿no?

—Sí, pero no he hecho mucho, bueno siendo sincera no he hecho nada, comer y dormir, lo básico para subsistir.

—Estás de vacaciones, también te mereces días así. —Estuvimos unos instantes callados—. Tenía ganas de hablar contigo antes de que terminara el día.

—La verdad es que yo también, quería llamarte, pero no quería molestarte por si estabas muy ocupado.

—Hoy ha sido un día tranquilo, pero mañana tengo reuniones desde las ocho y media de la mañana hasta las seis de la tarde, me espera una locura de día. ¿Tienes algún plan para mañana?

—Pues, he quedado a comer con Pablo, mi compañero de piso, en un italiano cerca del bufete donde trabaja.

Y continuamos hablando durante horas, de todo lo que se nos iba ocurriendo, de música, de cine, de comida, incluso de la existencia o no de un Dios. Íbamos hilando temas, sin forzar, de una forma muy fluida, no podíamos parar de hablar y de reír.

—Oye, ¿no te duele la oreja? —le pregunté mientras me cambiaba el teléfono de lado y me tocaba la otra oreja que estaba caliente y roja.

—Sí un poco. A ver que vea la hora... las cinco y media de la mañana. Me tengo que levantar en dos horas y media.

—“Mea culpa” por enrollarme tanto, lo siento —respondí con voz lastimera.

—No lo sientas, me gusta hablar contigo. Estoy pensando que creo que casi es mejor que ya no me acueste. Es peor dormir un par de horas que ir de

empalme.

—¿Pero mañana tienes un día bastante completo, no? —le pregunté.

—Me inyectaré café en vena, no te preocupes. Creo que nunca he hablado por teléfono tanto tiempo seguido con alguien.

—Yo tampoco.

—Helena —dijo mi nombre con esa voz ronca casi susurrada que me ponía tanto.

—Dime —respondí también con un susurro, aunque seguro que mi voz no sonaba tan sexi como la suya.

—Te estoy imaginando en la cama, con un pijama de estos de verano, cortitos, y me estoy poniendo malo.

—No llevo pijama, llevo solo una camiseta de tirantes y bragas, hace mucho calor y no tengo aire acondicionado en la habitación.

—Eso no me ayuda mucho.

—No me gusta mentir.

—No sé si debería agradecerte tanta sinceridad, si seguimos por ahí esto no acabará bien, y ahora mismo nos separan más de mil kilómetros. No creo que sea necesario hacernos sufrir innecesariamente, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo. —Ahora tenía más calor que hace unos minutos.

—Bueno, pues creo que lo mejor es que me vaya a correr un rato a despejarme, quitarme de la cabeza tu imagen tumbada en una cama en bragas. Luego me daré una buena ducha y me tomaré un café bien cargado. El miércoles vuelvo, así que si quieres el jueves podemos vernos si te apetece.

—Claro que me apetece, avísame cuando estés por aquí.

—Perfecto. Buenos días Helena.

—Buenos días Alejandro.

Y tras un silencio en el que cabían tantas cosas y no nos dijimos nada, ambos colgamos.

Me levanté de la cama y bajé todo lo que pude la persiana porque ya empezaban a asomar los primeros rayos de sol. Con sus buenos días aún resonando en mi cabeza me acabé durmiendo.

10. QUÉDATE A DORMIR ESTA NOCHE

A las dos menos cuarto, estaba esperando a Pablo en la puerta del restaurante italiano en el que habíamos quedado para comer, llegaba quince minutos tarde pero, por suerte, él no había aparecido aún.

Había abierto los ojos sobre las doce, y gracias al despertador, después de haberme dormido casi a las seis de la mañana, creo que hubiera seguido en la cama varias horas más, pero no era plan de seguir durmiendo, ya contaba con que alguna siesta caería más tarde.

Me imaginaba que Alejandro se estaría arrastrando por la vida, según me había comentado tenía un martes lleno de reuniones y además no había podido dormir nada, en parte por mi culpa. La verdad es que fue una noche genial, hablamos mucho, me resultaba tan fácil contarle cualquier cosa, y eso era extraño teniendo en cuenta que prácticamente era un desconocido. Él siempre tenía la palabra adecuada, la contestación idónea, y como se reía, solo de recordarlo se me ponía un nudo en el estómago, esa risa deberían declararla la octava maravilla del mundo, bueno mejor sus ojos, o su boca, o todo él.

Cuando levanté la vista tenía a Pablo delante de mí, chasqueando los dedos en mi cara sacándome de mi embobamiento “alejandrino”.

—Perdona por el retraso, una llamada de un cliente justo cuando salía. Llevarás media hora de plantón —dijo mientras se miraba el reloj.

—Perdonado, solo llevo quince minutos esperando. —Y le sonreí con cara del emoticono que enseña todos los dientes.

—¡Esa es mi chica “la tardona”! ¿Entramos? Me muero de hambre.

—¡Sí, claro!

Una camarera jovencita muy mona nos llevó a una mesa libre, tras varias miradas, sonrisitas y un par de frases sin mucho fundamento intercambiadas con Pablo, nos tomó nota. Empezaba a pensar que era invisible para las camareras de los sitios donde iba, con Alejandro me pasaba lo mismo, se ve que cuando compartía mesa con un hombre con ojos azules no se percataban que además de ellos había también una presencia femenina.

—¿Os habéis acostado? —pregunté directamente, con Pablo no necesitaba

andarme con rodeos.

—¿Quién? ¿Con la camarera? No... aún no. Pero es guapa ¿verdad? Entró a trabajar hace un par de semanas.

—Aún no, buena respuesta, ¿Qué tal el día? ¿Mucho lio en el bufete?

—No, está todo bastante tranquilo, ya se sabe, agosto es lo que tiene. En una semana ya estaré de vacaciones. ¿Vas a venirte a Oviedo conmigo a hincharte a cachopos y a ponerte fina de sidra?

—Aún no he decidido nada, pero lo tengo en cuenta —respondí.

—Tú te lo pierdes si decides no venir. Oye, estas dudas repentinas que te han entrado, no serán por el chico viajero del cumpleaños de Ana, ¿no?

—Se llama Alejandro, y no, no se debe a él, es que no se que quiero hacer aún. —No era del todo cierto, en parte sí que se debía a él mi muy posible cambio de planes.

—¿No se iba a viajar por Asia? —preguntó.

—Sí, pero aún no ha decidido cuándo.

Estuvimos también hablando de Ana y de su clara necesidad de conocer a alguien y tras intentar convencer a Pablo, de broma, de la posibilidad de que él se acostara con ella, solo como acto de compañerismo, de buena fé y por la convivencia del piso. Repasamos la lista de sus amigos y cuál de ellos podría congeniar con ella, quedó en que llamaría a un par para que viniesen a cenar a casa algún día.

El no haber dormido mucho empezaba a pasarme factura y se me cerraban los ojos de camino a casa en el metro, así que nada más llegar me iría directa a la cama. Ana ya había llegado por que vi su bolso en el salón, pero supongo que estaría haciendo su siesta “profesional” con pijama en su cama, ya que lo juró poniendo a Dios como testigo con puño en alto a lo Escarlata O’Hara, y cuando ella juraba como en “Lo que el viento se llevó”, lo cumplía a rajatabla.

Tras la siesta y cenar solo con Ana, ya que Pablo había quedado, no sabía sin con la camarera del restaurante italiano, me fui a la cama a leer un rato y Ana decidió hacer lo mismo.

Miré el móvil antes de apagar la lamparita, tenía un mensaje de Alejandro, maldita manía que tenía de dejarlo en silencio, no me había enterado cuando

lo había recibido hacía ya casi tres horas.

Buenas noches Helena, estoy destrozado, ha sido un día duro. Me hubiera gustado hablar contigo un poco, pero me habría dormido antes de que me contestaras. Nos vemos el jueves. Un beso.

Aunque le respondiera en ese momento no lo iba a ver porque ya estaría en el quinto sueño, seguramente habría caído como un peso muerto en la cama, pero le escribí para que lo pudiera leer al levantarse.

Supongo que Buenos días ya, espero que hayas descansado. Que tengas un buen viaje de vuelta, nos vemos pronto. Un beso.

El miércoles aproveché para ir a ver a mis padres, comimos en el porche junto al jardín y estuvimos hablando sobre la visita de mi hermano, el menú que iba a preparar mi madre, las ganas que teníamos de verlo y que nos contara esa noticia que tenía que darnos.

Pablo me recogió en la estación, mi tren llegaba a Valencia prácticamente a la misma hora que él salía de la oficina. Y sí, la noche anterior había quedado con la camarera del restaurante italiano, una estudiante de Historia del Arte que trabajaba para poder pagarse una carrera, ya que sus padres se negaban a ayudarle económicamente porque según ellos era más bien “Historia del hambre”, que triste e injusto me pareció que los padres no apoyen a sus hijos.

Al entrar en el piso, oímos voces que venían del salón, al asomarnos me sorprendí al ver a Alejandro sentado en el sofá hablando con Ana.

—Hola. —Y mi cara debió ser un poema porque Ana y Pablo no dejaban de mirarme.

—Hola Helena, he venido directamente del aeropuerto y había pensado si te apetecería ir a cenar a algún sitio —dijo él, mirándome como si no hubiera nadie más en el salón.

—Vaya... qué sorpresa, podías haberme avisado y habría venido antes.

—No te preocupes, prácticamente acabo de aterrizar.

—Ok, pues me cambio y nos vamos.

—Hola, no soy un cojín, estoy aquí sentada —dijo Ana moviendo sus manos.

—Hola Ana, disculpa —dije antes de irme a mi habitación.

—Disculpada quedas, entiendo que algo te ha distraído. —Miró de reojo a Alejandro—. Y no te has percatado de mi presencia. A ti no te disculpo —dijo esto último mirando a Pablo.

—Dios qué cruz. —Empezó a andar dirigiéndose a Ana, tiró de su mano hasta lograr que se levantara del sofá, le plantó un beso en la boca y mirándola directamente a los ojos le dijo: —No sabes Ana como me alegro de volver a verte, espero que hayas tenido un buen día. —Tras su maravillosa escena y despedirse de Alejandro, Pablo se marchó a su habitación.

Ana se quedó blanca y muda, yo no podía ni pestañear, ni cerrar la boca tras presenciar lo ocurrido, y automáticamente me eché a reír y Alejandro me imitó.

—Ay Anita es que a veces hablas demasiado, parece que no lo conozcas, la próxima vez vuelves a decirle algo— dije yo.

—Que hijo de... Es un gilipueñas. —Fueron las primeras y únicas palabras que pronunció Ana al respecto.

—Por cierto, se me olvidaba, ahora te dejo en tu habitación tu regalo de cumpleaños que por fin ha llegado —le comenté a Ana antes de irme a mi habitación a cambiarme de ropa.

Tras haberme puesto una camiseta blanca básica algo holgada, una falda azul marino cortita y unas sandalias, todo de lo más cómodo y veraniego, avisé a Alejandro de que ya nos podíamos marchar. Antes de salir del piso, Ana me abordó por el pasillo dándome un abrazo y besos por toda la cara diciéndome lo mucho que le gustaba su mp3 acuático y lo mucho que lo iba a usar.

—No te aburrirás en casa nunca —me dijo Alejandro nada más entrar en el ascensor.

—No, la verdad es que cuando no es uno es la otra, pero siempre hay algo.

—Estás preciosa. ¿Te ha molestado que viniera sin avisar? Sé que habíamos quedado mañana, pero me apetecía verte hoy.

—Oh no, ni mucho menos. A mí también me apetecía verte.

—Por cierto, lo de cenar en algún sitio tiene una salvedad que no te he dicho.

—A ver, sorpréndeme.

—Sí que vamos a cenar en un sitio, exactamente en mi casa, porque quiero hacer contigo otras cosas que me apetecen aún más que cenar. —Ya empezaba a sentir en ciertas partes muy concretas de mi cuerpo el efecto de sus palabras.

—Cosas... ¿cómo cuáles? —Y yo avivando el fuego, no tenía ni dos dedos de frente cuando lo tenía tan cerca.

—Como lamer cada rincón de tu cuerpo, volver a follar en el sofá, y muy posiblemente, en otros lugares de mi casa —tragué saliva porque me había dejado la boca seca solo de escuchar sus palabras a menos de un centímetro de mi oído —¿Entonces te parece bien ir a mi casa, o prefieres cenar en un restaurante?

—La primera opción me parece perfecta —respondí con un hilo de voz mientras intentaba tragar.

Fuimos en su coche hasta llegar a su casa donde abrió una botella de vino, el cual agradecí que estuviera frío, ya que entre el calor propio del verano, su presencia y lo que inevitablemente sabía que iba a pasar en breve, creía que empezaba a tener hasta fiebre.

—Voy a dejar la maleta en el dormitorio y darme una ducha rápida. Ponte cómoda —dijo antes de desaparecer y dejarme sola en el salón.

Esta vez sí pude ver bien el piso, el sofá de piel negra en un extremo de la estancia, el cual ya conocía perfectamente de la anterior visita, casi en el centro una mesa de comedor con dos sillas, una alfombra frente al sofá y a uno de los lados una estantería hecha de cajones de madera que suelen utilizar para recoger fruta en el campo. Me acerqué a ella, estaba llena de libros, sobre todo guías de viaje Lonely Planet, de Islandia, Austria, Turquía, Portugal, Marruecos, California, Europa de Este, Sudamérica, Centroamérica, la lista era interminable. Entre las guías se intercalaban algunos libros de fotografía y alguna novela. La parte de abajo del mueble estaba lleno de botellas de vino. Y tal y como me comentó el día que nos fuimos de excursión, no había indicios de que hubiera una televisión por ningún lado.

En el techo había vigas antiguas de madera oscura que contrastaban con el color de suelo que era de madera clara, todo el conjunto conseguía hacer del pequeño salón un lugar muy acogedor.

Me acerqué al gran ventanal que iba desde el techo hasta el suelo situado

junto al sofá. Era uno de esos balcones acristalados cerrados típicos de las fincas antiguas, desde allí se veía una pequeña plaza, había bastante trasiego de gente que paseaba y también se veía parte de una terraza de un restaurante, se notaba que era una zona con mucha vida diurna y nocturna.

Estaba observando el ambiente del exterior con la copa de vino que me había servido Alejandro ya casi vacía, cuando oí sus pasos aproximándose a mí. No me dio tiempo a darme la vuelta, cuando de repente sentí como rozaba su nariz en mi cabeza y su respiración tranquila junto a mi cuello.

—Simplemente con olerte ya se me pone dura —dijo casi susurrando a la altura de mi oreja y aprovechó para pegarme un suave mordisco en el lóbulo.

Apoyó las palmas de sus manos en el cristal del ventanal, sus brazos quedaban uno a cada lado de mi cuerpo, mientras su nariz rozaba ahora mi nuca. Cerré los ojos y eché para atrás la cabeza y la apoyé en uno de sus hombros para que tuviera mejor acceso a mi cuello. Su cuerpo estaba totalmente pegado al mío, no cabía ni el aire entre nosotros, notaba perfectamente su erección, bajó un brazo y empezó a acariciarme el muslo, subiendo mi falda hasta llegar a la cintura, repitió este movimiento varias veces más consiguiendo que estuviera cada vez más húmeda y más necesitada de su tacto. Volvió a colocar el brazo en el cristal de la ventana y me presionó más fuerte para hacerme sentir su erección, como si no la hubiera sentido antes, imposible no haberlo hecho. Empezó a moverse, al principio suave y luego más fuerte, me subió la falda del todo y colocó una mano en mi sexo rozándome sobre la tela de las diminutas braguitas que me había puesto a conciencia para la ocasión, siguió realizando movimientos que simulaban que me penetraba, podría haber llegado al orgasmo en aquel momento, sin ni siquiera habernos quitado ni una sola prenda de ropa, con él no necesitaba mucho más para estar tan excitada que parecía que podría explotar en miles de pedacitos.

Entonces me di cuenta de la situación, intenté deshacerme de su cuerpo, ya que al abrir los ojos fui consciente de que estaba literalmente pegada al cristal del ventanal, y vale que lo que me hacía sentir era sublime, pero no quería que me viese todo el mundo que pasara por la calle y vieran como me empotraban contra una ventana. Se dió cuenta de mi reacción pero no dejó que cambiáramos de posición. Aunque si lo pensaba bien, este hombre me volvía tan loca que en ese momento ni siquiera me hubiera importado que

desconocidos hubieran visto como Alejandro me tocaba, y me follaba, cualquiera hubiera matado por ponerse en mi lugar.

—Tranquila no nos pueden ver, este cristal deja que tú puedas ver a la gente, pero ellos no te ven a ti. —No sé porque pero no dudé que lo que me decía era verdad y me volví a relajar—. ¿Ves aquella pareja del restaurante que tienen copas de vino en sus manos? Están brindando por nosotros, por lo que te voy hacer esta noche.

Aquel era sin duda el momento más sexual que había vivido en mi vida, tener la impresión que la gente nos observaba, sus palabras y su respiración en mi oído, tener nuestros cuerpo pegados, y sus manos sin poder parar de tocarme.

Volvió a centrarse en mi cuello, besándolo y lamiéndolo, me fue girando la cara para poder alcanzar mi boca y besarme, me moría de ganas de volver a sentir sus labios. Mientras nuestra lenguas no paraban de entrelazarse, me fue arrastrando por el salón, iba andando de espaldas cuando noté que tropezaba con el sofá y me dejé caer lentamente. Él se colocó sobre mí, no habíamos parado de besarnos y tocarnos ni un segundo, nos quitamos la camiseta con premura, uno al otro, me incorporé e hice que se quedara sentado en uno de los extremos del sofá.

Seguí besándole, nunca tendría suficiente de él, imposible cansarme de tocarle. Empecé a bajar por su cuello, besando su pecho, su vientre plano, me iba deslizando por su cuerpo hasta quedar entre sus piernas y mis rodillas apoyadas en el suelo. No podía evitar besar cada trozo de piel que iba encontrando por el camino hasta desabrochar cada uno de los botones de la bragueta del pantalón vaquero que se había puesto tras la ducha, lo hice lentamente y sin dejar de mirarle a los ojos, todo ello con la única intención de martirizarle y crearle más ganas de que le tocara. Metí la mano en su bóxer y saqué su pesada erección, levanté la vista de nuevo para ver su reacción, tenía los ojos fijos en mí, con la boca levemente entreabierta, estaba expectante y excitado. Me encantaba el tacto suave que tenía y estaba deseando metérmela en la boca para sentir su sabor dulzón de nuevo. Mi lengua empezó a rozar la punta, y muy lentamente me la fui metiendo en la boca todo lo que pude, él echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados mientras gemía levemente. Era una gozada verle tan excitado y que yo fuera la única culpable de ello. Seguí metiéndola y sacándola de mi boca,

presionaba con mis labios e incluso a veces le rozaba levemente con los dientes, recorría su longitud con la punta de la lengua. La agarré con una de mis manos y acompañé con ella el movimiento de mi boca, con la mano que tenía libre seguí acariciándole y arañándole suavemente el abdomen y el pecho. Sentí como colocaba una mano sobre mi cabeza para guiar mis movimientos, necesitaba recuperar algo el control de la situación, entremezcló sus dedos en mi pelo, y cerró el puño, y empezó a guiar el movimiento de mi cabeza, pero no fue para nada brusco.

—Mírame Helena, no dejes de mirarme. Me vuelves loco, joder. No pares, por favor.

Seguí succionando intensamente, lamiendo, sintiendo su glande en la campanilla, quería hacerle la mejor mamada que le hubieran hecho en su vida, quería ser lo mejor que le había pasado en la vida.

—Joder, me estas matando. Pero no, para por favor, no quiero correrme así, quiero hacerlo dentro de ti.

Con un esfuerzo se fue apartando de mi boca, se levantó y se bajó del todo los pantalones y el bóxer, con el fin de deshacerse de ellos.

—Ahora vengo. —Pero rápidamente le cogí del brazo para detenerle.

—Tomo la píldora, si está todo bien, ya sabes a lo que me refiero. —Me refería claramente a enfermedades de transmisión sexual.

—Estoy bien, yo siempre follo con condón, pero contigo quiero más y me muero por sentirte.

Sin darme tiempo a reaccionar me tumbó en la alfombra, mi falda seguía enrollada en la cintura, y aún llevaba la camiseta puesta, me bajó las braguitas, que yo terminé de quitarme moviendo los pies. Hundió su boca entre mis piernas, y empezó a lamerme, succionaba, abriéndose paso entre los labios, me follaba con su lengua de tal manera que no pude retener un orgasmo que me sorprendió y que me sacudió desde el inicio de la columna vertebral hasta los dedos de los pies.

—Dios, te has corrido enseguida —dijo él aun con la cabeza entre mis piernas.

Me besó en la boca dejando en mis labios una mezcla perfecta de sabores, mi placer, mi saliva y su saliva. Me ayudó a incorporarme un poco sobre la

alfombra y me quitó la camiseta, el sujetador y la falda, ya completamente desnuda, me volvió a colocar en la misma posición y me penetró de una sola embestida. La sensación de sentirlo sin nada que nos separara era sublime, ambos desnudos, su cuerpo sobre el mío encajaba a la perfección, uno dentro del otro, en aquel momento pensé que habíamos nacido solo para poder follar juntos, para darnos todo el placer que puede existir.

—Te siento demasiado, noto lo caliente que estás y lo estrecha, no sé cuanto aguantaré. Joder, me faltan manos para tocarte. —No paraba de recorrerme con sus manos, tocando cada rincón de mi cuerpo que estaba a su alcance, intercalando besos y gruñidos de placer.

Mordí su hombro para no gritar, notaba que se tensaba dentro de mí, y yo le respondía apretándole por dentro, pero no quería que se corriera tan pronto, quería alargar todo lo que pudiera este placer. Le empujé como pude para separarle de mí y conseguí colocarme sobre él a horcajadas, y empecé a moverme al ritmo que yo necesitaba, lento y profundo, porque esto era solo para mí, lo apretaba con mis piernas, lo apretaba con cada músculo de mi cuerpo que estaba en contacto con el suyo, lo quería retener junto a mí, para siempre.

Una de mis manos permanecía apoyada en su pecho mientras la otra la fui bajando para poder acariciarme con los dedos y poder llegar de nuevo al clímax. Él abrió los ojos y se percató de lo que estaba haciendo, me apartó la mano y colocó en su lugar la suya. Imitó el mismo movimiento que yo estaba haciendo, eché la cabeza hacia atrás y me dejé llevar de nuevo, volvió a recorrerme otro orgasmo, esta vez lo sentí en cada poro de mi piel.

—Me encanta como se mueven tus tetas, son unas vistas inmejorables, me voy a correr ya.

Tras el intenso orgasmo, dejé caer mi cuerpo desmadejado, sin fuerzas y mi pecho descansó sobre el suyo. En esta posición él tenía el control del ritmo de las penetraciones, colocó sus manos a ambos lados de mi cadera, hundió sus dedos en mi piel, alzó su cadera y empezó a embestirme fuerte y rápido, se dejó ir y llegué a sentir incluso como se corrió dentro de mí.

Nos quedamos unos minutos en silencio, en la misma posición, yo sobre él con nuestros cuerpos mojados de sudor y exhaustos.

—Quédate a dormir esta noche conmigo —me dijo.

Y por si había dudas, aunque no creo, me quedé a dormir aquella noche, y follamos dos veces más, una como postre tras una cena que preparó él mismo, y la otra, por primera vez en su cama al acostarnos supuestamente para dormir.

11. PRIMEROS RAYOS DE SOL... Y PRIMERAS

NUBES

Al día siguiente por la ventana de su dormitorio entraban los primeros rayos de sol, él prefería dormir siempre con la persiana subida y despertarse cuando prácticamente estaba amaneciendo, yo soy de las que tapiaban la ventana antes de acostarse para dormir en la oscuridad más absoluta y despertarme la tercera vez que sonaba mi despertador. Esa luz cegadora tenía el mismo efecto en mí que tenía en los vampiros, pero no uno como los de Crepúsculo que brillan como si hubieran metido la cabeza en un cubo de purpurina, más bien como esos que se convierten en un montoncito de cenizas.

Para mí era imposible volver a conciliar el sueño con la claridad que entraba por la ventana, en cambio, él dormía de lo más tranquilo, boca arriba con un brazo sobre la cabeza, y la sábana que le tapaba justo para que no viera su completa desnudez. Le acaricié con el dedo el tatuaje que quedaba al descubierto por la posición del brazo, me encantaba esa frase: “L’essentiel est invisible pour les yeux” (Lo esencial es invisible a los ojos).

Mi camisón nuevo se había quedado en mi piso, así que había tenido que dormir desnuda, aunque sinceramente anoche no estábamos precisamente pensando en pijamas. Mirarle mientras dormía era un auténtico espectáculo, era guapo con ganas, sus facciones masculinas, sus labios, sus ojos, hasta me gustaban sus pestañas, joder. Debió notar que mis ojos estaban paseándose impunemente sobre su rostro, como quien analiza una obra de arte en un museo. Respiró hondo y abrió los ojos lentamente acostumbrándose a la luz de la mañana.

—Buenos días, ¿te gusta lo que ves Helena?

—Mmm... sí, bastante. —Se giró hacia mi dirección apoyando un codo sobre su almohada y me destapó lo suficiente para poder verme desnuda de cintura para arriba.

—Yo también tengo ahora unas vistas espectaculares. —Me fijé que bajo la sábana había una erección matutina que me daba los buenos días.

—Veo que te alegras de verme —dije mirando a su entrepierna.

—No lo sabes tú bien —respondió con actitud juguetona.

Tiró de mí para que me pudiera colocar a horcajadas sobre él, la sujeté por la base y me introduje su erección, fue relativamente fácil, ya que estaba bastante húmeda simplemente por el momento de *voyeur* que había tenido mientras él dormía. Me sentía un poco dolorida por la sesión de sexo del día anterior, aún me estaba acostumbrando a estas sesiones sexuales que me habían pillado un tanto oxidada. Pero sentirle dentro me proporcionaba tanto placer que conseguía que se me olvidara el dolor y escozor, que en cuestión de segundos ya empezaba a sentir de un modo muy leve y lejano.

No cambiamos de postura, levanté mis caderas todo lo que podía sin que su miembro saliera de mí y bajaba de golpe para sentirle lo más profundo posible. Repetí ese movimiento varias veces, y conseguí que se corriera con un gruñido, mientras sus manos me apretaban fuerte la cintura. Me tumbé a su lado y él empezó a tocarme y a acariciarme hasta que yo también empezara el día con un orgasmo. Aquel fue un polvo soñoliento sin mucha parafernalia pero que consiguió que un jueves que parecía normal empezara como si fuera fiesta nacional.

Nos quedamos acariciándonos y diciendo tonterías, era temprano y aún no teníamos ni ganas de desayunar.

—Creo que te voy a secuestrar hasta el domingo, aunque tenías vacaciones hasta septiembre, ¿no? —me dijo.

—Tengo comida familiar el veintiuno, me tendrías que liberar solo para ese día, es la única petición que tengo. Y si el secuestro incluye que vas a cocinar para mí y vas a cubrir mis necesidades sexuales, me presento hasta voluntaria. —Estoy segura que si Alejandro me secuestrara sería el más claro ejemplo de víctima con un Síndrome de Estocolmo de magnitudes descomunales.

El sábado por la noche salimos de su piso para que nos diera el aire, habíamos pasado el jueves y el viernes prácticamente sin salir de su casa comportándonos como animales en celo, solo salimos para hacer una visita rápida a mi piso, dar señales de vida, y poder coger una pequeña maleta, con ropa y cosas de aseo.

Tras cenar en un restaurante hindú a solo tres calles de su casa, volvimos paseando comiéndonos un helado mientras nos aguantábamos las ganas de

meternos mano hasta que llegáramos a casa y aliviar las ganas que nos teníamos. Por esa época el centro de la ciudad estaba lleno de turistas, gente cenando en las terrazas, paseando, había muchísimo ambiente, Alejandro tenía razón cuando decía que vivía en el corazón de la ciudad, donde todo ocurre, hasta lo que no quisiéramos que sucediera.

Estábamos pasando junto a las mesas del restaurante que estaba en la plaza donde estaba su casa, cuando una chica bastante guapa, con el pelo largo castaño y unos grandes ojos azules se levantó de una mesa en la que había un grupo de chicos y chicas cenando, y se dirigió directamente hacia nosotros, bueno, más bien hacia Alejandro.

—¿Alex? —Se colocó delante de nosotros cortándonos el paso para cerciorarse que era él—. ¡Ostras eres tú!, ¡cuánto tiempo! ¿Cuándo has vuelto? —Le dio dos besos y un abrazo que duró más de lo necesario, y además bastante efusivo para mi gusto.

—¡Ey hola!, ¿Cómo estás? Volví hace algún tiempo —respondió él.

—Qué alegría volver verte. Te he llamado un par de veces pero creo que cambiaste de número porque me daba error en la llamada.

—Sí, cambié de móvil al volver y perdí todos los contactos. ¿Qué tal todo?

—Muy bien, oye a ver si quedamos, nos ponemos al día que hace mucho tiempo que no nos vemos y así retomamos el contacto, me he acordado mucho de ti todo este tiempo —dijo la zorrupia de ojos azules.

¿Qué coño había sido eso?, había dicho que se había acordado mucho de él ronroneando como una gata en celo, mientras colocaba su mano en el brazo de él. En serio, que mierda de problema tenía yo con el resto de mujeres de la ciudad que no me veían.

—Sí claro, apúntame tu número en el móvil y te llamo un día —le dijo él mientras le daba su teléfono. ¡¡Hola soy Helena, estoy aquí! ¡Eh!, ¡¡Holaaa!!, ¡¿Alguien puede verme?!

Estaba que echaba fuego por la boca, y no, no podía enfadarme por la situación, era consciente de ello. Él no era nada mío, pero aunque no tuviera derecho a sentirme así, estaba muy molesta por la escenita del reencuentro. Me había sentido ninguneada, como si de repente hubiera desaparecido de su lado como por arte de magia, y estuvieran los dos solos. No me gustó su

comportamiento cuando vio aquella chica, que no hace falta que mencione que tenía todas las papeletas para que hubieran tenido algo en el pasado. Disimulo fatal, tanto si estoy contenta, triste o cabreada como una mona, como me sucedía en aquel momento, se me veía en la cara, en la manera de caminar e incluso en mi forma de respirar. Además, tampoco quería disimular, creía que me merecía un mínimo de respeto, aunque fuera simplemente porque llevábamos una semana follando y eso, queramos o no, algo de intimidad es.

—¿Te pasa algo Helena? —me preguntó nada más entrar en su casa.

No estaba dispuesta a callarme lo que sentía, lo que me hervía por dentro, estaba celosa, y eso no tiene nada que ver con tener derecho a estarlo o no, una siente lo que siente y a veces no se puede controlar. Con Samuel me había callado muchas, y ya no es por como terminamos, sino como me sentía yo cuando me tragaba lo que pensaba de algo, disimulando lo mejor que podía que no me ocurría nada. Me negaba a dejarme dentro, de nuevo, lo que sentía o pensaba que era lo que se esperaba de mí. Cuando Samuel se fue me prometí que no volvería a guardarme nada que me hiciera sentir mal. Y aunque estaba loca por Alejandro, me negaba a fallarme a mí misma de nuevo, porque él se iría tarde o temprano, y no era justo volver a perderme.

—Bueno, no te voy a mentir, uno, porque no se me da bien y dos, porque no me da la gana hacerlo. Sinceramente no me ha gustado como me he sentido cuando has hablado con la chica que nos hemos encontrado. —Abrió la boca para decir algo pero no le dejé hablar—. Me adelanto a lo que me puedas decir, y te aseguro que soy muy consciente de que no somos nada, ni tengo derecho a enfadarme ni a sentirme dolida porque pienses en quedar con ella. Pero te mentiría si te dijese que me parece bien, y ya te he avisado que no lo iba hacer. Además supongo, y puede que me equivoque aunque no lo creo, que te has acostado con ella en algún momento.

—Supones bien. ¿Quieres quedarte esta noche o prefieres que te lleve a casa? —Esa fue su gran respuesta.

—¿En serio?... ¿Eso es lo único que me vas a decir?

—¿Qué quieres que te diga Helena? Que lo siento, pues no, porque no es cierto. A ver, voy a ser claro, me gusta estar contigo, tanto follando como solo hablando sentados en el sofá. Pero no quiero movidas de este tipo, no me

van estas escenas, no soy así. Si estoy contigo es porque quiero, y si me apetece quedar con alguien lo haré, y no para acostarme con ella, si es eso lo que más te preocupa.

—No me preocupa eso, bueno no solo eso. La cuestión es cómo me has hecho sentir cuando hablabas con ella, como si yo no existiera, me ha parecido una falta de respeto por tu parte. Y claro que no quiero que te acuestes con ella, ni con nadie. Me gustas. —No iba decirle ni de coña que ya estaba enamorada de él, loca y lamentablemente enamorada—, por eso creo que es normal que haya sentido algo de celos.

—Pues no tienes porque sentirte así. Conmigo las cosas son muy fáciles, sin dobleces porque yo soy muy transparente con estas cosas, si follo contigo, no follo con otras, así de simple. Si dejara de apetecerme quedar contigo y quisiera acostarme con otra, ten por seguro que te lo diría, no soy esa clase de tíos que creo que piensas que soy. Así que, preferiría que nos ahorrásemos este tipo de escenitas que no van nada conmigo.

En solo un minuto había conseguido que me sintiera ridícula. ¿Quizás las cosas eran mucho más sencillas de lo que yo me empeñaba en pensar?

—Tienes razón y te pido disculpas por la “escenita”. Quizás te haya prejuzgado un poco. Pero eso no quita que me haya sentido un poco ninguneada cuando ha aparecido esa chica —dije.

—Ok, puedo entender esa parte.

—Gracias y ahora creo que lo mejor es que me vaya a casa, y así podemos descansar los dos. Pero no te preocupes cojo un taxi, ya es tarde.

—No, prefiero llevarte yo, no tardo nada en sacar el coche del garaje, que sepas que me gustaría que te quedarás.

—Gracias, de verdad, pero me apetece estar sola, mejor llamo a un taxi.

—Ok, no te insisto más. —Y se marchó al dormitorio con gesto serio.

Metí las cuatro cosas en mi bolsa de fin de semana que había traído y me marché. Él estaba en la ducha cuando salí del piso, se respiraba un ambiente tenso desde la conversación y no me apetecía mucho entrar a avisarle de que el taxi ya había llegado, además de que la sola imagen de Alejandro desnudo en la ducha, no me ayudaría mucho con la decisión que había tomado de no pasar esa noche con él. Pero tampoco me parecía correcto irme sin decir

nada, así que opté por dejarle una nota sobre la mesa del salón.

No quería molestarte cuando ha llegado el taxi. Gracias por estos días. Nos llamamos. Buenas noches, un beso.

12. LEYENDO A LOS CLÁSICOS

Creo que la había cagado pero bien con Alejandro, ya en frío, tumbada en mi cama, pensé que quizás mi reacción fue algo desmedida. Hacía una semana que lo había conocido, a pesar del grado de intimidad que habíamos conseguido en escasos días, eso no significaba que tuviera derecho a decirle las cosas que le dije, y aunque su respuesta fue como un puñetazo en el estómago, creo que él tenía bastante razón.

¿Qué me estaba pasando? La Helena que creía que había dejado de ser tan emocional había vuelto y no conocía esta nueva faceta de celosa. Samuel nunca me había hecho sentir tan territorial, nunca tuve celos con él, incluso cuando me enteré de su infidelidad no sentí celos, sino mas bien, vergüenza y decepción. Vergüenza por ser tan tonta de no haberlo visto antes, y no ser yo quien rompiera la relación y decepción porque me había fallado alguien que yo creía que era indispensable en mi vida.

Pero de algo estaba segura en aquel momento, que no me arrepentía de haberle dicho a Alejandro lo que pensaba y como me sentía. Quizás tendría que haber sido más comedida en mis palabras, pero eso no cambiaria el hecho de que sentí celos, él me gustaba mucho, estaba enamorándome de la forma que me hacía sentir, me gustaba lo que despertaba en mí, me había devuelto cosas que creía que no volvería a sentir en mucho tiempo, y pensar que se me podría escapar todo eso de las manos es lo que produjo en mí ese ataque de celos y rabia.

Y ahí estaba yo, sola en el piso un domingo por la mañana cuando podría estar en su cama, envuelta entre sus sábanas que olían a él, sintiendo el calor de su cuerpo junto a mí, repasando cada trazo de su tatuaje con la punta de mis dedos, mirándole como dormía tranquilo con los primeros rayos de sol iluminando su rostro. Y la realidad era, que estaba en mi oscura habitación, con la persiana bajada del todo y seguramente con una cara más digna de un lunes laboral por la mañana que de un domingo de agosto.

Me moría de ganas de llamarlo, pero me costaba tanto ser yo quien diera el paso de volver a hablar. Si hasta me había pedido que me quedara, ¿por qué me empeñaba en complicarlo todo cuando él lo hacía todo tan sencillo?

Dejé que pasara el día con más pena que gloria sin salir prácticamente de la

habitación. Ana estaba pasando el fin de semana en casa de sus padres y Pablo a saber en dónde estaría, no era de extrañar que no viniera a dormir, o que no apareciera en todo un fin de semana, resultado: preocupación cero por él.

El lunes amanecí con la misma sensación que el día anterior, ¿qué cojones hacía allí sola en casa si podría estar con él? Así que eché de una patada mi maldito orgullo de mierda que no me iba a servir para nada y además ya había reconocido y aceptado que no tenía tanta razón como yo pensaba. Aunque sintiera esa punzada de celos, no tenía porque sacar las cosas de su lugar. Me armé de valor y le envié un mensaje diciéndole que si le apetecía tomar algo esa tarde, no tenía muchas esperanzas de que aceptara, pero crucé hasta los dedos de los pies para recibir una respuesta al menos, fuera la que fuera, y antes de que pudiera llegar al baño en mi móvil sonó el aviso de un mensaje.

¿A las 18:30h en el Chico Ostra?

Contesté inmediatamente con un escueto Ok. Alejandro tenía la habilidad de conseguir que las cosas fueran sencillas, sin dramas, no estaba acostumbrada a eso. Con Samuel era todo más complicado, él tenía un carácter muy definido, era de esas personas que se alegran de haberse conocido y te hacen creer que debes estar agradecido de que te permitan estar a su lado. También recuerdo el trabajo mental que tenía que hacer para escoger cada palabra, medir cada cosa que le decía, para que no le sentara mal, no se enfadara o no pensara que era tonta, un ejercicio diario que llegaba a ser realmente muy cansado.

Con Alejandro era todo lo contrario, era simple, pero no en el sentido negativo de la palabra, con él todo surgía natural, no había que medir palabras, no me hacía sentir tonta porque no supiera quién era algún personaje o algún dato que desconocía, no me hacía sentir fuera de lugar, creo que él conseguía sacar una versión de Helena que yo necesitaba en ese momento, y me gustaba mucho tanto él, como yo.

A las seis y media horas clavadas cruzaba la puerta de la cafetería, me estaba volviendo puntual, Pablo y Ana estarían orgullosos de mí, pero sabía que aunque les contara que había llegado a la hora a una cita no me creerían. Alejandro ya estaba sentado en la misma mesa donde estuvimos la primera

vez, tenía en sus manos “La Ilíada” de Homero. Estaba tan atractivo como siempre, con una camisa de cuadros arremangada hasta el antebrazo y unos vaqueros azules oscuros que le quedaban como un guante. Y bueno, su pelo revuelto, su espalda, sus manos, solo podía pensar en volver a notar el calor de ellas sobre mi piel. Respiré hondo, presioné los muslos para que mis bragas no salieran corriendo para hacerle la ola, y me acerqué a él.

—Hola, ¿leyendo a los clásicos? —le dije al llegar a la altura de la mesa en la que estaba sentado.

—¡Eh! Hola. Conociendo un poco más la historia de tu tocaya. ¿Una cerveza? —Asentí, miró a la camarera, levantó la mano y pidió dos cervezas, yo aproveché para sentarme en la silla ubicada frente a él—. Lo he visto en aquella estantería y no he podido evitar acordarme de ti. —Abrió el libro, pasó un par de páginas y leyó un fragmento en voz alta:— . *“No es reprehensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos males por una mujer como ésta, cuyo rostro tanto se parece al de las Diosas inmortales.”*

—Sí, mi padre nos solía leer la Ilíada como cuento cuando mi hermano y yo nos íbamos a la cama, no hay ni que decir que conseguía que inmediatamente nos quedáramos dormidos. —Sonreímos los dos.

—Bueno, chica con nombre de mujer y cito textualmente “cuyo rostro tanto se parece al de las Diosas inmortales”, me alegro mucho de que me enviaras un mensaje esta mañana.

—Y yo me alegro de haberlo hecho. Siento lo del sábado, de verdad —me disculpé.

—No sientas nada, no quiero que le demos más vuelta a algo que no tiene sentido. ¿Retomamos las fotografías?, aún nos quedaban cuatro, si no me equivoco.

Y así hizo desaparecer en segundos la importancia relativa de un tema al que yo le había estado dando vueltas durante más de veinticuatro horas.

—Claro, cuéntame.

—Hay una condición, que pases la noche conmigo. Ayer me quedé con ganas de ti.

—Acepto. —Sin duda alguna.

—Perfecto. A ver... ¿Por dónde nos quedamos? —dijo mirando las fotografías.

—Toca la tercera empezando por la derecha, la de la selva. —Señalé la fotografía con el dedo índice.

—Guatemala, un país maravilloso. La gente es extremadamente amable, sientes en cada momento que para ellos es fundamental que te sientas a gusto y que todo sea lo más agradable posible. Si te fijas entre la vegetación hay unas ruinas que sobresalen. Son las ruinas mayas de Tikal, las más grandes del mundo en su género, y unas de las más espectaculares, sin duda alguna. Cuando estás subido en el más alto de los templos, puedes comprobar cómo todavía quedan lugares en el mundo en los que no hay rastro de civilización moderna. El espectáculo de nubes que parecen cascadas sobre la espesidad verde de la jungla, levantándose con el comienzo del día. Valió la pena el madrugón de aquel día y dormir aquella noche en una hamaca.

No me cansaría nunca de oírle hablar de sus viajes, me preguntaba todo lo que habrían visto sus ojos, todos los olores, sensaciones que habría sentido en cada uno de los países que había visitado. Deseaba meterme en su cabeza y poder ver todo lo que guardaba en su memoria y descubrir todo lo que no contaba.

Ensimismada mirando las fotos, le pedí que continuara. En la siguiente fotografía se veía una explanada enorme donde predominaba el color amarillo, y un muro a uno de los lados con dibujos geométricos hechos en la roca.

—Perú, son las ruinas de Chan Chan, que significa sol, están cerca de la ciudad de Trujillo. Es un complejo arqueológico de la cultura Chimú. Toda la ciudadela es de adobe, se considera la ciudad precolombina de barro más grande del mundo, es espectacular. El muro que ves en la imagen alcanza perfectamente los cincuenta metros, te sientes diminuto cuando paseas por ahí. La decoración es maravillosa, motivos geométricos, representaciones de animales, etc. Es una obra de arte al aire libre, un lugar que no te puedes perder si viajas a Perú. Y fin, ya he cumplido con mi parte del trato.

—Como siempre, con todo lo que haces, me quedo con ganas de más. —Y remarqué la frase “todo lo que haces”.

—¿Con todo... todo? —preguntó clavando sus ojos en los míos.

—Absolutamente todo. —No tenía más que añadir.

Dando un paseo llegamos a mi piso, extrañamente seguía sin haber nadie aún siendo lunes, ni rastro de los perdidos de mis compañeros de piso, nunca me había alegrado tanto de no encontrarlos. Decidimos pasar la noche allí, en mi cama, ni siquiera hizo falta cenar, teníamos más hambre de nosotros que de cualquier otra cosa.

13. ¿NOS VAMOS?

Martes, los primeros rayos de luz de la mañana entraban por la ventana, aquello solo podía significar que Alejandro y yo habíamos dormido juntos porque no me permitió bajar la persiana ni un poquito. Así que no pude evitar desvelarme sobre las ocho de la mañana cuando la habitación ya parecía el reino del sol naciente. Aproveché que él seguía durmiendo, y en serio, lo repetiré hasta la saciedad, no me explicaba cómo no se despertaba con tanta luz, entonces pensé que a saber en qué lugares y condiciones habría dormido él durante sus viajes. Me levanté intentando hacer los mínimos movimientos y ruidos posibles para que no se despertara, me puse mi camisón, que por fin estrenaba, y fui a la cocina para preparar un desayuno digno del Hotel Ritz, con fruta, tostadas, fiambre, zumo y café.

Cuando iba a abrir la nevera para empezar a sacar las cosas que me hacían falta para el súper-desayuno, vi una nota firmada por Ana pegada en la nevera, en ella declaraba la vergüenza ajena que había sufrido cuando llegó a casa y nos oyó, y cito textualmente, “como fornicábamos como dos monetes en celo”, también me daba la enhorabuena por ello, y por último, preguntó por el estado en que había quedado la estructura de la cama. Al final de la nota, Pablo aprovechó el hueco en blanco que había dejado Ana, y tan sutil como siempre, me preguntó que qué tal andaba después de que “me hubieran dado lo mío y lo de mi prima”. Por si tenía alguna duda de si habían vuelto a dormir a casa, ya me había quedado “claro clarinete” que sí y además habían sido testigos de excepción de los menesteres a los que nos habíamos dedicado Alejandro y yo el lunes por la noche. Gracias a Dios que cuando me levanté ya se habían ido a trabajar, y me ahorré tener que hacer el paseo de la vergüenza y aguantar sobre todo los comentarios de Pablo.

Estaba terminando de colocar todo lo que había preparado sobre una bandeja, cuando vi que desde la puerta de mi habitación se asomaba una cabeza con el pelo revuelto.

—Mmm... huele genial. ¿Me da tiempo a darme una ducha rápida? —dijo Alejandro.

—Por supuesto, te espero en la cama con el desayuno.

—Así da gusto despertarse, aún siendo martes.

Cuando salió de la ducha a los pocos minutos yo ya estaba en la cama leyendo mi correo electrónico con el móvil, y la bandeja del desayuno junto a mí. Recorrí con la mirada su cuerpo de arriba abajo, y no puedo asegurar que únicamente me relamiera y babeara en mi mente. Llevaba tan solo una toalla en la cintura y de su pelo caían algunas gotas de agua sobre sus hombros que iban resbalando sobre su pecho. De repente tuve mucha sed y me imaginé lamiendo cada una de esas gotas y cada trozo de piel que habían recorrido. Su voz me sacó de mi lasciva imaginación.

—Vaya desayuno que has preparado, tiene muy buena pinta. —Me dio un beso en la cabeza y cogió una tostada mientras se sentaba en un lado de la cama—. Deberías dejar de mirarme como si fuera algo comestible. —Sí que disimulaba yo bien...

—Pues cuando te la como no te quejas.

Al nanosegundo de haber abierto la boca ya me había arrepentido de mi contestación, ¿qué me pasaba? ¿se me había olvidado despertar a mi filtro mental esa mañana? Su risa a carcajadas rompió el silencio incomodo que se había creado tras mi gran respuesta de la mañana.

—Ja ja ja, eso no me lo esperaba. Tú ganas, mírame como quieras, no te puedo quitar la razón —contestó él.

Empezamos a desayunar, o más bien a devorar las tostadas, los cruasanes y la fruta que había preparado. Al fin y al cabo la noche anterior no habíamos cenado nada, porque sí, el sexo está genial pero no alimenta. Siendo francos no habíamos parado de gastar calorías hasta altas horas de la madrugada y por desgracia, tenía testigos que lo podían corroborar.

—Oye una cosa. Mientras me duchaba he pensado que ya que estás de vacaciones podríamos hacer alguna escapada, si te apetece —me dijo mientras daba un par de sorbos a su café.

—Me parece muy buena idea —contesté.

Me parecía una idea más que buena, el haber conocido a Alejandro a principios de mes me había trastocado un poco todo lo que tenía en mente hacer durante las vacaciones, y la posibilidad de irme de viaje, y además con él, definitivamente era perfecto.

—¿Te apetece algún lugar en concreto?—me preguntó

—Mmm... no lo sé —respondí.

Me daba igual, un destino con playa me parecía perfecto, la arena, el mar y Alejandro en bañador... ¡Lo compraba! La montaña, bosques, rutas, y Alejandro y yo detrás de un matorral metiéndonos mano... ¡Lo compraba también! Siendo franca me hubiera ido con él hasta a un bunker bajo tierra, incluso el mismísimo infierno me parecería una especie de paraíso calentito si él me acompañaba.

—Me dejo llevar, sorpréndeme. —Entonces reulé rápidamente al darme cuenta de mi error—. Espera, conociendo tus preferencias cuando viajas es una locura lo que he dicho, ¿no? Te pido al menos dormir en una cama, nada de dormir en el suelo en sacos ni hamacas, ¡ah! y nada de bichos, los odio.

—Trato hecho, te aseguro una cama, pero lo de dormir, no tanto. —Y su mano empezó a jugar con el tirante de mi camisón.

Alejandro tenía la gran habilidad de que todos sus gestos y lo que salía por su boca era tremendamente sexual, aunque pensándolo detenidamente, si dijera algo como que tenía que poner la lavadora y planchar la ropa, me sonaría igual de sexual.

—Eres un gran negociador ¿lo sabías? ¿Cuándo nos vamos? —pregunté.

—¿Ahora? —dijo él como si dijera algo sin importancia mientras pegaba un bocado a una tostada.

—¡¿Qué?! —No podía estar hablando en serio.

—Que si quieres nos vamos ahora. ¿Tienes algo que hacer?

—Estás loco y me estas volviendo loca a mí. Si hasta me está pareciendo buena idea. ¡Dios! Esto es una locura, no tenemos reserva de hotel, ni nada mirado, pero ¿dónde vamos a ir en pleno agosto?

—Ay Helena eres más germánica de lo que crees. —Me besó en los labios y cogió la bandeja del desayuno para dejarla en la cocina—. Venga arriba, que nos vamos de vacaciones.

De repente me di cuenta de lo libre que me sentía dejándome llevar por él, por la manera de hacer cosas de una forma tan despreocupada, por primera vez desde hacía años, me sentía realmente feliz, sin ataduras, sin obligaciones, ni preocupaciones.

Antes de marcharnos llamé a mis padres para comentarles que me iba de

viaje unos días y que estaría de vuelta para la comida del día veintiuno de Carlos, a la pregunta de dónde y con quién iba, me limité a decir que iba con un amigo y que no teníamos aún claro el lugar, y antes de que mi madre empezara como una metralleta a soltar preguntas, me adelanté diciéndole que ya le contaría los detalles cuando nos viésemos la semana siguiente. Mi padre tan como yo y que me sabe leer hasta por teléfono, solamente me dijo que me lo pasara bien y que tuviera cuidado. Por otro lado, cómo no iba a poder despedirme tampoco de Ana y Pablo les envié un mensaje al grupo que teníamos en el móvil.

Queridos compañeros de piso, me voy de viaje unos días con Alejandro huyendo de los comentarios que está preparando Pablo referente al espectáculo radiofónico que os di anoche. No tenemos destino, en cuanto llegue al sitio os aviso. Un abrazo. Os quiero!!

Ana contestó al segundo poniendo en duda mi salud mental y preguntándome dónde estaba la Helena que ella conocía, aunque ésta loca le gustaba más. Todo lo que me dijo ella en el mensaje ya me lo había planteado mientras metía en la maleta lo que me imaginaba que podría necesitar para un viaje el cual desconocía el destino. Pablo respondió que ya nos veríamos cuando volviese de Oviedo.

Llegué a la conclusión de que me iba con Alejandro por varias razones, primero porque era lo que más me apetecía del mundo hacer en aquel momento, segundo porque no tenía que dar explicaciones a nadie, tercero me sentía tan bien, tan viva, definitivamente algo que me hacía sentir así era imposible que estuviera mal, y cuarto y último, nunca había hecho una locura así, irme con alguien al que conocía hacía unos días sin planificación alguna, pero supe que si alguna vez valía la pena saltarse las normas auto-impuestas era ese momento, y Alejandro la persona idónea con quién llevar a cabo cualquier locura.

Tras pasar por su casa para coger una mochila, en la que no cabría ni la cuarta parte de lo que yo había metido en mi maleta, cogimos su coche del garaje y nos fuimos hacia la salida norte de la ciudad.

En ningún momento me quiso decir hacia donde nos dirigíamos, y yo me di cuenta, pero no lo reconocería en voz alta ni bajo tortura, que quizás él tenía razón en lo que yo era un poco más alemana de lo que pensaba, y no tener

una planificación previa del viaje me estaba atormentando un poco. La verdad es que no sé en qué momento dejé de ser espontánea, o si alguna vez lo llegué a ser, no sé cuándo empecé a hacer listas para todo, esquemas, y esquemas de los esquemas. Es muy posible que el causante de aquello, fuera una mezcla de la desidia de los últimos meses con Samuel y el ambiente en Westermann Company, al fin y al cabo, éramos pocos españoles en la oficina y pasaba allí más de cuarenta horas a la semana.

Abrí los ojos tras una siesta digna del peor copiloto de la historia de los viajes en carretera. Por el cambio de color del cielo seguramente ya llevábamos varias horas de camino. Mientras intentaba volver a ser persona e intentar tragar con la boca bastante seca, empecé a ver carteles escritos en catalán, estábamos en Cataluña y por lo que pude observar por las indicaciones acabábamos de dejar atrás la ciudad de Barcelona.

—¿Cuánto llevamos de viaje? —pregunté con la boca pastosa y voz de ultratumba.

—Pues consciente has estado unos diez minutos, lo que hemos tardado en salir de la ciudad, e inconsciente llevas unas tres horas.

—¡Ostras! ¿He estado tres horas durmiendo? —respondí casi pegando un salto en el asiento.

—Sí, se ve que alguien no te dejó descansar bien anoche —dijo irónicamente.

—Has dado en el clavo.

—Por cierto, me encantan los ruiditos tan graciosos que haces con la boca cuando duermes y pegabas cabezadas que parecía que ibas a romperte el cuello, incluso creo que has babeado un poco.

Lo dijo riéndose, así que me dejó en duda si lo que decía era cierto o simplemente se burlaba de mí. Aunque me daba la impresión que al menos lo de las cabezadas era cierto porque tenía un ligero dolor en las cervicales, y lo de babear no lo descartaba tampoco, así que lo más probable es que le había dado una imagen realmente lamentable.

—¡No, por favor, qué vergüenza! —me lamenté.

—¿Por qué? Estabas tan tierna... ¿Sabías que pones morritos cuando duermes, como un patito?

—No es cierto.

—Oh, sí que lo es. La próxima vez te haré una foto para tener pruebas.

—¿Nos queda mucho para llegar? —dije cambiando de tema y fingiendo un tono de ofendida.

—Unas dos horas, podemos parar a tomar algo, ¿quieres?

—Me parece bien, necesito estirar las piernas.

Nos detuvimos a comer algo en una parada de servicio, y cómo dijo Alejandro en unas dos horas llegamos al destino misterioso, Cadaqués, en la provincia de Girona. Un pequeño y encantador pueblo pesquero famoso porque fue el hogar de Salvador Dalí. Según mi humilde opinión el mejor pintor de la historia (con permiso de los genios de Velázquez, Goya y Picasso). Nunca había estado allí, aunque recuerdo las innumerables veces que le comenté a Samuel las ganas que tenía de que fuéramos, él me prometió que iríamos el año siguiente. Pero ese verano llegó y él ya no estaba y yo recuerdo que estaba en aquella etapa de mi vida la cual no tenía ninguna intención de sacar la cabeza de debajo de las sábanas y salir al mundo, porque aún me sentía engañada y abandonada por él.

—Si te digo que tenía muchas ganas de venir aquí, no me vas a creer —le dije mientras miraba absorta por la ventanilla del coche.

—Sí que te creo, lo que no tenía claro era si habías estado antes. Cuando me desperté esta mañana en tu habitación, vi colgada una lámina de un cuadro de Dalí en la pared.

—Muchacha en la ventana —respondí alucinada.

—Exacto, pues cuando estaba en la ducha se me ocurrió que podríamos escaparnos a Cadaqués.

—¿Entonces sabías el destino antes de preguntarme?

—Sí, así es.

—Y si te hubiera dicho algún sitio en concreto.

—No te hubiera hecho mucho caso.

—Ah muy bien —dije sonriendo.

—Casualmente un amigo tiene una casa aquí, aunque vive en Figueres, lo llamé mientras preparabas la maleta y me comentó que ellos no pensaban

venir hasta el sábado, así que la casa estaba disponible para nosotros. Ahora solo tenemos que buscar el bar que me ha indicado mi amigo y nos darán las llaves de la casita.

14. EL MAR, EL CIELO ESTRELLADO Y ÉL

Mientras Alejandro entraba al bar para recoger las llaves de la casa que nos había prestado su amigo, aproveché para mandar mensajes informando del destino misterioso, uno al grupo de compañeros de piso y otro a mi padre, éste último me contestó con un escueto Ok, y no era porque no le interesara, era simplemente lo que contestaba siempre porque odiaba enviar mensajes, además no se aclaraba muy bien, sus dedos regordetes solían marcar más de una letra del diminuto teclado del móvil.

Pablo me contestó diciendo que cuidado con follar en la playa porque la arena se metía en todos los agujeros del cuerpo, tan sutil como siempre. Y Ana, como no tenía vacaciones hasta septiembre me dijo que ella me estaría esperando para que le contase con pelos y señales todo lo que ocurriera durante esos días.

La casa no era muy grande pero era muy bonita. Estaba alejada del pueblo, en la montaña. Era de color blanco con la puerta y las ventanas de madera pintadas de color azul, me recordaba mucho a las casitas típicas griegas. Para acceder había que subir unas escaleras y frente a la entrada había una pequeña terraza desde la que se veía el mar frente a nosotros. Detrás de la casa había bastante terreno, con varios olivos y una hamaca. Alrededor no se veía ninguna vivienda más, era un lugar perfecto para aislarse del mundo y relajarse.

Solo había un dormitorio, los muebles de la estancia eran antiguos y restaurados, y al igual que en el resto de la casa predominaban los tonos azules y blancos. La cama tenía un cabecero de espejo, y completaba la habitación dos mesitas, una cómoda, un armario y una ventana desde la que podía ver el mar infinito.

Únicamente había un baño en toda la casa, en el que destacaba una bañera con patas de estilo victoriano. La cocina de concepto abierto y el salón, estaban nada más entrar, había un sofá de tres plazas, una alfombra de esparto, una mesa baja de madera de color blanco, y otra mesa redonda de comedor con cuatro sillas. Una pequeña chimenea integrada en la esquina le daba el punto acogedor al salón y por último una librería antigua preciosa que rebosaba libros, colocados de cualquier forma para que cupiesen todos los

posibles. El techo era bastante alto, de color blanco con vigas de madera oscura, y el suelo era de baldosas de barro.

—Es una casa preciosa —dije cuando tras recorrer la casa miraba al techo observando las vigas.

—Sí, la verdad es que es muy bonita, y como te prometí tiene cama, e incluso una hamaca, por si te vuelves loca del todo y prefieres dormir allí —mientras lo decía se colocó detrás de mí abrazando mi cintura con sus brazos.

—No caerá esa breva. —Ingenua de mí, no sé porque ya supe yo que acabaría algún día durmiendo en la hamaca.

Eran ya casi las seis de la tarde, dejamos mi maleta y su mochila en el dormitorio, nos cambiamos de ropa por una más cómoda y fresca, y nos fuimos al supermercado del pueblo. Me parecía muy curioso hacer con Alejandro cosas cotidianas del día a día como ir hacer la compra, como una pareja normal que lleva mucho tiempo juntos, pero lo cierto era que apenas hacía once días desde que nos habíamos conocido.

Intentamos comprar suficiente comida como para no tener que salir de la casa en toda la semana y un par de botellas de vino que eligió Alejandro, porque al parecer no era ya lo suficientemente perfecto, que además entendía bastante de vinos.

Tras haber colocado toda la compra aprovechamos para dar un paseo y ver la zona antes de que anoheciera. El pueblo era bonito con ganas, sus casitas blancas, las calles empedradas y empinadas, el mar con sus barquitas de pescadores, etc.

En el punto más alto nos encontramos de frente con la iglesia de Santa María, que a conjunto con el resto de construcciones del pueblo era blanca sin ninguna ornamentación pero al entrar te sorprendía encontrar un retablo de estilo barroco enorme de madera dorada, que contrastaba con la sencillez del resto del edificio. Cuando volvíamos a la casita, Alejandro me contó que la primera iglesia que hubo la destruyó el famoso pirata Barbaroja en un asalto al pueblo. La iglesia fue reconstruida gracias al dinero que ganaban los pescadores saliendo al mar los días prohibidos, es decir, los días de fiesta.

—Alucino contigo, ¿cómo sabes esas cosas? —le pregunté anonadada.

—He leído bastante sobre el barroco de la zona. —Mi cara debió ser un

poema porque lo desmintió enseguida—. Es broma, lo ponía en la entrada de la iglesia.

—Que idiota eres —le dije mientras colocaba su brazo sobre mis hombros y me daba un beso en la cabeza.

Nada más volver a casa Alejandro se puso a preparar la cena. Pensé en lo fácil que sería acostumbrarse a esa vida, en la que un tío que está buenísimo cocina para ti, sin camiseta y además atiende y cubre, por encima de las expectativas, tus necesidades sexuales.

Con gran esfuerzo aparté los ojos de su perfecta espalda, y me dediqué a mirar los libros de la estantería del salón, había algunas novelas bastante antiguas y guías de viajes a sitios exóticos bastante manoseadas, parecía ser que compartía con su amigo la afición por viajar. Entre todos aquellos libros colocados sin orden ni concierto, uno llamó la atención de mi calenturienta mente, “El hamacasutra: El arte de amar en equilibrio”. No pude evitar cogerlo y hojear sus páginas, mientras veía los dibujos de parejas teniendo sexo realizando imposibles posturas sobre una hamaca, curiosamente igualita a la que había en el patio trasero. Lo que tenía claro es que yo me rompería la crisma con cualquiera de esas posturas que aparecían en el libro.

—¿Qué estás leyendo tan concentrada? —dijo Alejandro justo detrás de mí, no le había oído acercarse a mí.

—¡Joder! ¡Qué susto! No te he visto venir, eres un puto ninja —le dije cerrando el libro y dejándolo en la estantería.

Alargo el brazo y cogió el libro, que acababa de dejar y estuvo un par de minutos en silencio hojeándolo, e incluso girándolo a izquierda y a derecha para entender algunas posturas.

—Mmm... el Hamacasutra, nunca lo había oído, parece interesante, ¿no crees?

—Lo que creo es que deberían calificarlo como deporte de riesgo —le respondí alzando la cabeza para poder ver la postura que aparecía en la página por la que tenía abierto el libro, y que al parecer había llamado su atención.

Siguió pasando hojas y me enseñó una de las posturas en la que el hombre está sentado en la hamaca con una pierna cayendo a cada lado y la mujer está

sentada sobre él, frente a frente, con la misma postura.

—Esta yo creo que sí, ¿no? —comentó girando un poco el libro para que pudiera ver la postura a la que se refería.

—Mmm, no sé yo, cuando nos empezáramos a mover creo que acabaría en el suelo espatarrada.

Tras reírse de mí, me devolvió el libro y se dirigió de nuevo a la cocina a terminar la cena.

—Hace buena noche, podemos cenar fuera en el patio.

Por suerte no hacía un calor sofocante, disfrutábamos además de una ligera brisa proveniente del mar. Cenamos pescado fresco de la zona a la plancha con verduritas salteadas acompañadas de un vino blanco también de la comarca.

Tras cenar nos tumbamos juntos en la hamaca, en el cielo no había ni una nube y podíamos ver las estrellas más brillantes que había visto en mi vida, o quizás fuera efecto de haberme bebido casi media botella de vino, y él a mi lado que hacía que todo tuviera un brillo especial.

—Alejandro, gracias por este viaje.

—No tienes que darme las gracias, es un placer estar aquí contigo.

Y en ese momento, los dos solos, mirando las estrellas de un cielo negro, le hubiera dicho que no solo me gustaba, sino que estaba enamorada de él, que no quería perderlo ahora que por fin le había encontrado, que él era ese alguien que después de tanto tiempo me había devuelto la felicidad, que cuando lo miraba me sentía completa, tan llena que pensaba que iba a explotar. Y quería darle las gracias por haberme despertado de ese aletargado sueño, por haberme sacado de mi anodina vida en la cual me había acostumbrado a vivir. También le hubiera dicho que no quería que se fuera de mi lado por nada del mundo, pero que si se iba no quería que volviese, porque significaba que un día había preferido irse a quedarse, y eso en el momento que sucediera, creo que no lo podría superar.

Pero no le dije nada, porque no tenía la necesidad de expresarle lo que sentía por él, y tampoco necesitaba que él me dijera lo que sentía por mí, por primera vez no me importaba no tener el control de la situación, me gustaba dejarme llevar por Alejandro, era como si me hubiera quitado una mochila de

piedras de la espalda. Una mochila que me puse el día que Samuel se fue, y que la llené de presiones y normas que yo misma me impuse, para ser más fuerte, para que nadie me hiciera daño de nuevo, para ser menos débil y vulnerable, y no me había dado cuenta que todas esas imposiciones que me había creado yo solita estaban haciendo que cada vez fuera menos yo, y más una Helena llena de miedo de volver a sufrir, de volver a vivir.

Con la cabeza apoyada en su pecho, y su mano acariciándome el brazo, nos pasamos horas en silencio con el único sonido del mar de fondo, nuestra respiración, y los ruidos de una noche de verano en medio del mar y la montaña.

—¿Estás despierta? —me preguntó en voz baja.

—Sí.

—¿Nos vamos a la cama?

—Como quieras, pero no me importaría dormir aquí —lo admití, sabía que le haría feliz haberse salido con la suya.

—Sabía que acabarías cediendo, pero te aviso que mañana tendremos un buen dolor de espalda.

No le contesté, en lugar de ello, me incorporé un poco y con cuidado, para no mover mucho la hamaca y acabar los dos en el suelo. Le empecé a dar besos suaves y tiernos, como de buenas noches antes de levantarnos e irnos a la cama, que no tenían intención de convertirse en algo más, pero con Alejandro ya se sabe, solo el contacto de sus labios sobre cualquier parte de mi cuerpo despertaba en mí el deseo más irracional que había sentido nunca.

—¿Estás segura que no quieres probar ninguna postura del hamacasutra? —me dijo con su media sonrisa característica, que decía incluso más que él.

—Muy segura, no quiero abrirme la cabeza.

—Ok, pues espera que esto lo arreglo yo.

Se bajó de la hamaca con cuidado y me ayudó a bajar, la descolgó de los dos árboles de los cuales estaba atada y la dejó extendida sobre el césped.

—Quiero estar dentro de ti bajo esta maravilla de cielo. Quiero que me sientas como nunca antes.

Se acercó a mí, me quitó el vestido que llevaba sacándolo por la cabeza, no

llevaba sujetador y nada más dejar mis pechos al descubierto empezó a besarlos y lamer los pezones. Deshizo cada uno de los lazos de la parte de abajo de mi bikini, que quedaban a ambos lados de mis caderas, primero el de la derecha y luego el de la izquierda, automáticamente la braguita cayó a mis pies y él resopló ante la sexual escena. Estaba completamente desnuda frente a él, para acompañarme en mi desnudez, solo tuvo que quitarse el pantalón corto que llevaba.

Me tumbó sobre la hamaca y cogió el vestido que había dejado a mis pies, y me lo colocó sobre los ojos.

—No quiero que te muevas ni que te lo quites.

Aunque era de noche, el patio estaba iluminado por pequeñas luces que emergían del suelo, pero ahora yo no veía nada. Tras unos minutos sin sentir la presencia de Alejandro junto a mí, el resto de los sentidos empezaron a agudizarse, el sonido del mar era más profundo y cercano, sentía la brisa en cada poro de mi piel, el sabor a sal en mis labios, y una mezcla de aromas de los olivos y del romero, olores cada vez más intensos.

—¿Alejandro? —Empezaba a inquietarme porque no sentía su presencia.

—Sshh... tranquila estoy aquí. —Pero su voz me sonaba algo lejana.

—Ven aquí conmigo —supliqué.

—Aún no he terminado de mirarte.

Abrí los ojos y a pesar de que tenía el vestido sobre ellos, entre el entramado de la tela pude ver su silueta de pie frente a mí, se estaba tocando, su mano agarraba su erección, se movía arriba y abajo. Me excité inmediatamente hasta un punto que sentía dolor porque no sentía su tacto.

—Por favor ven, no puedo más —susurré.

Entonces sentí su respiración más cerca, estaba frente a mí.

—Helena, dobla las rodillas y abre las piernas. —Sus palabras pronunciadas con un tono dulce, fueron órdenes tajantes para mí y no dudé en obedecerle.

Sus manos bajaron por el interior de mis muslos y sentí su aliento, su barba rozaba la piel sensible interior de mis muslos, preludio de que su lengua comenzara a lamermme muy despacio, justo donde mi cuerpo más lo reclamaba. Me retorció de placer, arqueaba la espalda, agarraba la tela de la hamaca y la apretaba con mis manos con fuerza hasta clavarme las uñas en

las palmas. Sus manos sujetaban fuertemente mi cadera para evitar que me moviera y su lengua presionaba con fuerza cada rincón de mi sexo.

—¡No pares, más rápido! —Logré decir entre jadeos y gemidos.

Metió uno de sus dedos, seguidamente dos, mientras tanto no dejaba de mover su lengua entre los labios y mordía suavemente mi clítoris. Solté la tela de la hamaca y coloqué ambas manos sobre su cabeza, hundiendo mis dedos en su oscuro cabello. Y ya no pude más, empecé a sentir un hormigueo que se convirtió en una explosión, pronuncié su nombre y un orgasmo brutal me dejó exhausta. Él continuó lamiendo, provocando pequeñas y repetidas réplicas de placer.

Me apartó el vestido de los ojos, y su cara estaba a escasos centímetros, posó su boca sobre la mía, no me cansaré nunca de decir, lo mucho que me gustaba que sus labios y su lengua supieran a mí, era como si él fuera más de mi propiedad, más mío.

—Todo el mundo me llama Alex, y tú te empeñas en llamarme Alejandro.

—Me gusta tu nombre —contesté.

—Y yo adoro cuando y como lo pronuncias, nunca dejes de decirlo.

—Alejandro, Alejandro, Alejan...

Me selló los labios con los suyos silenciandome y me penetró fuerte, se quedó quieto, en lo más profundo de mi interior. Se movió unas cuantas veces más, sin dejar ni un segundo de mirarme, sentí como su orgasmo tensaba su cuerpo y tras un gruñido, lo dejaba descansar casi inerte sobre el mío.

Y entonces tuve ganas de llorar, porque volví a ser consciente de que lo que sentía por él me superaba, me sobrepasaba y desbordaba, era más grande que yo, porque lo amaba, y las dos palabras que repetía en mi cabeza, se quedaron en mi garganta formando un nudo, y no las pronuncié porque las había prohibido salir al exterior bajo castigo de pena de muerte.

15. "LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS"

Aquellos días con Alejandro en Cadaqués fue como estar en el paraíso; el sol, el mar y él. Creo que tendría que haber pasado algo apocalíptico para que se me borrara esa sonrisa tonta que se había instalado a vivir en mi cara.

Siempre he pensado que si pudiera elegir tener un súper-poder sería sin duda alguna: parar el tiempo. Como aquella serie de los ochenta en la que el padre de la protagonista era un marciano y ella podía congelar el tiempo uniendo las puntas de los dedos índices de las manos. De pequeña pensaba que si me concentraba mucho y hacía el mismo gesto que la chica de la serie, conseguiría parar el tiempo. Había imaginado miles de situaciones en que podría hacerlo, en mitad de un examen para poder mirar los apuntes, en una tienda para llevarme gratis todo lo que me gustaba, por las mañanas para poder dormir todo lo que quisiera o pegarle una patada en la entrepierna a algún capullo y al volver a poner el tiempo en funcionamiento no entendiera porque de repente sufría un dolor horrible en las pelotas. Sin duda ese sería mi súper-poder, y aquella semana hubiera abusado de él. Habría parado el tiempo para hacer que los días fueran atemporales y las noches eternas. Por supuesto tendría la posibilidad de despertar a quién yo quisiera para poder disfrutar juntos del tiempo congelado.

Recuerdo bien el día que nos fuimos a pasear por la montaña y llegamos a una ermita enclavada en un paraje idílico, la ermita de Sant Baldiri. Un fotógrafo le hacía fotos a una pareja de novios en la puerta del edificio. Nos sentamos en una piedra a descansar y a observarlos.

—¿Te gustaría casarte algún día? —me preguntó mientras yo me fijaba como a la novia se le enganchaba el vestido en un matorral.

—Mmm, me da un poco igual, la verdad. No creo que un papel vaya a cambiar la relación o lo que sienta por mi pareja.

—¿No tienes la típica ilusión que tienen las mujeres por ponerse el vestido de novia y demás? —me preguntó.

—No, y creo que hoy en día muchas mujeres ya no tienen ese sueño de vestirse de princesas. A ti ni te pregunto, ¿no?

—¿Lo de vestirme de princesa? Tampoco me veo.

—Que idiota... —dije riéndome—, pero ya me lo has dicho todo con esa respuesta.

—Venga vámonos, parece que se está nublando —dijo él mirando hacia cielo.

Levanté la mirada y vi como se estaba llenando de nubes negras y empezaban a escucharse truenos cada vez más cercanos, hacía escasos minutos lucía el sol y hacía un calor sofocante, y de pronto parecía que se nos iba a caer el cielo encima. Apretamos el paso pero no avanzamos mucho cuando empezaron a caer gotas y aún nos quedaba un buen tramo hasta llegar a la casa. En cuestión de segundos las gotas dispersas se convirtieron en una tormenta que nos calaba hasta los huesos. Alejandro cogió mi mano y empezamos a correr por el camino, cuando ya estábamos prácticamente junto a la casa, de repente paró en seco y me obligó a imitarle.

—¿Por qué te paras? ¡Está diluviando! —Tuve que gritar, porque el sonido de la lluvia nos ensordecía.

—Espera, qué más da, ya estamos empapados. Mira hacía allí —su dedo índice señaló hacia el horizonte.

Mirando hacia el mar que parecía infinito se veía como las nubes empezaban a desaparecer y se despejaba el cielo. Un leve arcoíris empezaba a aparecer tímidamente, mientras la lluvia seguía cayendo sobre nosotros con fuerza. Alejandro acercó su cuerpo mojado al mío, su ropa y su pelo no dejaba de gotear, al igual que el mío. Me acordé de la escena final de “Desayuno con Diamantes” donde Audrey Hepburn y George Peppard casi no podían ni hablar de la cantidad de agua que caía sobre ellos.

Alejandro cogió mi cara quedando entre sus manos, me miró unos segundos eternos a los ojos y me besó, hubiera dado lo que fuera por saber lo que pasaba por su cabeza. Entonces noté el contacto de sus labios sobre los míos, muy cálido en contraste con la temperatura del agua de la lluvia que seguía cayendo sin descanso sobre nosotros. Su lengua se introdujo en mi boca sin esfuerzo, empecé a sentir que necesitaba su tacto en mi piel como el respirar o el comer. Había convertido el roce de su cuerpo con el mío en una necesidad fisiológica como si fuera lo que permitía que mi corazón siguiera bombeando.

Cuando terminamos de besarnos ya había empezado a despejarse, dejaba de

llover con fuerza, el cielo empezaba a clarear, y el aroma de la tierra mojada que un día leí que se llamaba petricor, inundaba nuestro olfato.

—A veces, vale la pena pararse y contemplar lo que nos rodea, aunque esté diluviando —me lo dijo de una forma que intuí que debía recordarlo para siempre.

Pero allí había mucho más que lo visible, la sensación de nuestros cuerpos empapados, la manera de presionarme contra él, como si quisiera fundirnos en uno solo, el olor de la lluvia, el nuestro propio. Se lo dijo el zorro al Principito en el capítulo veintiuno, Alejandro lo llevaba tatuado en la piel, y era una verdad absoluta: “Lo esencial es invisible a los ojos.”

Entramos en la casa, yo preferí darme un baño a solas en la bañera que había, digna de la realeza, blanca de hierro fundido con sus patas doradas en forma de garra de águila apoyada sobre una pequeña esfera. Alejandro prefirió darse una ducha rápida en el patio trasero con la manguera, había vuelto a salir el sol y empezaba de nuevo a notarse el calor. Agradecí aquel momento de soledad, cuando siento una emoción fuerte, esos instantes que parece que el pecho me va explotar, que lo que me rodea me supera un poco, es cuando necesito un tiempo de reflexión en soledad, y poder colocar todas las piezas en su sitio. Necesito ver que todo encaja, volver a poner cierto orden en mi vida, porque a pesar de que me estaba dejando llevar sin pensar mucho en las consecuencias de mis actos y decisiones, el caos me seguía asustando bastante.

Llevábamos retirados del mundo unos tres días y ya tenía la sensación de que estaba como en casa, y que siempre había sido así. Con Alejandro todo era intenso, nos conocíamos hacía escasos quince días y me parecía que habíamos estado juntos siempre. Cuando me miraba me atravesaba, cuando me tocaba me ardía la piel, y no había palabras en el diccionario para describir lo que sentía cuando estaba dentro de mí. Era todo demasiado íntimo e intenso, y a veces tenía que permitirme respirar hondo, sentir el suelo bajo mis pies, para no perderme en esta vorágine de emociones y sentimientos.

El jueves fuimos a visitar la casa de Dalí, habíamos llamado el lunes nada más llegar, y nos hicieron un hueco para aquella mañana, gracias a que conocían a la familia del amigo de Alejandro que nos había prestado la casa.

No había que olvidar que estábamos en pleno agosto y era el hogar de uno de los mayores genios de la pintura.

La casa de Dalí estaba formada por varias casitas de pescadores que fue comprando y así creó este lugar tan especial. Te encontrabas escaleras en los sitios menos esperados, habitaciones colocadas sin un orden aparente y animales disecados que ejercían de lámparas. La casa en sí era un fiel reflejo del surrealismo, su personalidad excéntrica y narcisista, y la locura propia del genio que era.

Una de las cosas que más me llamó la atención fue un espejo que estaba colocado de tal manera en su dormitorio, desde donde cada día veía como amanecía sin tener que moverse de la cama. Él presumía que era la primera persona de la península que veía salir al sol, por la ubicación tan al este de Cadaqués.

Dando un paseo volvimos a la casita para comer y durante el trayecto de vuelta Alejandro empezó una de esas conversaciones que nunca pensé que tendríamos, y menos todavía que la pudiera comenzar él.

—Helena.

—Dime —respondí sin dejar de mirar el camino de piedras por dónde íbamos.

—¿Tienes miedo de volver a enamorarte?—Levanté la mirada del suelo y lo miré ojiplática.

Por lo visto esa semana a Alejandro le dio por hacerme preguntas que jamás hubiera imaginado que escucharía salir de su boca.

—Creo que miedo no, pero si me volviera a enamorar de alguien, me gustaría no repetir las mismas equivocaciones que la última vez, aunque a veces es inevitable volver a caer en ciertos errores.

Lo que le dije no era del todo cierto, no iba a volver a enamorarme porque ya lo estaba, loca y profundamente enamorada. Y creo que él, en aquel momento, ya sospechaba lo que yo sentía, pero supongo que para él era más cómodo hacer como que no se enteraba de nada, prefería ignorar la realidad que tenía ante sus narices, simplemente porque era la opción más fácil de asumir.

Cada día que pasábamos juntos era más consciente de que no debía decirle

nunca “Te quiero”, porque lo más seguro es que su cerebro lo tradujera automáticamente en un “Huye lo más rápido que te permitan tus piernas”.

—¿Y tú tienes miedo a enamorarte? —Él había comenzado la conversación y creía que estaba en mi derecho preguntar también.

—No, creo que el amor no es para mí —contestó.

—¿Qué quieres decir con que no es para ti?

—No sé, nunca lo he sentido en casi treinta y cinco años, por algo será.

—Quizás no ha llegado el momento, o no permites que te llegue —“O puede que ya lo estés y te dediques a mentirte a ti mismo”, pensé en aquel instante pero por supuesto no se lo llegué a decir.

—No, creo que simplemente no es compatible conmigo y con las cosas que me gustan hacer. Pienso que el amor no es necesario para ser feliz, hay otras cosas más importantes en la vida.

—Supongo que depende de la escala de prioridades que tenga cada uno.

—¿En tu escala en qué lugar está el amor?—me preguntó.

—Pues nunca me he puesto a ordenar de mayor a menor las cosas que considero importantes, pero por supuesto que el amor está en los primeros puestos de la lista.

—En mi lista creo que ni aparece.

Continuamos el camino en silencio, y ya lo supe en aquel momento y hoy estoy prácticamente segura, de que empezó aquella conversación que no iba para nada con él, simplemente para recordarme y me quedara claro de que no se iba a enamorar de mí. Lo que creo que nunca se dio cuenta es que eso yo lo supe desde el primer día que lo vi en el cumpleaños de Ana.

Las palabras de Alejandro podrían hacerme daño, pero él nunca me decepcionaría, sabía lo que esperar de él, aunque siempre tenía la impresión de que lo que hablaba y sus actos se contradecían, marcaba distancia con palabras que luego rompía con miradas, con sus manos y su cuerpo. Y es que creo, que Alejandro era el único de los dos que tenía miedo a enamorarse, porque suponía romper los principios en los que se basaba la vida que él minuciosamente había definido, y posteriormente se había auto-convencido que era la que quería y le convenía.

Ya hacía días que había decidido dejar de pensar en lo que significaba aquella relación que teníamos, y me estaba dejando llevar y disfrutar, pero eso no descartaba que llegado el momento no luchara por aquello que me hacía sentir bien, por esa sensación de que alguien te complementa y no te anula, te suma y no te resta. Yo estaba cambiando y era más feliz, él también estaba cambiando, pero no sé si él era tan feliz.

Durante aquella semana parecía que el tiempo transcurría de forma distinta a lo habitual, como ya he dicho, quise parar el tiempo porque tenía la desagradable sensación de que los días pasaban a una velocidad mayor de la normal, que los días no tenían veinticuatro horas si no doce, y los minutos contaban solo con treinta segundos. Agosto se me escapaba entre los dedos como arena de playa, y aunque no habíamos vuelto a mencionar el viaje por Asia que él tenía en mente, el miedo de que Alejandro desapareciera de mi vida me acechaba constantemente.

Cuando el viernes por la mañana, me subí al coche para volver a casa tras una semana solos en aquella casita blanca con una puerta azul que miraba al mar, sentí que conocía a Alejandro más de lo que había llegado a conocer a Samuel en tres años. Cuando me miraba me transmitía una paz y confianza que no había sentido antes con nadie. Él era una persona especial, única, no creo que volviera a conocer nunca a nadie como él, tan despreocupado y a su vez tan atento con todos los detalles. Era cariñoso conmigo sin darse cuenta, con gestos que le salían de forma natural, como cuando me cogía de la mano al pasear o como cuando estábamos hablando y me metía un mechón del cabello tras la oreja, cuando ponía su mano en la curva de mi espalda para que entrara primero a los sitios, o que me besara la cabeza cuando se levantaba de mi lado para ir simplemente a por un vaso de agua. Sabía que él no hacía ni uno de los gestos conscientemente, y esos detalles son los que hacían de él una persona especial, es lo que había hecho que yo lo amara como nunca lo había hecho antes.

16. DE VUELTA AL MUNDO REAL

Al llegar a Valencia cada uno pasó la noche en su casa, creo que ninguno planteó la opción de dormir juntos porque eso hubiera supuesto reconocer que necesitábamos estar todo el tiempo posible pegados. Él seguía manteniendo, en algunos momentos, cierta distancia prudencial conmigo, que supongo le daba la tranquilidad de tenerlo todo bajo control, y a mí la verdad, es que su actitud me ayudaba a que mi orgullo emergiera con el pretexto de “si tú no quieres estar conmigo, tranquilo que yo tampoco”. Pero sabía que no era cierto, y lo que me producía más tristeza no era su actitud de no aceptar que algo estaba surgiendo entre nosotros, era más bien el tiempo que perdíamos de poder estar juntos.

Estaba sola en mi habitación, viernes por la noche y no había ni rastro en el piso de Ana. Pablo seguía en casa de sus padres en Oviedo. Tras prácticamente quince días durmiendo con él me sentía rara sin su cuerpo junto al mío en la cama, ¡que pronto nos acostumbramos las personas a las cosas que nos gustan y nos hacen sentir bien! De pronto, se me hacía extraño no sentir el calor de su cuerpo y su respiración profunda en mi nuca. Hasta echaba de menos su habilidad para quedarse dormido en cuestión de segundos nada más tocar la cama, él se excusaba diciendo que solo le ocurría cuando realmente se sentía a gusto con alguien. Aquella noche en casa me costó dormirme, pero tras varias vueltas en la cama, el cansancio acumulado de los días en Cadaqués logró que cayera sumida en un profundo sueño.

El sábado por la mañana estaba acabando de desayunar cuando apareció Ana por el salón con su pijama de Hello Kitty, tenía buena cara, así que supuse que esa noche no había salido de fiesta.

—¿Eres un sueño? ¿Sigo dormida? ¡Oh! es Helena Sánchez que por fin se ha dignado a visitar el reino de los pobres que no tenemos vacaciones ni fornicamos como animales en celo —dijo moviendo las manos como si estuviera representando una obra de Shakespeare.

Se sentó en el taburete de al lado y se sirvió café de la cafetera que había preparado yo previamente.

—Que idiota... Llegué anoche ¿Dónde estabas? —le pregunté.

—Tomando una copa en un pub que han abierto nuevo.

—¿Y qué tal?

—Creo que te gustaría, pop rock español de los ochenta y noventa. Podemos ir cuando quieras.

—Genial, ¿y de Pablo sabes algo? ¿Cuándo tiene pensando volver?

—Pues no he hablado con él desde que se fue, creo que volvía el último fin de semana de agosto porque empieza a trabajar el lunes uno de septiembre como tú. Y yo que soy una desgraciada cojo vacaciones justo ese día, cuando vosotros volvéis a la rutina, un asco... Bueno ¿qué tal tu viaje? ¡Me dejaste loca cuando nos mandaste el mensaje!

—Ha sido un viaje perfecto —respondí antes de dar un trago a mi café.

—Pero cuéntame, quiero saberlo todo. ¿Cómo que os fuisteis así tan de repente?

—Pues prácticamente al despertarnos me propuso hacer una escapada, le dije que me parecía bien y luego soltó lo de irnos ya.

—Y tú te fuiste tras ese trasero que tiene Alejandro como si fueras un “perrete” babeando.

—¿Trasero? Más bien di ese culo que volvería loca a cualquiera.

—Ya... la verdad es que yo también me iría detrás de él sin pensármelo mucho. Aún me acuerdo de los veranos cuando venía al chalet de mis abuelos que tenía piscina. Imposible olvidar a un Alex adolescente en bañador, y es que ya estaba de “toma pan y moja”. Yo era solo una cría, pero es que Alex siempre ha tenido ese algo que no se qué, como un imán para el sexo femenino, y a eso hay que sumarle que es atento, educado y cariñoso. Pero claro, alguna tara tenía que tener, y es que no para quieto y es complicado seguirle el ritmo, eso si te deja. Bueno, pero cuéntame, ¿Por qué a Cadaqués?

—Se le ocurrió al ver la lámina que hay en mi habitación de Dalí, recordó que un amigo suyo tenía una casita allí, le llamó y dio la casualidad de que estaría vacía toda la semana.

— Jo, suena todo tan bien, voy a morir de envidia. ¿Y que habéis hecho?

—Fuimos a ver la casa de Dalí, pasear por el pueblo, bañarnos en el mar, y hemos follado en... —Ana no me dejó terminar la frase.

—Obvia esa parte por favor, que solo es sábado por la mañana y aun no he

desayunado.

—Bueno solo que sepas que hemos retozado, y mucho.

—Y te estás enamorando —dijo dejando su taza sobre la barra y poniendo su mano sobre mi brazo.

—Más o menos... bueno más más que menos. —Tuve que reconocerle.

—Nunca había visto a Alex tan... digamos tan atento con alguien. Y entonces... ¿Sois novios o solo fornicia-amigos?

—Pues no sé qué decirte Ana, tú lo conoces desde hace más tiempo que yo. No podría decir que somos pareja, creo que lo que mejor nos define ahora mismo es que somos dos personas adultas que tienen relaciones sexuales consentidas y monógamas.

—Qué romántico suena Helena.

—Lo sé... —respondí suspirando por la asquerosa realidad.

Él ya me había dejado claro que la palabra “novios” no entraba en su vocabulario, pero lo cierto es que habíamos estado prácticamente juntos todos los días desde que nos conocimos y nos comportábamos cómo se comportan las parejas. Sabía perfectamente que Alejandro evitaría cualquier conversación que tratara el asunto de cómo calificar lo que nos estaba pasando. Pero sinceramente, yo no tenía ninguna necesidad de definir nada. Como me dijo la semana anterior cuando apareció aquella chica cerca de su portal, él estaba conmigo y con nadie más porque era lo que le apetecía hacer, y al fin y al cabo, a mí me ocurría lo mismo, quedaba con él porque lo prefería sobre otras personas o sobre hacer otras cosas. Y si lo pensamos bien, ¿no es eso en lo que consiste una relación entre dos personas? Estar juntos porque las dos partes quieren estarlo, y que hipócrita y triste se vuelve una relación cuando dos personas aguantan juntas sin saber si realmente quieren estarlo o simplemente porque es la opción más cómoda y segura. De una cosa estaba segura, una situación así no tendría cabida nunca entre nosotros, Alejandro desaparecería de mi vida en el momento que dejara de querer pasar el tiempo conmigo, y yo tenía la certeza de que no me cansaría nunca de él.

Eran las doce del mediodía y él no había dado señales, y hasta me vino bien porque me apetecía pasar el sábado con Ana. Me sentía mal por haberla

tenido tan abandonada estos días que había estado fuera. Además así estaba más ocupada y me distraía un poco de la idea constante de querer llamarlo cada minuto para escuchar su voz y pedirle que viniera a casa. Así que le propuse a Ana un día de chicas, dar una vuelta por el centro comercial que estaba cerca del piso, comer y luego si nos apetecía ir al cine.

Conocía a Ana desde que entró en febrero a vivir en el piso con Pablo y conmigo, y en ese poco tiempo se había convertido prácticamente en mi mejor amiga. Ella era algo tímida, sobre todo al principio pero no le costó mucho coger confianza con nosotros. Teníamos un gusto parecido por la ropa, el cine y la literatura, hablaba de manera particular y le incomodaba el lenguaje soez. Palabras como follar, polla, coño, etc., le hacían estremecerse al oírlas, así que con Pablo le había tocado la lotería. Éste no solía utilizar ese tipo de palabras antes de que llegara Ana al piso, pero cuando se percató de la incomodidad de ésta, incorporó a su lenguaje habitual las palabras más ordinarias que conocía y otras muchas más, únicamente por el placer de fastidiarla. Porque Pablo era así con nosotras, le gustaba hacernos rabiar, pero también nos adoraba, se sentía como el hombre de la casa y se auto-impuso el deber de cuidar de nosotras. Por esta razón no intentó nunca nada conmigo, porque rápidamente vio a una chica dolida con la vida que tenía que proteger, y Ana era tan cándida y primorosa que no pudo más que acogerla también bajo su ala.

Ana es una chica muy guapa, con una de esas bellezas inocentes y angelicales, con su media melena rubia oscura, sus ojos almendrados de color marrón, unos labios bonitos, carnosos y definidos, los cuales siempre envidié. Era un poquito más baja que yo, tenía un cuerpo delgado y la tez blanca. Podríamos decir que ella estaba envuelta por ese aura naif (inocente, ingenua, dulce, romántica, etc.) que tanto me gustaba de ella, pero que me hacía sentir a su lado poco delicada. Ella no era ni mucho menos el tipo de chica en la que Pablo solía fijarse, pero más de una vez lo pillé mirando a Ana un poco más detenidamente de lo normal.

Aquel día hicimos lo planeado, algunas compras, comer en un italiano e ir al cine. Recuerdo que vimos una película en la que el actor ya adulto de Harry Potter intenta enamorar a una chica, la cual se empeña en que solo son amigos. Parecía que era un tema bastante recurrente que ciertas personas se obcecaran en disfrazar de amistad aquello que bien sabemos que es algo más.

A Ana le gustó bastante la película y dijo que quería comprar imanes de letras tipo “scrabble”, como los que salían en la película, para poder ponerle y cito textualmente “palabras mal sonantes y guarrerías” a Pablo en la nevera.

Al salir del cine, vi que me había llegado un mensaje de Alejandro, comentando que esa noche iba a cenar con unos amigos pero que al día siguiente le gustaría que comiésemos juntos y viéramos la exposición de un fotógrafo bastante conocido que acababan de inaugurar cerca de su casa.

Visto que Alejandro ya tenía planes y yo estaba pasando un día bastante agradable con Ana, decidimos darnos un homenaje, sencillamente porque nosotras lo valíamos al mas puro estilo L’Oreal, e irnos a un restaurante japonés y ponernos moradas de sushi y sake.

17. NO VUELVO A BEBER MÁS EN LA VIDA

Que el sake no es un buen amigo debería ser de dominio público, pero Ana y yo lo descubrimos esa noche. Con una buena tajada volvíamos a casa desde el restaurante japonés en el que habíamos cenado, íbamos cogidas del brazo para no caer de bruces, riéndonos de cualquier tontería que se nos ocurría e incluso haciéndonos pequeñas confesiones, una imagen que desde fuera seguramente sería lamentable, pero que nosotras nos lo estábamos pasando genial.

Ana me contó en bajito como si alguien pudiera oírnos, aunque estuviéramos solas en la calle, que un día vio a Pablo desnudo en todo su esplendor, según ella fue sin querer, entró en su habitación para ver si estaba en el piso y se lo encontró como su madre lo trajo al mundo durmiendo sobre su cama con una buena erección matutina incluida. A mi pregunta qué tal calzaba Pablito, Ana se sonrojó y me dijo en el oído que no tenía mucho con que poder comparar, pero que dudaba seriamente si a ella le cabría entera, ante su contestación no pude evitar taparme la boca de la impresión y comencé a partirme de la risa, incluso se me saltaron las lágrimas y empecé a pensar que me haría pis encima, esta Ana no dejaba de sorprenderme.

Nada más entrar en el piso, tuve la genial y brillante idea de bombero de llamar a Alejandro solo para ver qué tal se le estaba dando la noche a él. Sé que hay una norma universal no escrita, que no se debe llamar a tu querido amante cuando una va borracha perdida, pero tenía muchas ganas de escuchar su voz y mi fuerza de voluntad creo que seguía sentada en el restaurante japonés bebiendo sake. La segunda vez que marqué su número me contestó y tras hacer el intento inútil de disimular la melopea que llevaba, acabé quedando con él y sus amigos en la puerta de un pub.

Entré en la habitación de Ana para avisarle de que la noche no se acababa, ella ya estaba medio desvestida para meterse en la cama.

—¡¡Anaaaaa!! —grité abriendo de un portazo la puerta de su habitación.

—¡Ostras que susto! ¿Qué pasa?

—¡No te pongas el pijama! Ponte guapa, ¡nos vamos de fiesta!

—¿Cómo?

—Como has oído “pequeño poni” nos vamos de fiesta con Alejandro y sus amigos, y no acepto un no por respuesta. Voy llamando al taxi para que venga a recogernos.

—¡Allá vamos! —respondió lanzando por encima de mi cabeza la parte de arriba del pijama que estaba a punto de ponerse.

Me costó menos convencerla de lo que había pensado, ella se puso la misma ropa que en la fiesta de su cumpleaños, el vestido rosa con pajaritos y taconazos, y yo opté por un vestidito blanco veraniego de crochet y las mismas cuñas marrones de piel que me puse la tarde que quedamos por primera vez en la cafetería del Chico Ostra.

El taxi paró justo en frente de la puerta del pub donde habíamos quedado, él y sus amigos nos estaban esperando. Estaba espectacular, con una camisa de cuadros arremangada hasta mitad del antebrazo y unos vaqueros color azul oscuro, pensé que menos mal que había decidido quedar con él aquella noche y no dejarle que pululara solo por el pub y volviera locas a todas las féminas con las que se cruzara.

—¡Mierda! —dijo Ana nada más poner un pie fuera del taxi.

—¿Qué pasa? —Le cogí de la mano para ayudarla a salir.

—Mi hermano, está en la puerta con Alejandro, ya me ha cortado el rollo.

—No, venga, seguro que lo pasamos genial, por favor —insistí con la esperanza de que no diera media vuelta y volviera a meterse en el taxi para volverse a casa.

—Bueno ya voy borracha qué más da, ¿no?

—Bien visto, vamos.

Intenté parecer lo más sobria que pude a pesar de la cantidad de alcohol que ya corría por mis venas, le di un beso a Alejandro en los labios que delató mi aliento de borrachuza.

—Que contenta vienes —me dijo sonriendo.

—Un poquito solo. —E hice el gesto con el dedo pulgar y el índice—. Creo que nos hemos pasado un poco con el sake mientras cenábamos. —Lo de evitar arrastrar ciertas palabras me pareció una tarea imposible.

—Estás muy graciosa cuando bebes, creo que me voy a reír bastante contigo

esta noche.

—No seas malo. —Y puse morritos mientras me aproximaba a él con la única intención de volver a olerle, este hombre era adictivo.

Me presentó a los amigos que no conocía, eran tres pero no recuerdo sus nombres y por último saludé al hermano de Ana que ya nos habíamos visto anteriormente en un par de ocasiones.

Raúl era un chico guapo, con cierto parecido a su hermana, ojos marrones, pelo castaño claro, pero era más alto que ella y que yo, reconozco que la primera vez que lo vi me llamó la atención pero creo recordar que Ana me comentó que tenía novia y eso con mi desinterés por el sexo masculino hizo que pasara algo desapercibido.

—Hola Raúl, cuánto tiempo. ¿Qué tal todo?

—Muy bien, sí, mucho tiempo. Fue una pena que no pudiéramos coincidir en la fiesta de cumpleaños de Ana, estuve fuera por trabajo dos semanas.

—Sí, una pena, ¿el trabajo bien? —pregunté.

—Sí, muy bien.

—Genial.

Ana se cogió del brazo de su hermano para entrar en el pub.

—¿Vas a cuidar de mí esta noche, hermanito? —le dijo poniéndole cara de niña buena y morritos.

—Menuda cruz me ha caído, venga vamos para adentro — dijo el hermano de Ana suspirando y poniendo los ojos en blanco, yo también sabía que le esperaba una noche movidita por cortesía de su hermana.

Alejandro me colocó la mano en la zona baja de la espalda para que entrara delante de él al pub, que más bien parecía una discoteca, sonaba música de David Guetta a todo volumen y había mucha gente bailando. Fuimos abriéndonos paso a través de la gente hasta que pudimos llegar a una zona un poco mas despejada junto a una de las barras. Yo no quería beber mucho más, pero Ana me dijo que tenía que probar una ginebra que estaba buenísima y aunque yo no soy muy de *Gin Tonics* me dejé aconsejar, y a que mala hora. Aquello estaba buenísimo y no cayó ni uno ni dos, creo que fueron cuatro, y yo que no suelo beber, acabé borrachísima, y como me solía suceder en ese estado, muy cachonda.

Me pegué a Alejandro como una lapa toda la noche, bailamos lo más pegado posible, que hasta Sergio Dalma se hubiera escandalizado al vernos. Daba lo mismo el tipo de música que sonara, yo me agarraba a él como un koala, menos mal que Alejandro también bebió un poco y estábamos los dos casi en el mismo estado, bueno creo que él iba un poco bastante mejor que yo.

En un momento dado se fue al baño y yo preferí esperarlo sentada en uno de los taburetes de la barra y pedir una botella de agua bien fría, para ver si me despejaba un poco. En ese momento se me acercó Raúl, que también se le notaba algo bebido, pero no tanto como el resto ya que el pobre se pasó toda la noche vigilando a Ana que también iba bastante “fina” por culpa de aquella ginebra milagrosa. Se colocó junto a mí y pidió otra botella de agua.

—Voy a ver si convenzo a Ana para que empiece a beber agua si no creo que en breve acabará bailando encima de la barra —me giré para buscarla con la mirada, y la encontré bailando y saltando como una loca con uno de los amigos de Alejandro.

—Sí, creo que le vendrá bien poner el freno ya.

—Oye, estás aún más guapa de lo que te recordaba.

—¿Qué? —No sabía si realmente había oído lo mismo que había dicho, entre mi estado y la música alta estaba un poco espesa.

—Que no sé porque le hice caso a mi hermana cuando me puso una especie de orden de alejamiento de ti cuando te conocí. Me dijo que estabas aún jodida por tu ex y necesitabas tiempo, y luego va Alex y cuando me despisto un poco se me adelanta.

—Vaya, Ana no me había dicho nada, no sé qué decir.

Como salvada por la campana, en ese momento apareció Alejandro y se colocó junto a mí, y a partir de ahí no recuerdo muy bien todo lo que sucedió después, tengo algunas lagunas mentales. Sí que recuerdo continuar bailando, besarnos mucho, sudados y no parar de meternos mano. No paré de rozar una erección que le acompañó casi toda la noche, le tocaba por encima del pantalón disimuladamente, y yo estaba que me follaba encima por culpa de la ginebra y el sake, y de su cuerpo que me hacía perder la poca razón que me quedaba. Además él tampoco ayudaba mucho porque no paraba de meter la mano disimuladamente por debajo de mi falda e intentar tocarme por dentro de las braguitas.

Decidimos marcharnos a su casa antes de que pudiéramos dar un espectáculo pornográfico en el pub, me despedí de Ana y le dije que dormiría en casa de Alejandro, ella creo que ni se enteró de lo que dije, pero me iba tranquila porque su hermano cuidaría de ella lo que quedaba de noche.

Cogimos un taxi e intentamos controlarnos todo lo que pudimos durante el trayecto para no escandalizar al taxista, pero nada más entrar en su portal, empezamos a besarnos como locos, nos teníamos tantas ganas que hasta nuestros dientes chocaron un par de veces a causa del poco control que teníamos de nuestros cuerpos, estaba como sumida en una especie de nebulosa.

Subimos las escaleras dando bandazos, riéndonos y diciendo “sshhh” cada dos segundos, pero cuando ya estábamos llegando a su planta me cogió de la cintura y volvimos a besarnos, me subió la falda del vestido y me bajó las bragas.

—¿Qué estás haciendo? Ya estamos casi en tu puerta, espera a que entremos —le intenté decir.

—No, no puedo más, quiero que lo hagamos aquí.

—¡Estás loco!

—Por ti... Sshh... no hagas ruido.

Me colocó mirando hacía la barandilla de la escalera y me inclinó para que me pudiera coger al pasamanos. Me volvió a subir la falda del vestido hasta la cintura y escuché como se bajaba la cremallera del pantalón, sentí sus dedos en mi abertura como los metía y sacaba, no sé si eran uno o dos, no estaba yo en aquel momento para contar.

—Estás muy mojada Helena.

Sentí como su miembro era ahora el que me rozaba, y de una sola estocada fuerte se coló dentro de mí, me cogió con una mano el hombro derecho y siguió penetrándome impetuosamente hasta que hizo un gesto que me sacó del trance de placer, abrí los ojos al sentir que su dedo pulgar se había colado por donde no me lo esperaba, y no pude evitar dar un pequeño salto por la intrusión.

—Sshh estás muy húmeda y me apetece mucho. ¿Me dejas intentarlo?

—Sí, pero con cuidado, por favor. —El alcohol y el propio Alejandro no me

dejaban pensar con claridad.

—Por supuesto. —Y me besó en el hombro derecho.

Salió de mí y presionó con su erección en el mismo lugar donde antes estaba su dedo pulgar, lo hizo con cuidado y fue avanzando lentamente, mientras no dejaba de acariciarme con las yemas de sus dedos por la espalda. No sé si fue producto de la borrachera que llevaba, que mi cuerpo estaba más laxo de lo normal, que el alcohol nublaba mis sentidos, pero la cuestión es que no recuerdo un dolor casi insoportable como me había ocurrido el par de veces que lo había intentado con Samuel. Esa vez solo sentí una pequeña punzada al principio y muchísimo calor, me ardía la cara y las manos, y luego una ola de placer que recorrió entero mi cuerpo, incluso me sorprendí a mí misma, pidiéndole más.

—Me voy a morir de gusto Helena.

—Dios, yo también, no pares, por favor.

Alargó su mano y empezó a tocarme el clítoris y al segundo de sentir su tacto me corrí lo más silenciosamente que pude, atrapando el labio inferior entre mis dientes, y él no tardó mucho más en salir del todo de mí y correrse fuera sobre la piel desnuda de mi espalda y en parte de mi vestido.

Cuando aún nos estábamos recuperando del sobre-calentamiento que habíamos sufrido en las escaleras a las puertas de su casa, me dio la vuelta, me bajó el vestido y éste se pegó a mi cuerpo a causa del sudor y del sexo que impregnaba mi piel. Me cogió la cara con sus dos manos, me miró y me besó, primero un beso en la frente y luego uno en los labios, ambos con mucha dulzura.

—Vamos dentro antes de que salga la vecina de enfrente, que te advierto que es una octogenaria y creo que si nos hubiera pillado en pleno auge no se que podría haber pasado, pero nada bueno seguro.

Me cogió de la mano y entramos en su casa, ya empezaba a darme el bajón, ya no me sentía borracha solo algo mareada. Como era posible que el sexo más sucio que se puede tener y además en un lugar público, a mí me pareciera que incluso fue tierno, así que no sé quien nublaba con más efectividad mis sentidos, el alcohol o el propio Alejandro.

—Vamos a darnos una ducha y a dormir.

—Sí, por favor. —Estaba derrotada.

A la mañana siguiente me desperté con la maldita luz del sol dándome en la cara, automáticamente me cogí la cabeza del dolor, genial, tenía una resaca del tamaño de un caballo, y además tenía la suerte de recordar prácticamente todo lo que pasó ayer, tanto la conversación con Raúl, el hermano de Ana, en la barra del pub, una especie de declaración, y por supuesto como me iba a olvidar de la sesión de sodomía en las escaleras.

Alejandro dormía profundamente con un brazo sobre su cabeza y con la respiración aún bastante profunda, y yo lo odiaba por poder dormir tan tranquilo con tanta luz, y lo peor de todo era que no podía levantarme para bajar la persiana ni correr la cortina, por la simple razón de que no había ninguna de ellas. Allí solo había una ventana desnuda que para mí era una maldita creación del mismísimo Satán. Apunté como nota mental comprar un antifaz y dejarlo en su casa, a ver si así conseguía tener despertares un poco más agradables, aunque he de reconocer que abrir los ojos y verle a mi lado, compensaba con creces el fulgor mañanero al que me sometía.

18. LAS MEJORES COSAS DE LA VIDA SON LAS QUE NO SE VEN

Di varias vueltas en la cama mientras esperaba a que Alejandro se despertara y recordé que le había prometido a Ana que comeríamos juntas, también tenía la intención de preguntarle si nos quería acompañar a la exposición de fotografía que pensábamos ver por la tarde.

Empecé a acariciar el trazo de su tatuaje con la punta de mis dedos, y al ratito empezó a moverse y dar señales de vida.

—Mmm... buenos días. —balbuceó.

—Buenos días “Bello durmiente”. —Sonrió y empezó a abrir poco a poco los ojos para acostumbrarse a la luz de la mañana.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó con voz pastosa.

—Creo que mejor de lo que merecía.

—Por lo que pasó ayer te mereces todo y más.

—Eres un cerdo... y yo una guarrilla que deja que accedan a “su puerta de atrás” en una escalera.

—No digas tonterías, no eres una guarrilla, eres mi guarrilla. Ven aquí. —Me cogió del brazo y tiró de mí hacia él para poder darme el primer beso del día en los labios.

—No quiero ni pensar que hubiera pasado si nos hubiera pillado la vecina. Qué vergüenza... —Y me tapé la cara con la sábana.

—Pues si hubiera abierto la puerta en el momento en que estábamos en plena acción, seguramente ahora en lugar de desayunar la estaríamos amortajando.

—Que bestia eres. Por cierto, había quedado hoy con Ana para comer. ¿Desayunamos y nos vamos a mi piso?

—Claro.

Para poder marcharnos me tuvo que prestar una camisa que por suerte me llegaba a mitad del muslo, ya que mi vestido fue directamente a una bolsa para que posteriormente fuera lavado y dejara de ser un gurrño sucio y

pegajoso. Menos mal que Alejandro fue a por el coche y me recogió casi en su portal, y no tuve que pasearme por la ciudad con aquellas pintas de “Barbie trasnochada”.

Al llegar al piso encontramos a Ana durmiendo en su cama aún con la misma ropa que llevaba por la noche, y a su hermano Raúl durmiendo a pierna suelta en el sofá. Yo fui a ocuparme de ella y Alejandro se encargó de despertarle a él. Ana me dijo con vocecita de niña pequeña que la dejara dormir un poco más hasta la hora de comer y que pidiera comida china. Le quité los zapatos como pude para dejarla seguir durmiendo.

Cuando entré en el salón, Alejandro estaba en la cocina preparando café y Raúl ya estaba sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y las manos sujetándose la cabeza.

—¿Qué tal terminó la noche? —le dije a Raúl mientras me sentaba en uno de los taburetes de la barra de la cocina.

—Un puto infierno, me tocó controlar a la loca de mi hermana y casi le meto a un baboso que no paraba de ir detrás de ella. A vosotros ni os pregunto porque seguro que os fue mejor que a mí, solo hay que ver cómo vas vestida Helena. —Me puse roja como un tomate solo de recordar la razón por la que esta mañana no pude ponerme mi vestido.

—Sí mejor no preguntes, toma —dijo Alejandro mientras le daba una taza de café.

Raúl no tardó en marcharse a su casa, pero antes de irse me pidió un ibuprofeno para el dolor de cabeza y que le dijera a su hermana que cuando se despertara le mandara un mensaje para ver qué tal se encontraba, según él deseaba que fuera fatal, por como se lo hizo pasar por la noche.

Sobre las dos del mediodía pedimos comida china como me había solicitado Ana cuando aún era un cuerpo casi inerte. La desperté cuando llegó el repartidor y fui preparando la mesa para sentarnos los tres a comer. Ana apareció y sin mediar palabra se sentó en la mesa, tras beberse un vaso de Coca-Cola de un trago y haberse comido la mitad de su rollito de primavera, pronunció sus primeras palabras.

—Buenos días chicos, gracias por pedir comida china.

—¿Qué tal estás Ana? —le preguntó Alejandro.

—Ahora mejor, gracias por preguntar.

—Os pusisteis las dos finas anoche —dijo mirándonos a ambas

—¿Cómo se llamaba la ginebra? No sé que de Indias, ¿no?, bueno que sepáis que voy a pedir una orden de alejamiento, creo que he descubierto mi “kryptonita” —dije yo.

—Pues si cuando la bebas puede volver a pasar lo de anoche yo me voy a agenciar un buen cargamento para tenerlo en casa —me susurró Alejandro disimuladamente lo más cerca de mi oreja para que Ana no le pudiera escuchar.

—Idiota —dije sonriendo como una tonta.

Ya habíamos terminado de comer cuando le pregunté a Ana si le apetecía acompañarnos a ver la exposición de fotografía.

—¿Quieres que vaya con vosotros de sujeta-velas? —preguntó.

—No vienes de sujeta-velas, no seas tonta —le contesté.

—Mmm, vale, me apunto pero porque creo que va ser una tarde muy aburrida, y no quiero pasarla sola tumbada en el sofá viendo la tele y comiendo “carboingratos”.

Sobre las cinco y media salimos del piso, hacía muchísimo calor y la opción de ir dando un paseo al centro era impensable. Preferimos ir en el coche de Alejandro que se estaba de lujo con su aire acondicionado.

La exposición era de Spencer Tunick, fotógrafo estadounidense conocido por sus fotografías grupales de gente desnuda. La cara de Ana al ver de qué iba la exposición, fue un auténtico poema. Creo que disfruté más de las muecas y comentarios que hacía ella que de la exposición en sí.

—Que asquito, todos desnudos, rozándose, sin conocerse de nada —repitió al menos un par de veces en voz baja.

Y no puedo negar que a mí también me dio un poco de grima ver esa maraña de cuerpos entrelazados, desconocidos, unos encima de otros. Totalmente impensable que yo el día de mañana apareciera en una fotografía de ese hombre. Pero también tenía que reconocer, que las imágenes tenían cierta belleza, me gustaba ver su naturalidad, cuerpos que no eran perfectos ni dignos de portada de revista, cuerpos que podríamos calificar como reales y normales, sin prejuicios por el color de la piel o su talla.

La fotografía que más me llamó la atención fue una en la que el fotógrafo jugando con los colores de la piel de los modelos conseguía que a cierta distancia vieras perfectamente la imagen de un ojo, pero en realidad solo era una masa de cuerpos, con piernas y brazos enredados unos sobre otros ordenados por colores para hacer real la composición y conseguir el efecto óptico. Era una imagen bella, pero también sobrecogedora porque daba la sensación que eran cuerpos inertes.

Tras la exposición fuimos a cenar un par de pinchos a un bar cerca del museo. Ana y Alejandro se llevaban bien, ella lo miraba con admiración. Era imposible negar lo evidente, él fue el amor platónico de su infancia y adolescencia, y ese amor, poco a poco, se convirtió en algo más fraternal que romántico. A Alejandro también le hacía gracia lo de fastidiar a Ana, tal y como hacía Pablo, estaba claro que esto de cabrear a Ana podría convertirse en el deporte de moda en pocos años.

Volvimos de nuevo en su coche y cuando llegamos al portal, Ana bajó despidiéndose rápidamente para darnos un poco de intimidad. Yo quería dormir con él y mataba por poder sentirle junto a mí entre las sábanas todas las noches posibles. Él, gracias a Dios, tenía las mismas ganas, y como ya estábamos en la puerta de mi casa, decidimos que lo más práctico era que nos quedáramos allí, aunque tuviéramos público para lo que sin duda íbamos hacer.

Cuando subimos al piso ya estaban todas las luces apagadas, y Ana en su habitación con la puerta cerrada. Seguía haciendo un calor sofocante aún siendo de noche y me pareció una buena idea darnos un baño juntos antes de meternos en la cama. Mi bañera no era muy grande, y Alejandro no era precisamente pequeño, pero calculé a ojo que uno frente al otro semirecostados cabríamos más o menos bien. Además solo de imaginar verlo desnudo, mojado, frente a mí, bien valía cualquier incomodidad. Y por si tenía alguna duda al respecto, él comentó que todo lo que incluyera a mí desnuda le parecía buena idea, así que estábamos de acuerdo que el baño sí o sí.

Nos colocamos uno frente al otro, tal y como lo había dibujado en mi mente. Mis piernas entre las suyas, uno de mis pies acariciaba su pecho, y él mientras tanto masajeara el otro con sus manos.

Que Alejandro era muy guapo había quedado claro y no había ninguna duda, cualquiera con ojos en la cara podía ver lo evidente de su belleza. El único que no parecía ser consciente de ello era él mismo. Se comportaba como si no percibiera su magnetismo, la calma que transmitía, su mirada capaz de atravesar y poner patas arriba el mundo de cualquiera que se cruzase por su camino.

Su pelo tenía la habilidad de estar siempre ordenadamente revuelto, como si hubiera pasado horas frente al espejo colocando cada pelo en el sitio correcto para conseguir un despeinado natural, pero nada más lejos de la realidad, creo que la mayoría de veces ni siquiera se llegaba a peinar. Se pasaba las manos por él, un gesto que hacía a menudo y “et voilà!” resultado: pelo perfecto digno de portada de revista, quizás un poco largo para mi gusto, pensé que un corte no le vendría nada mal.

Solía fruncir el ceño levemente cuando había alguna cosa que no acababa de entender y achinaba un poco los ojos cuando se concentraba mucho en algo. Unos ojos de un color azul que no había visto antes en otra persona, una mezcla perfecta de azul y gris oscuro, que según él, únicamente su abuela y él compartían color, el resto de la familia, sus padres y hermanos los tenían marrones.

Nunca lo había visto completamente afeitado, ni siquiera en foto. Según Ana estaba igual de atractivo, cosa que no dudaba, pero yo lo prefería con ella, completaba a la perfección ese aire bohemio y descuidado. Lucía una barba cortita, como de un par de semanas sin afeitarse, en su mayoría era castaña pero, cuando le daba el sol, veías algunos pelillos de color rojizo entre la masa marrón oscuro.

Sus labios eran carnosos pero sin dejar de ser masculinos, el inferior más que el superior y no podía evitar morderlo suavemente cuando nos besábamos.

Su pecho tenía en la parte superior un poco de vello oscuro, el cual se repetía en la zona de su abdomen. Un abdomen plano y definido, no con esos abdominales híper-marcados que podrías lavar la ropa como hacia tu abuela en la fuente del pueblo, pero se notaba que se cuidaba y no tenía ni un gramo de grasa. Algo que me volvía realmente loca de su cuerpo, en plan *groupie* adolescente, eran sus oblicuos levemente marcados, que delimitaban un

camino comparable al de baldosas amarillas que tenía que seguir Dorothy para llegar a Ciudad Esmeralda, pero con la diferencia de que esta senda me llevaba directamente hacia el centro de su sexualidad, que tanto placer era capaz de darme. Antes de conocer a Alejandro, creía que esos músculos eran más bien como los billetes de quinientos euros, que sabes que existen, incluso alguna vez has visto alguno, pero nunca has tenido uno entre tus manos para disfrutarlo.

Cuando salí de mi ensoñación, le pillé haciendo exactamente lo mismo que estaba haciendo yo, recorrer mi cuerpo con su mirada. Veía como sus ojos se fijaban en cada facción de mi cara, bajaban hacia mi cuello y se quedaban quietos en mis pechos y en los pezones que sobresalían un poco por encima del agua. Mis pies seguían acariciando su pecho, cada vez mis caricias llegaban más abajo para rozar su miembro ya semierecto.

—¿Cuándo te hiciste el tatuaje del brazo? —dije para captar su atención y que volviera a mirarme a la cara en lugar de controlar el movimiento de mis pies.

—Cuando trabajaba en California, unos días antes de volver a España.

—¿Por qué elegiste esa frase?

—Es del libr... —No le dejé terminar, conocía muy bien de quién era.

—”El Principito”, lo sé, lo dice el personaje del zorro.

—Exacto, pues la elegí porque en aquel momento mis ojos habían visto muchas cosas, desde maravillosas hasta algunas que me encantaría borrar de mi memoria. Pero al final lo que realmente importa, lo que permanece dentro de ti, son las sensaciones que te produce cada momento que vives, y eso no se ve con los ojos, se siente dentro. Sin dudarlo puedo decir que las mejores cosas que hay en la vida no se pueden ver ni tocar.

Estaba totalmente de acuerdo, lo que él me hacía sentir era mejor incluso que mirarle y tocarle. Me incliné hacia él hasta llegar a su boca y comencé a pasear mi lengua por sus labios mojados saciando mi sed, cuando él intentaba succionar mi lengua, apartaba la mía rápidamente comenzando una especie de juego. Mis pezones rozaban su pecho, su miembro ya erecto tocaba el interior de mis muslos, y sus manos amasaban mi culo que sobresalía totalmente del agua de la bañera.

Finalmente le dejé que me besara como él quería y una de sus manos me cogió por la nuca para poder hacerlo con la fuerza que él necesitaba y que su lengua pudiera danzar a sus anchas en el interior de mi boca. Bajó la cabeza y con la mano que aún permanecía en mi culo me empujó hacia arriba para que mis pechos quedaran a la altura de su boca y poder chuparlos, lamerlos e incluso morderlos. Yo cerré los ojos y empecé a dejar que unos ahogados gemidos salieran de mí, su boca en mi cuerpo era una auténtica tortura para mí.

A pesar de que el agua de la bañera no estaba caliente, la estancia se llenó del vaho producido únicamente por el calor que desprendían nuestros cuerpos, hasta el espejo estaba empañado.

—Vámonos a la cama, casi no nos podemos mover y quiero más —me susurró en el oído.

La primera en salir de la bañera fui yo, cogí una toalla para secarme y le di una él. Se puso de pie, cogió la toalla que le ofrecí y empezó a secarse, yo como siempre, no podía dejar de mirarlo, y me relamía mentalmente solo de pensar que en unos segundos estaríamos sobre mi cama, y él en lo más profundo de mí.

Salí del baño con la toalla enrollada y él siguiéndome los pasos desnudo. Me quedé en los pies de la cama aún de espaldas a él, me sentía tremendamente sexual y dejé que cayera mi toalla a nuestros pies y permanecí inmóvil sin girarme esperando sentir sus manos sobre mi cuerpo. No habían pasado ni dos segundos cuando noté su respiración junto a mi oreja y comenzó a besarme el cuello. Colocó una de sus manos en mi abdomen y empezó a bajarla hasta llegar a mi sexo para comenzar a acariciarlo lentamente, pequeños roces al principio, y luego introduciendo uno de sus dedos. Todo mi cuerpo se estremeció, y mi corazón empezaba a latir a un ritmo más rápido, mientras tanto no dejaba de besarme el cuello y la espalda.

Apartó su mano antes de que llegara al orgasmo y me empujó suavemente con su cuerpo consiguiendo que me inclinara lo suficiente para que las palmas de mis manos quedaran apoyadas sobre la cama. Con solo un dedo trazó una línea imaginaria en mi espalda que iba desde la nuca hasta mi sexo para volver a introducirlo dentro de mí unas veces más. Sustituyó el dedo por su erección que fue entrando lentamente, me puse de puntillas para que fuera

más cómodo para ambos y cuando ya estaba dentro casi en su totalidad, de un solo movimiento llegó hasta el fondo, y una punzada de dolor me atravesó entera.

—¿Bien? —me preguntó al notar la contracción de mi cuerpo.

—Sí, sí, pero con cuidado, te noto demasiado —dije entre aspiraciones.

Sus penetraciones eran lentas y acompasadas, ya no sentía dolor, pero la sensación seguía siendo muy intensa. El ritmo pausado me hacía casi rozar el cielo con la punta de los dedos, en cambio a él creo que le estaba matando tanta calma y control, notaba su cuerpo en tensión, sus dedos se clavaban en mis caderas, dentro de él se estaba librando una batalla para no volverse loco y follarme hasta atravesarme. Aunque yo hubiera seguido con ese ritmo toda la eternidad, sabía que él necesitaba más, y además mis piernas estaban empezando a cansarse de estar de puntillas para salvar nuestra diferencia de estatura.

Me incorporé haciendo que él saliera de mí y le indiqué que se sentara en el borde de la cama. Me senté sobre su erección dándole la espalda y empecé a moverme arriba y abajo, una de sus manos bajó hasta acariciarme el clítoris consiguiendo en cuestión de segundos llegara al orgasmo que tenía retenido, intenté hacer el mínimo ruido posible ya que Ana dormía en la habitación de al lado, pero el clímax que me producía el sexo con Alejandro era difícil de disimular.

Tras el tiempo de recuperación que necesitaba, me levanté y me senté exactamente igual pero quedándonos cara a cara. Tras el orgasmo, que apenas hacía minutos había disfrutado, mi cuerpo parecía que fuera de gelatina así que le permití que me moviera a su antojo, que me utilizara para conseguir su propio placer. Aunque la frase “utilizara mi cuerpo” en otra circunstancia me hubiera asqueado, en aquel momento post-orgásmico llegué a pensar incluso que nuestros cuerpos fueron creados únicamente para darnos placer uno al otro.

Ahora que él volvía a tener el control, me agarró fuerte de la cadera y comenzó a penetrarme fuerte y profundamente, yo me dejé caer sobre su pecho exhausta y él se corrió con un gruñido que logré ahogar pegando mi boca a la suya. Se echó hacia atrás, dejando su espalda descansar sobre el colchón de la cama, nos quedamos quietos, sudados, respirando

entrecortadamente, podía escuchar nuestros corazones latiendo desbocados, tumbada aún sobre él, fuertemente abrazados dentro de mí.

19. "YO TE SIGO PORQUE CREO QUE EN EL FONDO HAY ALGO"

Lunes, Ana se fue a trabajar temprano y Alejandro y yo nos quedamos en la cama toda la mañana hablando y lo que no es precisamente hablar. Mi cuerpo se estaba acostumbrando a un ritmo de actividad sexual que no calificaría como "normal", si la comparábamos con mi experiencia anterior y mi posterior sequía. Pensaba que si algún día el ritmo disminuía podría sufrir un síndrome de abstinencia importante.

Eran sobre las once de la mañana y seguíamos desnudos en la cama, yo estaba tumbada boca abajo sobre las arrugadas sábanas, el sol entraba por la ventana y sus rayos calentaban mi espalda desnuda que Alejandro acariciaba con mimo, sin dejar ningún rincón por recorrer con las puntas de sus dedos.

De fondo sonaba como banda sonora de sus caricias en mi espalda el disco Ultrasónica de Los Piratas. En un momento dado sonaron las primeras notas de la canción "El equilibrio es imposible". Mi piel se erizó con los acordes iniciales y las palabras cantadas con la voz particular de Iván Ferreiro. Siempre me ha parecido que sus canciones habían sido compuestas tras rebuscar en mi inconsciente, y traducir en palabras todo aquello que yo no sé decir. Y como me solía ocurrir, fue esa canción la que me dio la respuesta a una pregunta que ni siquiera me había formulado: "*Yo te sigo porque creo que en el fondo hay algo*".

Ahí estaba, esa era la razón a la que me agarraba con fuerza, el motivo por el que no dejaba que me venciera el raciocinio que me decía que debía apartarme y dejar pasar de largo a un hombre que no creía en el amor, ni quería creer. Pero era incapaz, no podía porque en el fondo había algo, algo que yo no veía pero sentía, y que no estaba dispuesta a ignorar, ni por mi propio bien.

Esa mañana lo hicimos con más caricias que ganas de correr, luego mientras nos duchamos volvimos a hacerlo, pero esa vez había más ganas de correr contra la pared de azulejos que de adorarnos.

Desde Cadaqués así eran las cosas con Alejandro, "un sí pero no" continuo, por momentos me desesperaba un poco que no quisiera reconocer lo

evidente, que prefiriese hacerse el ciego para no ver lo que teníamos delante. Pero por otro lado, no me molestaba su actitud, reconozco que me gustaba tanto el Alejandro dulce, detallista y atento, como él que me follaba sin ningún atisbo aparente de cariño, y como decía “el pirata de Vigo”, yo le seguía porque creía, decidida y firmemente, que en el fondo había algo.

Casi a medio día nos fuimos dando un paseo hasta su barrio, donde comimos en un restaurante llamado La Pitusa, inolvidables los canelones de pato con foie y salsa de setas, espectaculares, aún se me hace la boca agua al recordarlos. Con el estómago lleno y un poco atontada por el vino nos metimos por una callejuela para volver a su casa. Una pequeña calle que solía estar bastante abandonada pero nos sorprendió verla limpia y llena de murales en las paredes de los bajos de los edificios. En particular destacaba el mural de una pareja besándose mientras un fotógrafo, que formaba también parte de la composición, congelaba la imagen, me recordaba al beso de Leonidas Brezhnev y Erich Honecker del muro de Berlín.

—Esto no estaba aquí hace unas semanas —comentó Alejandro acercándose al dibujo y achinando los ojos.

Estaba absorto mirando cada pincelada del mural cuando me coloqué delante de él, me puse de puntillas y le planté un beso en la boca de esos que te dejan sin respiración. Sus manos no tardaron en colocarse en mi cintura y dejarse invadir por mi lengua. Tras unos segundos, haciendo un esfuerzo sobrehumano me separé y volví a colocarme junto a él.

—¿A qué ha venido eso? ¿Te ha dado envidia? —Me miró con cara de “no entiendo nada”.

—No, es que no me gusta desobedecer las normas —le dije mientras señalaba el texto que había en una esquina de la pintura con la tipografía típica de advertencia de “Prohibido fijar carteles”, el mensaje decía: “Prohibido no besarse”. Chasqueó la lengua y sonrió ante mi ocurrencia.

Seguimos andando por la callejuela mirando el resto de los murales, como si fuera un museo al aire libre. Me gusta cuando la ciudad que crees que conoces al dedillo y que ya no te puede sorprender, te demuestra que es un ente vivo que nunca para de cambiar, y siempre te enseña algo nuevo que no te esperas.

Al entrar en la plaza donde estaba su casa, se paró de golpe al ver a una

pareja de unos sesenta años en su portal.

—Helena, vas a tener el inmenso placer de conocer a mis padres, lo siento.

—¿Qué? Espera. Si quieres me voy, aún no nos han visto.

—¿Por qué? Son muy agradables, seguro que te caen bien, vamos. —Y me cogió de la mano hasta llegar a ellos.

A veces me sentía totalmente perdida, no era capaz de pillarle el truco a Alejandro, cuando creía que tenía bajo control la situación y empezaba a conocerlo, le daban estos prontos que me devolvían directamente a la casilla de salida.

Llegando a su altura, pude ver que su madre era una mujer delgada y menuda, lucía una melena rubia por encima de los hombros. Una imagen que contrarrestaba con la de su padre, un hombre alto con la misma planta que Alejandro. Llevaba el pelo un poco más corto que él, y vi claramente a quien había salido mi Dios particular. El color de ojos de ambos era marrones, no como los de él, tal y como me había comentado.

—¿Qué hacéis por aquí? ¿Por qué no me habéis avisado de que vendrías?
—les dijo Alejandro cuando estábamos prácticamente frente a ellos.

—Hola cariño —dijo su madre al verlo, la mujer tenía una sonrisa que no le cabía en la cara al ver a su hijo.

Alejandro tuvo que agacharse un poco para que su madre pudiera besarlo y abrazarlo, repitió la misma operación con su padre pero ya erguido, ambos medirían prácticamente lo mismo.

—Hemos comido aquí cerca con unos amigos y hemos aprovechado para hacerte una visita. Como no estabas en casa estábamos a punto de irnos — comentó su padre.

—Haberme llamado al móvil —contestó Alejandro.

—No queríamos molestar por si estabas ocupado, o acompañado... —dijo su madre dirigiendo su mirada hacia a mí.

—Bueno, pues os presento a Helena, una amiga. Helena, ellos son mis padres Adela y Paco.

—Encantada de conocerles.

Les di los dos besos de rigor, y subimos las tres plantas para entrar en su

casa. Me senté en el sofá con su madre mientras Alejandro y su padre preparaban el café y hablaban de los fichajes de la nueva temporada, porque sorprendentemente y jamás lo hubiera adivinado, porque no le pegaba nada a Alejandro le gustaba el fútbol. La voz de su madre me sacó de mis pensamientos.

—¿Y a qué te dedicas Helena?

—Trabajo en una empresa alemana como gestora de cuentas, ahora estoy de vacaciones.

—Ah muy bien, ¿hace mucho que os conocéis Alejandro y tú? —Su madre empezó con el interrogatorio típico de suegra sin darme apenas tiempo a reaccionar.

—No, en realidad nos conocimos hace poco, a principios de este mes.

Alejandro se acercó donde estábamos con una bandeja con café, té y unas pastas. Él siempre tan detallista para estas cosas.

—Mamá, Helena es compañera de piso de Ana, la hermana pequeña de Raúl, mi compañero del colegio e instituto. Nos conocimos en su fiesta de cumpleaños.

—¡Ah sí! Una niña muy dulce y encantadora. ¿Y cómo está Ana? Hace años que no sé nada de ella.

—Muy bien, es fisioterapeuta en una clínica —contesté yo.

Mientras Alejandro les servía café y a mí un té, su madre no dejaba de observarme, tenía la impresión de que me miraba como si fuera un cachorrito al que están a punto de abandonar, sus ojos rodeados de pequeñas arruguitas parecían hablarme y decirme, “pobrecita...”. Seguramente serían especulaciones mías, pero es que hasta parecía que ladeaba la cabeza e incluso juraría que llegó a suspirar. Creo que solo le faltaba coger mi cabeza, ponerla en su regazo y acariciarme el pelo como si fuera una niña pequeña. El padre de Alejandro pareció percatarse de mi incomodidad por la atenta mirada de su mujer sobre mí y le comentó una tontería para llamar su atención.

—Adela, no nos iremos muy tarde, quiero pasar antes por casa de Antonio y pedirle unas herramientas para arreglar la cisterna del baño. No para de gotear y me pone un poco nervioso.

Su madre asintió con la cabeza, y volvió a posar su atención en mí.

—Es un piso bonito, ¿verdad? —me preguntó

—Sí, mucho —contesté escuetamente, esta mujer no me hacía sentir muy cómoda.

—Tuvimos que convencer a Alejandro para que lo comprara. Era una gran oportunidad, y una buena forma de invertir el dinero. Le intenté ayudar a arreglarlo y decorarlo, pero solo me permitió elegir el parquet y tras varias peleas, cambié también los cristales del ventanal. Eran totalmente transparentes, desde la calle veían todo lo que ocurría en el salón —explicó su madre.

—Mamá, sabes que me da igual que la gente vea o deje de ver. Estoy en mi casa, hago lo que quiero y si quiero ir desnudo pues voy. —Su madre chasqueó la lengua y dio un sorbo a su taza de café.

Qué calor me entró de golpe al recordar lo que había ocurrido tras esos cristales hace escasas semanas, al final había que agradecerle a la mujer que no le hiciera ni puñetero caso al exhibicionista de su hijo.

Estuvimos hablando sobre las hermanas de Alejandro, Marina, la pequeña, que estaba en Australia había pasado casi todo el mes de julio en casa de sus padres, y la mayor que vivía en Londres no tenía vacaciones hasta octubre. Su madre se lamentaba de no tener a sus hijas cerca, y Alejandro como iba y venía tampoco podía contar mucho con él. Decía que un día de estos la iba a matar de un infarto por su manía de hacer las cosas sin pensar, o por no querer llevar móvil, etc. Pero en general, se les veía bastante tranquilos con el tema de sus viajes, creo que los pobres ya estaban bastante curados de espanto.

—¿Tú tienes hermanos Helena? —me preguntó su madre.

—Sí, un hermano mayor, vive en Tenerife. El jueves por fin viene a casa de mis padres a pasar unos días de vacaciones.

—Ah muy bien —respondió dándole un sorbo a su bebida.

Tenía muchas ganas de ver a mi hermano y poder hablar con él. Era la única persona con la que me sentía tranquila de poder contarle cualquier cosa sin que me juzgara. Quería hablarle a Carlos de Alejandro y que me diera su opinión sobre el tema. Él me había apoyado mucho, a pesar de la distancia,

cuando ocurrió lo de Samuel. Me llamó todos los días, me escribía emails, e incluso me enviaba canciones ridículas para animarme, y no cogió un vuelo y se plantó en mi piso para pegarme dos sopapos y que espabilara de una vez por todas porque no se lo permití bajo castigo de pena de muerte.

Sus padres se marcharon sobre las seis de la tarde y nosotros no hicimos mucho más durante el resto del día, ver una película en el ordenador, cenar algo de picoteo y quedarnos dormidos tras una buena sesión de besos y caricias.

Antes de caer dormida me estuve planteando algo que podría hacer que me estrellara o que triunfara como la Coca-Cola, al día siguiente tentaría a la suerte.

20. A VECES LAS COSAS SON MÁS FÁCILES DE LO QUE PENSAMOS

En apenas un par de días mi hermano Carlos llegaría a casa de mis padres para pasar unos días con su mujer Mónica. Me pareció lógico, bueno, lógico quizás era decir demasiado, pero creía que al menos era algo coherente que tras haber conocido a sus padres, él podría conocer a mi familia. Ciertamente que lo de sus padres fue un encuentro casual, pero conocerlos, los conocí, y al fin y al cabo, es lo que cuenta. La cuestión era que me apetecía que Alejandro viniera a comer a casa de mis padres el jueves, eso sí, con el mismo tratamiento de amigo que él había utilizado conmigo, porque eso es lo que éramos, ¿no?

Ahora estaba la cuestión de cómo planteárselo de una manera sutil, vamos como quien no quiere la cosa, como si se me acabara de ocurrir, para evitar que se diera cuenta que llevaba dándole vueltas al tema desde el día anterior.

Desayunamos tranquilamente en la mesa del salón y luego le acompañé a comprar unas cosas que le hacían falta para preparar cuscús para comer. Saludaba a prácticamente a toda la gente que nos cruzábamos en el mercado, daba lo mismo que fuera un matrimonio octogenario, que el gitano que vendía verduras, con todos se paraba a saludar e intercambiar algunas palabras, era amable y educado con todos.

Cuando volvíamos a casa cargados con las bolsas de la compra, nos cruzamos con unos turistas que no paraban de darle vueltas al plano de la ciudad, los pobres no se ubicaban, sin dudarle ni un segundo, Alejandro se acercó a ellos, dejó la compra en el suelo y les preguntó en inglés si podía ayudarles, cuando se percató de que eran franceses, les dijo lo mismo en francés. Los turistas se fueron encantados de la vida, con varias direcciones de restaurantes para comer y un listado de sitios que debían visitar antes de marcharse de la ciudad. Imposible no enamorarse, aún más si cabe, de él.

Ya en su casa, Alejandro preparó un cuscús riquísimo, y lo hizo muy rápido, era una receta que aprendió cuando compartía piso en su época universitaria en París. Me contó mientras cocinaba, que ese fue su primer viaje fuera de España, ya cumplidos los veintiún años gracias a una beca Erasmus. Allí fue donde se dio cuenta que quería y necesitaba viajar, ver el resto del mundo,

visitar todas las ciudades que pudiera, atravesar selvas y desiertos, pasear por playas perdidas y nadar en todos los mares y océanos.

En cuanto terminó la universidad fue lo primero que hizo, hacer la mochila meter cuatro cosas, según él demasiado equipaje pero fue aprendiendo que era lo necesario y lo que no con los años, y se marchó de casa. Esa vez recorrió Europa, sin dejarse prácticamente ni un país, incluyendo las islas. Estuvo unos cinco años viajando y durante ese tiempo solo volvió a España una vez, para ver a sus padres y tramitar un visado que le permitiera la entrada en Rusia.

Tras su periplo por Europa, volvió a casa y encontró trabajo en una empresa de consultoría informática en Madrid. Aguantó en la capital menos de tres años, el gusanillo de viajar empezaba a picarle de nuevo y necesitaba volver a colocarse la mochila en los hombros, las botas en los pies y ver mundo más allá del océano.

Esta vez eligió el continente americano, comenzó por Sudamérica, recorriendo la mayoría de sus países, y luego subió a Norteamérica, pasando por los países centrales, como Méjico y Costa Rica. Acabó estableciéndose en California un par de años trabajando en Silicon Valley, la cuna de la innovación. Durante ese tiempo, aprovechaba los fines de semana y vacaciones para conocer el resto del país e incluso una escapada al país vecino de Canadá.

Estando aún allí, llegó un momento en el que tuvo la sensación de que necesitaba un sitio propio, un hogar, asentarse, el gusanillo de viajar estaba dormido, y su cuerpo le pedía cierta estabilidad. No quería quedarse en Estados Unidos, así que volvió a casa de sus padres y empezó a buscar trabajo y piso. Su madre estaba loca de contenta, recuperaba un hijo en el mismo momento que su hija pequeña ponía rumbo a la otra punta del mundo para trabajar en el Instituto Cervantes de Sídney.

Alejandro se hubiera conformado con cualquier piso, pero su madre no opinaba igual y quería un sitio bonito y acogedor para su hijo. Él la dejó que hiciera y deshiciera a su antojo mientras cumpliera con sus dos condiciones, que estuviera en el centro y fuera luminoso, le daba igual el tamaño, si tenía ascensor, e incluso si parecía que se caía a trozos. Al fin y al cabo había estado mucho tiempo fuera, lejos de ella y quería permitirle volver a ejercer

de madre, dejarse querer y hacerle creer que cuidaba de él.

Y ahora aquí estaba, dos años después de su último viaje, en su hogar, en su ciudad natal, con su cabeza sobre mis piernas mientras mis dedos se mezclaban con su pelo, y veíamos una película de Julio Medem, en la que unos jovencísimos Emma Suarez y Nancho Novo pasan unos días en un camping llamado “La ardilla roja”.

Tenía el detestable presentimiento de que Alejandro no tardaría mucho en volver a irse, ya llevaba dos años aquí y por su currículum el tiempo de estar parado se estaba agotando. Cuando le conocí el maldito gusano ya estaba de nuevo vivito y coleando, y le instigaba a coger la mochila otra vez. Un bicho que conseguía que empezara a aburrirse de las cosas que en un momento dado le habían gustado, que le incomodara la vida rutinaria, que incluso le obligaba a mantener cierta distancia prudencial con las cosas o personas que le podrían retener, que hacía que le empezara a parecer inútiles las cosas que un día le parecieron indispensables.

Sus ojos parecían que se iban apagando como si necesitaran volver a ver saltos de cascadas, playas paradisiacas, ciudades secretas entre la selva, templos, ríos e islas perdidas, siendo esta la única forma de que pudieran volver a recuperar el brillo que un día tuvieron. Hasta su corazón parecía que no latía igual, era un latido como más pausado, como dormido. Empezaba a vivir con el miedo de que su piel no se volviera a erizar igual que cuando visitó los bellos lagos de Canadá.

No quise darle más vueltas, estaba conmigo en ese momento, él no había vuelto a sacar el tema del posible viaje a Asia, tampoco tenía claro si había dejado el trabajo o solo estaba vacaciones, simplemente no hablábamos de ello. Reconozco que incluso si se hubiera dado el caso habría sido yo quien hubiera evitado el tema de alguna forma. Dicen que a veces es mejor hacerse el tonto y mirar hacia otro lado, que los ignorantes sufren menos dolores en la vida. Yo quería ser una tonta e ignorante con ese tema, no quería pensarlo porque me dolía, no quería saberlo porque quizás la respuesta me mataría.

Con un movimiento imaginario aparté de un manotazo todos esos pensamientos y me centré en cómo decirle que quería que viniese a comer a casa de mis padres el jueves. Seguí la técnica que había pensado, dejarlo caer como si me hubiera venido a la cabeza la idea en ese mismo instante.

También había preparado ya una respuesta en caso de que dijera que no, lo cual era bastante probable. La ocurrencia empezaba a parecerme descabellada, invitar a un amigo a comer con mi familia al que solo conocía desde hacía apenas unas semanas. Cuanto más lo pensaba menos sentido le encontraba, pero ahí iba yo en plan kamikaze mientras Alejandro preparaba algo de cena. Me acerqué a la cocina y le comenté:

—Esa ensalada tiene muy buena pinta. Mi madre sabe hacer una vinagreta para las ensaladas para chuparse los dedos. Oye, por cierto, ¿te apetece verte el jueves a comer a casa? Será algo informal, como sabes mi hermano viene a pasar unos días y mi madre lleva una semana cocinando, habrá comida para un regimiento.

Lo dejé caer de la forma más disimulada que pude y ahora solo quedaba su respuesta. Siguió cortando los ingredientes de la ensalada en silencio, durante esos segundos me iba haciendo tan pequeña que creí que iba a desaparecer. Dejó el cuchillo, me miró y dijo:

—Me encantaría conocer a tu familia. —Se acercó a mí y me dio un beso. Entonces dejé salir todo el aire que tenía retenido en los pulmones y volví a respirar. Él no se percató de nada, volvió a coger el cuchillo y siguió cortando en juliana los tomates—. La casa de tus padres estaba en la playa ¿no?

—Sí, llévate el bañador —contesté con una amplia sonrisa en mi cara.

Y es que a veces, solo de vez en cuando, las cosas nos las complicamos nosotros mismos, cuando realmente son bastante más simples de lo que nos pensamos.

21. MI FAMILIA, MI HOGAR

La casa donde viven mis padres está en primera línea de la playa en un pueblo a menos de veinticinco kilómetros de la ciudad. Antes de ser como es ahora, era una pequeña casa de pescadores que tenía mi abuelo, el padre de mi madre, para guardar aparejos de pesca y pasar algunos días allí. Cuando mis abuelos fallecieron la casita pasó a ser propiedad de mi madre, que es hija única, y en poco tiempo surgió la oportunidad de comprar la casa de al lado, una más grande que la de mi abuelo. Mis padres decidieron vender el piso del pueblo donde vivíamos y aprovechar la oportunidad. Derribaron las dos casas, que no se aguantaban en pie y construyeron una casa familiar, con un porche, un pequeño jardín y unas vistas al mar Mediterráneo que no tenían precio.

La casa tiene dos plantas, las habitaciones que habíamos ocupado mi hermano y yo están en la primera planta, ambas tienen dos ventanales con vistas al mar, en cambio la habitación de mis padres no tiene esas maravillosas vistas, como siempre reservaron lo mejor para sus hijos. La planta baja está compuesta por una gran cocina y un salón comedor que da a un porche donde comíamos y cenábamos prácticamente todo el año. Sin olvidar el pequeño jardín que mis padres cuidan con mucho mimo y a los pies del limonero dos enanos de jardín que de pequeña vigilaba desde mi ventana, porque estaba convencida de que por la noche cobraban vida y se iban a bañarse al mar. En la segunda planta, mi parte favorita de la casa, el despacho y biblioteca de mi padre.

A mí me encanta esa casa, con su olor perpetuo a mar, la brisa, con su jardín en la entrada y su porche con sillones blancos donde he pasado tanto tiempo leyendo junto a mi padre. Dicen que los hijos imitan lo que ven día a día, yo cuando pienso en mi padre siempre me viene a la mente la misma imagen, el sentado en un sillón del porche con sus gafas un poco caídas y leyendo los libros de los clásicos griegos. Riendo con las comedias de Aristófanes y muy concentrado cuando leía a Homero, Heródoto o Sócrates.

Aún a día de hoy, nos cuesta creer que mi madre consiguiera ponerle a mi hermano el nombre de Carlos y no Ulises como se empeñaba mi padre. Conmigo lo tuvo más fácil, solo había que convencer a mi madre para poner

una hache delante de Elena, el nombre que había elegido ella previamente, y según nos ha contado siempre, cedió porque la hache es muda y el nombre sonaba exactamente igual, que si no otro gallo hubiera cantado.

La noche anterior le había enviado un mensaje a mi madre avisándole de que seríamos uno más, ya que iría acompañada de un amigo, reconozco que no la llamé para evitar la ristra de preguntas que, sin duda me haría sobre mi acompañante. El jueves, cuando llegamos a la casa, mi madre estaba en modo “On” de histeria preparando comida para unas trecientas personas, mientras esperaba que llegaran mi hermano y mi padre del aeropuerto.

Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla, ella ni se inmutó de sus quehaceres.

—Alejandro, te presento a mi madre, Mercedes, que como ves está disputando la final de “Masterchef”. —Mi madre corría de un lado a otro de la cocina para que no se le quemara lo que tenía en el fuego mientras hacía una tarta de manzana.

—¡Ay! hijo, espera que mira cómo voy, llevo toda la mañana en la cocina. Tu hermano está a punto de llegar y aún me faltan un par de cosas. —No llegó ni siquiera a mirarnos, llevaba puesto el piloto automático.

Se limpió las manos con el delantal, levantó la mirada de la tarta de manzana que estaba decorando y miró a Alejandro con los ojos demasiado abiertos, acertaría a decir. Se acercó y se dieron dos besos.

—Ostras, eres guapísimo... —Mi madre y su filtro mental defectuoso.

—Gracias, huele de maravilla —contestó sonriendo.

—¡Uy! pues sabe mejor, ya verás —dijo mi madre sin dejar de mirarle fijamente y sin ningún pudor.

—¿Y papá? —pregunté para distraerla de su minuciosa revisión a Alejandro, mientras aprovechaba para robar de uno de los platos una minicroqueta de setas.

—Se ha ido a recoger a tu hermano y a Mónica al aeropuerto. Estarán al caer. Helena, ¿por qué no le enseñas la casa a Alejandro?

—Mamá eso ya no se lleva. Nos vamos fuera al porche, cojo dos cervezas de la nevera.

No llegamos a sentarnos en los sillones, cuando mi hermano entró por la

portezuela del jardín, sin pensarlo corrí hacia él, tal y como hacía siempre que volvía a casa. Cuando llegué su abrazo seguía teniendo el mismo efecto de siempre en mí, todo estaba de nuevo bien, todo en su lugar correcto, Carlos era mi constante, me completaba y equilibraba mi balanza.

—Eh, pequeña, ¡estás guapísima! —dijo él.

Mónica estaba al lado de él, nos miraba sin sorprenderse, acostumbrada a los recibimientos efusivos que le daba a su marido. Mónica, psicóloga, siempre me decía entre risas, que era un claro ejemplo de complejo de Electra por mi devoción por los varones de mi familia. Mi padre y mi hermano eran para mí piedras angulares de mi vida. No tenía mucho en común con mi madre, su sobre protección me agobiaba, ella reclamaba mi atención para hacer cualquier cosa juntas, pero yo prefería estar con mi padre leyendo en silencio o jugar con mi hermano, aunque siempre acababa enfadada porque él siempre me acababa ganando a todo. A ver, yo adoraba a mi madre, pero éramos muy diferentes, digamos que yo era más como mi padre.

—Cada vez estáis más negros. Qué envidia dais. ¡Hola Mónica! —Le di dos besos y un abrazo, ella aprovechó para susurrarme al oído.

—¿Quién es el tío bueno que está en el porche mirándonos? —Me giré y lo miré, la verdad es que tenía razón, él estaba espectacular aquel día, bueno, ¿cuándo no lo estaba?

—Se llama Alejandro, pero solo somos amigos —dije en modo de advertencia para evitar preguntitas y comentarios.

Al principio he de reconocer que le había cogido bastante manía a Mónica, incluso antes de llegar a conocerla. Y es que no me hizo ninguna gracia que mi hermano nos dijera que se había enamorado y que se quedaba por tiempo indefinido en Tenerife. Una canaria me había robado a mi hermano y estaba dispuesta a vengarme. En el viaje que hicimos mis padres y yo para ver donde vivía y trabajaba mi hermano conocimos también a Mónica. Yo iba con el objetivo de destruir a esa mujer que había conseguido alejar a mi hermano de mí. Pero mis planes de bruja maléfica más propia de una película de Disney, quedaron en nada cuando la conocimos. Tan guapa, tan rubia, tan buena, tan simpática, y el dulzón acento canario tampoco ayudaba, además ella miraba a mi hermano con los mismos ojitos de admiración que lo hacía yo, así que no me quedó más opción que quererla, y aceptar a Mónica y su

relación con mi hermano.

—Pues la cara de tonta que pones cuando lo miras no dice lo mismo —me dijo ella.

Me tapé los ojos, como si Mónica tuviera poderes para poder hipnotizarme y empezara en cualquier momento a revelarle mis más oscuros secretos.

—No me psicoanalices, pon en modo off a la psicóloga —Le pedí sonriendo.

Mi madre apareció con el delantal aún puesto y se fue directa a mi hermano para literalmente “comérselo a besos”.

—No llores mamá —dijo mi hermano, mientras ésta seguía besuqueándole por toda la cara, solo como una madre sabe hacerlo.

Mi madre siempre llora cuando mi hermano llega y cuando se marcha. Pero nadie se extrañó, mi madre es una llorona profesional, lagrimea con todo, mi padre dice que si hubiera nacido en otra época sería la plañidera más cotizada del Antiguo Egipto.

Alejandro dejó pasar un tiempo prudencial hasta que la familia pudiera darle la bienvenida a mi hermano para acercarse a nosotros. Primero se lo presenté a mi padre, por una cuestión de jerarquía.

—Papá, él es Alejandro, un amigo. Alejandro, mi padre, Andrés.

—Es un placer, tenía muchas ganas de conocerle. Helena me ha contado cosas maravillosas de usted —le dijo mientras se daban la mano.

—Créete la mitad, mi hija tiene tendencia a la exageración cuando se trata de mí, siempre me mira con buenos ojos. —Mi padre le palmeó la espalda mientras se dirigía a mi madre para darle un beso.

—Bueno, y mi hermano Carlos y su mujer Mónica.

—Encantado de conocerlos. —Mano a él y besos a ella, como manda la tradición.

Mi hermano y Mónica se marcharon a su habitación para dejar las maletas y asearse un poco antes de comer. Alejandro se quedó en el porche con mi padre hablando, como no, de filosofía y literatura, mientras se bebían las cervezas que habíamos sacado antes, yo preferí darles algo de espacio y me fui a la cocina a ayudar a mi madre.

—Me ha parecido ver a Mónica más gordita... ¿Tú crees que...? —me comentó mi madre en voz baja.

—No lo sé, yo la he visto igual que la última vez —le dije sentada en el banco de la cocina comiendo aceitunas —, pero dijo que tenían algo que contarnos, podría ser eso.

—¡Ay! En cuanto bajen les pregunto, si no, no voy a poder probar bocado. —Mi madre y la palabra paciencia eran antagónicos.

—Mamá, déjales que lo cuenten cuando quieran, no presiones.

—¡Bah! A lo mejor no saben cómo decirlo, así les echo una mano. —Ella se lo guisa, ella se lo come.

—Cómo te las inventas para salirte con la tuya.

—Oye... y ahora que estamos solas...

—No mamá, por favor, no empieces. —Me bajé del banco de la cocina de un salto lista para huir, porque se le venía venir en plan Jorge Javier Vázquez en “Sálvame” detrás de la exclusiva de la semana.

—No, tú no te me escapas. —Me cogió del brazo para que no me pudiera alejar de ella—. Solo quiero saber si estás bien. Es muy guapo y parece un buen chico.

—Sí mamá, te prometo que estoy bien. Pero no hay nada serio, somos solo amigos.

—¿Pero amigos de esos que tienen derecho a rozarse? —me dijo mi madre muy seria.

—¿Con derecho a rozarse? ¡Ay por Dios mamá! —Me puse roja, y no sabía dónde meterme.

Carlos entró en ese momento en la cocina, mi madre me soltó y empezó a emplatar la comida, se nos quedó mirando sabiendo muy bien que ocultábamos algo.

—¿Qué está pasando aquí? Yo quiero enterarme —dijo mi hermano.

—Mamá, por favor cállate, no digas nada. —Ya tenía suficiente con sus comentarios para que también se uniera mi hermano, pero decidió ignorarme.

—Le estoy preguntando a Helena que si su amigo y ella son de esos que tienen derecho a rozarse, ya sabes siempre me acusáis de que soy una

antigua, y cuando le pregunto directamente se escandaliza, no hay quien entienda a esta chiquilla. —Maldito filtro inexistente de mi madre. Ahora ya se veía venir el cachondeo de mi hermano.

—Vaya, vaya Helena... ¿entonces te rozas con tu amigo o no? No nos puedes dejar con la duda —dijo mi hermano aguantándose la risa.

—Dejadme en paz. —Y me fui con toda la actitud de ultrajada que pude, porque me fue imposible no reírme mientras me marchaba, echaba de menos esos momentos en familia, aunque casi siempre fuera yo la damnificada.

Salí al porche huyendo del interrogatorio que se me venía encima. Mi madre seguiría preguntando cosas que me incomodaran y mi hermano pondría la puntilla a todo, así que lo mejor era irme de la cocina cuanto antes.

En el porche estaba solo Mónica hablando con sus padres por el móvil, tapó el micrófono y me dijo que mi padre y Alejandro estaban en la segunda planta. Subí las escaleras para llegar al despacho que ocupaba por completo el último piso de la casa. Es una habitación abuhardillada con un ventanal enorme que ocupa prácticamente toda una pared, desde el cual se puede ver la inmensidad del mar. En otra pared, una gran librería que llega hasta el techo, llena de libros minuciosamente ordenados. En el otro lado exactamente igual, lleno de libros, aquella sala contiene casi más volúmenes que la biblioteca del pueblo, y lo sabíamos bien porque mi madre fue la bibliotecaria durante muchos años. La mesa de mi padre de madera oscura esta prácticamente en el centro de la estancia sobre una alfombra de color crudo.

Y el lado restante es dominio de mi madre, en la pared hay colgada una reproducción del cuadro “Después del baño” del pintor valenciano Joaquín Sorolla. Una pintura que mi madre adora porque dice que le recuerda a ella y a su madre cuando esperaban en la playa a que mi abuelo volviera de pescar. Bajo la pintura hay un cheslong tapizado en blanco con una manta marrón doblada sobre él, una mesita sobre la que descansa el último libro que se está leyendo mi madre, y por último una lámpara de pie. Mi madre obligó a mi padre a crear aquel rincón para que ella pudiera estar cerca de él, porque mi padre pasaba muchas horas del día y de la noche trabajando, o simplemente leyendo en aquella habitación.

Alejandro y mi padre estaban junto al mueble fichero que había junto a una de las librerías, un mueble que mi madre consiguió hace muchos años en un

anticuario. Ella catalogó todos los libros que teníamos en casa como regalo de un cumpleaños de mi padre, cada libro que había en cada uno de los estantes estaba convenientemente catalogado y archivado, como cualquier biblioteca que se precie. Y es un trabajo que mi madre continúa haciendo cada vez que entra un libro en casa.

En aquel momento mi padre le estaba enseñando a Alejandro las fichas que había en uno de los dieciocho cajoncitos que componían el mueble.

Me coloqué junto a ellos a escuchar a mi padre y el orgullo con el que hablaba de su colección.

—He visto un par de fichas que son de distinto color, ¿tiene algún significado? —A Alejandro no se le pasaba ni un detalle.

Todas las fichas eran blancas pero de vez en cuando, exactamente en nueve ocasiones repartidas por los diferentes cajoncitos, te podías encontrar fichas de color rosa claro.

—Las fichas rosas son los libros que ha escrito mi padre —dije henchida de orgullo.

—Bueno, solo son libros de investigaciones realizadas por el departamento de la universidad que cuentan con mi supervisión y colaboración.

—Siempre se quita merito en todo lo que hace —dije mirando con cariño a mi padre.

—Bueno yo os dejo solos, me voy con tu hermano a ver que se cuenta.

—Es una habitación maravillosa, joder, es una auténtica pasada —dijo Alejandro una vez se había marchado mi padre mientras se acercaba a una de las librerías y yo admiraba a través del ventanal el color azul del cielo y del mar.

—Sí... es uno de mis sitios favoritos en el mundo.

22. ERES LA ÚNICA

Bajamos al jardín para empezar a comer todo que había preparado mi madre, ensaladas, canapés, croquetas, embutidos, y de plato fuerte, como no y en honor a mi hermano, una paella valenciana que estaba para morirse de gusto, porque es así y todo el mundo lo sabe, la paella de una madre siempre es la mejor y la que más buena está. De postre se sirvió fruta y para finalizar el banquete tarta de manzana, cafés y té.

Alejandro había monopolizado la comida, a su pesar, con el tema de sus viajes, mi hermano y mi padre no paraban de preguntarle sobre los países visitados, mi madre puso el grito en el cielo en varias ocasiones, y Mónica nos observaba en silencio, siempre viendo lo que no se ve.

Cuando ya estábamos recostados en las sillas en plan morsas marinas que no se pueden ni mover, mi madre entró al ataque.

—Bueno, Carlos, no tenías algo que contarnos. —Ahí estaba el empujoncito que me había comentado antes que mi hermano necesitaba.

—Pues lo que creo que os imagináis, que por fin estamos embarazados —lo dijo como si contara que parecía que empezaba a refrescar.

Mi madre lloró, como no, se levantó rápidamente y abrazó a mi hermano y a Mónica varias veces, tras dejarle disfrutar su primer momento como pre-abuela, nos levantamos el resto para felicitarles y empezar la retahíla de preguntas típicas, como: de cuánto estás, cómo lo estás llevando, si tienes náuseas, si ya sabéis si es niño o niña... Y entonces mi padre hizo la gran pregunta que todos nos temíamos.

—¿Habéis pensado algún nombre?

Nos echamos a reír, mi hermano tiró balones fuera diciendo que cuando supieran el sexo verían opciones. Mónica subió a echarse un rato, decía que tenía mucho sueño por el embarazo. Empecé a ayudar a mi madre a recoger un poco la mesa, pero mi padre me convenció que ya seguía él y que aprovechara para dar un paseo con Alejandro.

Siempre he creído que la playa en invierno es más bonita, he vivido en una casa frente al mar durante unos quince años, hasta que me mudé con Samuel al estudio que compartíamos en la ciudad. En verano hay mucho ambiente y

de pequeña me encantaba, pero cuanto mayor me iba haciendo más valoraba la playa en el periodo invernal, cuando era más mía. Pasear un día frío de invierno por la orilla es de las cosas que más echo de menos ahora que ya no estoy allí, y sé que estoy muy cerca, pero la rutina y el trabajo multiplican los kilómetros de distancia que me separan por tres.

Alejandro y yo salimos a pasear, la comida se había alargado bastante y ya eran las seis de la tarde. En la playa seguía habiendo bastante gente, lo bueno es que mi playa nunca ha sido como las de Benidorm que no puedes ni clavar la sombrilla, sí, utilizo el posesivo porque siempre he considerado que formaba parte de mí y de mi familia.

Colocamos una toalla y nos sentamos uno al lado del otro, yo llevaba una camiseta de manga corta blanca y el bikini debajo, y él solo llevaba el bañador.

—Me ha gustado conocer a tu familia, son todos muy agradables. Ahora entiendo mejor porque eres así. —No nos mirábamos, ambos teníamos la vista fija en el horizonte.

—¿Así cómo? —pregunté con curiosidad.

—Pues... no sé, tan especial. Venga, vamos a darnos un baño. —Palmeó mi muslo y se levantó. Automáticamente le imité, me quité la camiseta y fui tras él corriendo.

Según nos acercábamos a la orilla le avisé que nada más entrar solo habría piedras, que teníamos que continuar un poco más adentro para poder pisar arena.

—Esta playa siempre ha sido de piedras. —Le empecé a explicar mientras nos adentrábamos en el mar —. Cuando construyeron el paseo, pusieron arena artificial, yo la prefiero como era antes. Todo lo que ves no se parece en nada a como estaba cuando yo era pequeña.

—¿Tanto ha cambiado? —me preguntó cuando ya empezábamos a pisar arena e íbamos dando pequeños saltos para evitar el choque de las olas.

—Sí, antes no había paseo, solo un camino de piedras que separaba las casas de la playa, en su mayoría casitas de pescadores. No había heladerías, ni comercios, solo uno o dos restaurantes. Allí antes había unas pirámides. — Señalé una esquina donde terminaba la playa y empezaba una rambla que

separaba las playas del pueblo del vecino.

—¿Pirámides?

—Sí, como las de Egipto pero muchísimo más pequeñas, no llegaban a los tres metros de altura, aunque a mí me parecían enormes en su momento. Creo que había unas seis de distinto tamaño y eran de cemento. Me encantaba jugar entre ellas con un perro que teníamos de color negro que se llamaba Aquiles. Cuando construyeron el paseo las destruyeron, sigo sin entender por qué lo hicieron.

El agua del mar Mediterráneo raramente estaba fría, así que la temperatura y más a esas horas de la tarde era bastante agradable. Alejandro se alejó un poco de mí nadando, al rato volvió y me cogió en brazos, y rodeó su cuerpo con mis piernas.

—Estás preciosa, tienes las mejillas sonrojadas del sol y tus ojos son de un verde más claro. La playa y estar con tu familia te sienta bien.

Acerqué mi boca a la suya y nos besamos, besos con sabor a sal, a verano, con gritos de niños jugando en la arena, el sol brillando fuerte en un cielo azul celeste, olor a mar, el contacto de nuestros cuerpos en el agua, atesoro aquel recuerdo como uno de los momentos más bonitos de mi vida.

—Helena —dijo casi susurrando.

—Dime.

—¿Sientes lo invisible?

—Sí. —No tenía dudas.

No tuvimos que hablar más, de nuevo ahí estaba, “lo invisible”, esa fuerza, esa presión dentro de mí, que me decía cosas que yo no podía pronunciar porque romperían la magia y podrían destrozar lo que teníamos. No sabía si algún día todo aquello que me guardaba explotaría o simplemente se quedaría dentro y se acostumbraría a vivir ahí como enquistado.

Mi cara debía reflejar la inquietud, mi lucha interior por no poder decir aquello que en mi cabeza gritaba y luchaba por salir desde el pecho a la boca.

—¿Ocurre algo? —me preguntó frunciendo el ceño y mi respuesta fue un suspiro...

—“La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa? Los suspiros se

escapan de su boca de fresa...” ¹ —Sonreí por oírle recitar.

—No me pasa nada. —Y volví a besarle, para que mi boca quedara sellada y desapareciera la tentación de decir lo prohibido.

—Helena...

—Estoy bien, de verdad.

—No, no es eso. Es que... a ver... que tú... vamos que eres la única.

—¿La única de qué?

—Pues eso... la única. —Y volvió a besarme.

No sabía que quería decir con que yo era la única, era la declaración más rara que había escuchado nunca. Pero tampoco quería malinterpretarlo y pensar cosas que no eran, ilusionarme con palabras que no había pronunciado pero que resonaban en mi parte más inconsciente y necesitada. ¿Me estaba diciendo que estaba enamorado de mí? No lo creía, él no se enamoraba, ya me lo había dejado claro siempre que tenía oportunidad.

Puede que durante el viaje juntos yo me hubiera vuelto un poco “hippy” y dijera que no necesitaba definir si éramos pareja, amigos, o como decía mi madre amigos de esos “con derecho a rozarse”. También me estaba acostumbrando a que Alejandro decía más con gestos que con palabras, pero cuando decía cosas como las que había dicho hoy en la playa, no podía obviarlas, “sientes lo invisible”, “eres la única”, creo que era lo más sincero que había pronunciado sobre cómo se sentía hacia mí hasta el momento.

Le comenté a Alejandro que prefería quedarme en casa de mis padres hasta el domingo, para poder disfrutar más tiempo con mi hermano, y a él le pareció buena idea. Además, siendo sincera necesitaba un poco de espacio y tiempo para mí y poder digerir los sentimientos tan fuertes que tenía hacia él. Quería gestionarlos bien, catalogarlos, como hacia mi madre con los libros, para saber dónde colocarlos, darles el tratamiento y cuidados que merecen.

Al llegar a casa, me duché y subí al despacho de mi padre, aquel era el mejor lugar para pensar. No me había dicho que estaba enamorado de mí, solo había dicho: eres la única.

Cogí el diccionario de la RAE (Real Academia Española), que tenía mi padre siempre encima del escritorio, aunque era una edición vieja esperaba que sirviera para disipar mis dudas. Abrí el diccionario por el final, y en la

letra U, busqué el término “único”. Lo busqué porque yo soy así, a veces tan tonta que espero encontrar en los libros la respuesta a todo, necesitaba que un libro me dijera lo que quería escuchar o que me dijera lo que seguramente hubiera preferido no saber:

1. *Adj. Solo y sin otro de su especie*: Que no hay dos...
2. *Adj, singular (II extraordinario, excelente)*: Vaya, si se refería a esta definición significaba que le caía realmente bien.
3. *Adj. Dicho de un hijo: que carece de hermanos*: Vale, esto claramente no podía ser.

La primera definición era la que más se acercaba a lo que quería creer, pero quizás él solo se refería a la segunda, que le parecía una chica “extraordinaria y excelente”. Con el diccionario aún abierto por la letra U, y mi mirada perdida en el ventanal de la habitación, irrumpió mi padre en el despacho.

—Estaba buscándote, tu madre ya ha preparado la cena. Menos mal que la hemos convencido para que hiciera algo ligero y comer las sobras de esta mañana. ¿Qué estabas buscando? —dijo mirando el libro.

—Nada una tontería. —Y cerré el diccionario.

—Si lo consultas en el diccionario debe ser una palabra que no tienes claro su significado. Quizás pueda ayudarte.

—Buscaba la palabra única, bueno, único —respondí con la mirada baja.

—De latín *Unicus*, que solo hay uno —dijo mi padre sin necesidad de leerlo.

—Sí eso he visto, bueno, y que es excelente.

—Es una palabra con connotaciones positivas.

—Eso parece.

—¿Qué no entiendes de su definición, Helena?

—¿Qué significa que alguien te diga que eres el único para él? —pregunté en lugar de contestar.

—¿Te estás escuchando? No me creo que no sepas lo que significa. Me da la sensación que buscas algo que no vas a encontrar en un diccionario, quizás deberías preguntárselo a quien te lo haya dicho. Y vámonos para abajo que tu madre se pone nerviosa si no estamos todos en la mesa sentados para cenar.

Mi padre como siempre tenía razón, obcecarme en saber la definición de una palabra no me iba a solucionar nada, lo que realmente quiso decirme Alejandro cuando me dijo que era la única, es lo que quería saber. ¿Pero saberlo iba a cambiar algo las cosas entre nosotros? Apostaría todo al no. Yo ya me había dado cuenta en Cadaqués que él sentía algo por mí, no era tan tonta como para no darme cuenta, la cuestión era que clase de sentimientos tenía hacía mí, si eran de amistad, cariño, o algo más que todo aquello.

Con Alejandro había que hacer las cosas distintas, había que olvidar el lenguaje como nos lo enseñaron nuestros padres, y tenía que empezar a comunicarme con él con otras palabras, con las que no se dicen, con las que no se necesita la voz para hacerlas presentes. Porque si no podía decirle que estaba enamorada de él, que le quería, tenía que hacérselo notar, porque creía que era justo que él supiera que para mí también era el único. Porque solo él me había hecho sentir de aquella manera tan especial, era el único que yo quería tener a mi lado, era al único que había amado de una forma que hasta yo desconocía y que pensaba que era insuperable.

Esta vez quería hacerlo bien, no quería anularme como hice con Samuel, contestando “sí, guana” a todo lo que me decía sin cuestionar si era lo que quería yo, simplemente porque era lo más cómodo, y de paso, me evitaba alguna pelea.

Estar con mi hermano Carlos aquellos días fue genial, no sabes cuánto necesitas y echas de menos a alguien hasta que lo vuelves a ver y no entiendes cómo has estado tanto tiempo sin esa persona. Hablamos sobre cómo iba a cambiar su vida en unos meses, y es que mi hermano iba a ser padre, nos habíamos hecho adultos. Ya no éramos los niños que corrían por la playa, que se comían los helados en el porche, ya no era la niña que se iba a la cama de su hermano los días de tormenta porque tenía miedo, y él ya no era el niño que se escapaba por las noches para darse besos tumbado en la arena de la playa con la nieta de nuestra vecina.

Pero ese fin de semana con mi familia en casa me dio la paz y la calma que necesitaba, aunque mi madre se empeñara en romper esa tranquilidad con sus gritos y llantos de emoción cada vez que se acordaba que iba a ser abuela. La pobre Mónica se ganó el cielo por tener más paciencia que el santo Job, mi madre la trató aquellos días de vacaciones como si fuera un recipiente sagrado que contenía la perpetuidad de nuestra estirpe. Le controlaba lo que

comía, toda actividad física que hacía, me refiero a actividad física hasta el bajar la escalera a una velocidad mayor de lo que mi madre consideraba normal, o también llamado paso de tortuga. Mónica que era más buena que el pan, y más lista que el hambre, hacía todo lo que le decía mi madre, porque estarían allí una semana y no valía la pena hacer sufrir a su suegra innecesariamente, y además todos sabíamos perfectamente que cuando volviera a la isla, saldría a pasear, nadar y comer lo que le saliera del mismísimo.

Desde el momento que dieron la noticia del bebé que venía en camino, la cabecita de mi padre empezó a elegir nombres para niño y niña de origen griego. El espectáculo en las cenas estaba servido, mi madre ya le había dejado caer que dejara de pensar tanto, porque su nieto no se iba llamar Zeus o Atenea, pero eso ya lo veríamos, mi padre podría ser muy persuasivo, solo que había que ver la letra hache que presidía mi nombre, aquello supuso para mi padre como ganar una guerra.

Adelanto que un veintiocho de febrero nació mi sobrina, una bebé preciosa con unos grandes ojos verdes como los de mi hermano y rubia como Mónica. Le pusieron el nombre de una princesa guanche, Yaiza. Mi madre dijo que era un nombre raro pero que sonaba bonito y mi padre dijo que le gustaba que fuera un nombre con miles de años de antigüedad y su propia leyenda, como según él deben ser los nombres.

23. VIÁJAME

El domingo por la noche llegué al piso, la verdad es que hablar con mi hermano me vino muy bien, él estaba bastante preocupado porque no quería que lo volviera a pasar mal, entonces me di cuenta en la persona tan patética y deprimente que me debí convertir cuando Samuel me dejó. Tuve que dar mucha pena en su momento para que ahora todos los que me sufrieron durante ese tiempo, estuvieran tan preocupados al verme ilusionada de nuevo. Entonces supe que no quería hacerles volver a pasar por eso, que tenía que mostrarme más fuerte con las adversidades que pudieran llegar, hacerles frente, pero no solo por ellos, también por mí. No me gustaba la persona en la que me convertí, y pasara lo que pasara, me había propuesto que no iba a volver a serla nunca más.

Pablo seguía en Asturias con sus padres, y a Ana la encontré en su habitación mirando unas cosas con el ordenador, toqué la puerta entreabierta y asomé la cabeza.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Sí claro. No te he oído llegar. ¿Qué tal está tu hermano? —dejó de prestar atención a lo que estaba haciendo y giró la silla hacia mí, que me había sentado en su cama.

—Muy bien, ¡voy a ser tía!

—¡Enhorabuena! Eso es genial. —Se levantó, se sentó a mi lado y me abrazó.

—Sí, estamos muy contentos. ¿Qué estabas haciendo?

—Pues he pensado matricularme en un Máster de Fisioterapia Pediátrica, ¿qué te parece? Empezaría en septiembre. No tengo mucho tiempo con el trabajo, pero creo que si cambio algunos turnos en la clínica podría sacarme el título en un par de años —lo dijo como dudosa, no la veía convencida del todo.

—Me parece muy buena idea, y creo que se te va dar genial, tienes unas manitas que valen oro.

—¿Si?, ¿tú crees?

—Claro, tu puedes con eso más.

—Gracias, necesitaba oírsele a alguien.

—Por cierto, ¿has cenado ya?

—No, pero hoy estoy vaga, ¿una pizza para las dos?

—Perfecto, yo me encargo.

Dejé la mochila en mi habitación con las cuatro cosas que me había llevado a casa de mis padres, y le mandé un mensaje a Alejandro comentándole que ya estaba en el piso y que si le apetecía podíamos vernos mañana.

Ana y yo cenamos y comentamos de nuevo como se notaba la ausencia de Pablo en el piso, y relativamente pronto cada una se fue a su habitación, ella trabajaba al día siguiente y yo estaba bastante cansada por los días que había pasado en casa de mis padres.

Cuando estaba a punto de meterme en la cama después de una ducha y lavarme los dientes, llegó al móvil la respuesta de Alejandro a mi mensaje:

“Perdona por no haber respondido antes estaba tomando una cerveza con un amigo. Claro que nos vemos mañana. Buenas noches. Un beso.”

Y más feliz que una perdiz me quedé dormida, eso sí, con mi persiana bien bajada para que no entrara ni un rayito de sol, quería dormir hasta que mi cuerpo dijera basta. Además esa noche no tenía a nadie junto a mí para despertarme entre besos y caricias, así que nada mejor que oscuridad absoluta. Para no ver que esa noche, lamentablemente, no compartía espacio con Alejandro.

Me levanté tarde y malcomí una ensalada bastante triste, pero no había riesgo de desnutrición tras pasar cuatro días comiendo en casa de mis padres, estaba segura de que tenía reservas para bastante tiempo. Alejandro me mandó un mensaje diciendo que me pasara por su casa sobre las siete, estaba de limpieza general del piso y tenía ganas de verme.

A las siete y media llegaba a su portal, había ido en metro pero no recordé que en el mes de agosto hay horario reducido, así que me tocó esperar un buen rato en el arcén hasta que pasara el metro que tenía que coger. Por suerte, Alejandro hacía tiempo que dejó de tenerme en cuenta mi problema con la puntualidad, me solía decir: “con lo alemana que eres para algunas cosas y no entiendo cómo eres tan impuntual”, yo le contestaba que era por mi sangre española que luchaba contra el entorno hostil alemán en el que

vivía de lunes a viernes y esa era su forma de sublevarse.

Tras subir los tres pisos de escaleras, como siempre, un Alejandro espectacular me abrió la puerta, sin camiseta, tocándose el pelo y descalzo, no exagero si digo que estuve a punto de quitarme las bragas antes incluso de cruzar la puerta de entrada. Me di cuenta al verlo lo mucho que le había echado de menos y las ganas que tenía de ponerle las manos encima y que él hiciera ídem conmigo. Creo que el estar varios días sin verle me había nublado la razón, habíamos hablado por teléfono intercambiado mensajes, pero por lo visto nada de eso era suficiente cuando se trataba de él.

Mi cerebro se desconectó dejando que mi cuerpo y mi inconsciente controlaran la situación. Crucé el umbral y me abalancé sobre su cuerpo para besarle como si hubieran pasado años sin verle. Coloqué mis manos en el elástico de su pantalón corto y sin dilación se lo bajé hasta los tobillos.

—Mejor cierro la puerta antes, a ver si va salir la señora Vicenta que ya verás como al final nos la cargamos de un infarto —se inclinó hacia mí y pasando un brazo junto a mi cuello cerró la puerta de un golpe—. ¿Dónde nos habíamos quedado?

Coloqué mis manos sobre su pecho y fui bajándolas muy lentamente para que quedara grabado en las yemas de mis dedos el tacto de su piel. Seguí descendiendo hasta coger su erección, estaba muy dura como si supiera que era lo siguiente que iba a ocurrir y lo esperara expectante. Le empecé a dar castos besos en los labios mientras mi mano subía y bajaba por su longitud, aproveché que entreabría la boca de placer para ponerme de puntillas y meter mi lengua en su boca, él colocó una mano en mi nuca y me apretó contra su boca para besarle con más ganas, como si me estuviera violando la boca.

—Helena, más, quiero más, chúpamela.

Dejamos de besarnos y fui recorriendo su cuello, su pecho y su abdomen con mi lengua hasta tener al protagonista de su excitación a la altura de mi boca, la cogí con una mano y mientras con la otra masajeara sus testículos. Le di un beso en la punta, levanté la vista para mirarle, me respondió con una mirada morbosa que me hacía sentir un ser tremendamente sexual. Me la metí lo más profundo que pude, hasta rozar la campanilla, como sabía que a él le gustaba y sentí automáticamente como sus piernas se tensionaban y se le ponía más dura aún, repetí el movimiento varias veces más, puso los ojos en

blanco y echó la cabeza hacia atrás. Yo le provocaba esa reacción y sentía casi más placer que si él mismo me estuviera tocando.

—Joder Helena. Creo que será mejor que te quites la camiseta —dijo con la respiración entrecortada.

Mientras le obedecía, se empezó a tocar, tras varias sacudidas, gruñó y se derramó sobre mi pecho, yo no podía apartar la mirada de su rostro estaba como hipnotizada. Abrió los ojos y me miró en silencio con el gesto serio, yo me quedé quieta, sin poder articular palabra.

—Eres preciosa. He pensado en ti todos estos días, en lo que te haría cuando te viera hoy, y como siempre me pasa contigo, la realidad supera mis expectativas. —Me ayudó a levantarme y me besó—. Ven vamos a limpiarte.

Yendo de su mano hacía el baño me di cuenta que aún no había pronunciado ni una palabra desde que había llegado a su casa, pero le había dado a entender lo que importaba: las ganas que tenía de verlo y lo mucho que lo deseaba.

En el baño me terminó de desnudar con mimo, como si adorase cada parte de mi cuerpo. Nos metimos en la ducha y me limpió con una esponja mientras besaba cada rincón con el que su boca se encontraba.

Nos metimos en la cama desnudos, abrazados, entre sábanas blancas que olían a limpias y a días de verano. Estaba enamorada de él y otra vez tenía esa sensación de querer sacarlo todo y no poder. Y en ese instante se me ocurrió, supe lo que necesitaba que me hiciera, quería que me viajara. Lo que más amaba él en el mundo era viajar, pues eso es justo lo que quería que hiciera conmigo.

—Viájame, Alejandro.

—¿Cómo? —contestó abriendo los ojos azules más de lo normal.

—Quiero que viajes por mi cuerpo, que no te dejes un rincón por visitar, que te quedes el tiempo que necesites en el lugar que más te guste, que pruebes lo que te apetezca.

Me miró serio y callado, frunció el ceño, aquello significaba que su cabeza estaba dándole vueltas a lo que le había pedido, y que algo no le encajaba, noté por primera vez desde que lo conocí, que estaba bloqueado, no sabía qué hacer.

—Te estoy pidiendo que recorras mi cuerpo como si fuera un país en el que no hayas estado jamás, como si lo visitaras por primera vez. Yo te aseguro que cada poro de mi piel te recibirá como un habitante amable y hospitalario, porque necesito que me mires, me pruebes, me explores, me toques y me descubras. Viaja como has hecho tantas veces, pero hazlo de mí. —Aparté las sábanas que nos cubría y con ellas aparté sus dudas también.

Me quedé tumbada boca arriba, completamente desnuda, inmóvil y con los ojos cerrados. Sentí como el colchón se hundió junto a mí por su cambio de postura y empecé a notar como sus dedos empezaban a mezclarse entre los mechones de mi cabello.

—Me encanta tu pelo, largo y castaño. Cuando el sol se refleja en él, sobre todo por las mañanas cuando descansa sobre mi almohada, parece mucho más claro y rubio. Me gusta cuando apoyas la cabeza sobre mí, y cae cada mechón sobre mi pecho como si fuera las cascadas de Iguazú en Argentina.

No me atreví a abrir los ojos, me bastaba con oír como su voz rompía el silencio de la habitación. Estaba expectante por cual iba a ser el próximo lugar en mi cuerpo que iba a sentir el tacto de sus dedos.

—Tus ojos, esos que sé que no puedes apartar de mí y que consiguen que me sienta como si fuera la única persona, incluso en un lugar repleto de gente. Cuando veo mi reflejo en tus ojos... —Calló un momento—, crece en mi pecho la misma necesidad que tuve cuando me asomé para verme reflejado en las aguas cristalinas del Lago O'Hara en Canadá, sumergirme en ellas sin importarme su profundidad y peligro.

Con solo un dedo trazó un camino desde mis ojos hasta mi boca, pasando por el contorno de mi nariz y sentí a su vez como su lengua lamía mi cuello muy lentamente.

—El sabor de tu piel es como el salar Uyuni en Bolivia y tu boca... —Se quedó callado unos segundos mientras su dedo tocaba mis labios—. Tu boca es mi perdición, es como el Oasis Huacachina, en mitad del desierto en Perú, que aparece de la nada para apaciguar la sed del viajero.

Su lengua sustituyó a sus dedos en mis labios. Acariciando su contorno e introduciéndola en mi boca. Se separó muy poco, y volvió a hablar, sus labios aún tocaban los míos y cuando pronunciaba las palabras notaba su vibración, respirábamos el mismo aire.

—Un lugareño me contó la leyenda del oasis. La triste historia de una joven llamada Huacay China, que se enamoró de un guerrero que murió en la guerra. Cuando Huacay se enteró de su muerte se fue a llorar al sitio donde lo vio por primera vez, lloró tantos días que se formó una pequeña laguna. Un día pasó un guerrero cerca del lugar y vio a la joven, ésta se tiró a la laguna. El guerrero la esperó durante horas a que saliera, y de repente emergió del agua, se había convertido en una sirena. La leyenda cuenta que las noches de luna nueva, la joven sirena sale de la laguna para llorar a su amado guerrero.

Me besó como nunca lo había hecho antes, lentamente pero con mucha intensidad, como si fuera algo necesario para poder seguir respirando, como si fuera un viajero que estuviera a punto de morir de sed y tuviera que beber de mí para salvarse.

Separó su boca, pero no pude evitar que mis labios se resistieran a abandonar los suyos, y me incliné para seguir besándole, cogiéndole por la nuca para que no se alejara, pero él se separó lo suficiente para que mi cabeza volviera a descansar sobre su almohada.

—No me entretengas que me queda mucho camino por delante. —Besó la punta de mi nariz, sonreí, volví a mi inmovilidad y cerré los ojos.

—La siguiente parada la vamos a hacer en tus pechos, aquí creo que me quedaré algo más que una eternidad. Imposible cansarse de las vistas de unas montañas gemelas que rozan la perfección como las de Quan Ba, en el Noroeste de Vietnam que forman una puerta celestial.

Mientras hablaba de la leyenda del Hada de las montañas de Vietnam, sus dedos jugaban con mis pezones, consiguió que mi cuerpo no pudiera evitar estremecerse. Entonces su lengua sustituyó a sus dedos de nuevo, lamiéndolos e incluso rozándolos con los dientes. Nunca había sentido antes un placer así, era como si estuviera a punto de abandonar mi cuerpo, una mezcla perfecta entre lo sexual y lo espiritual. Creo que no había palabras en el diccionario para expresar las sensaciones que experimenté aquella tarde.

Sus dedos bajaron por mi costado, rozando mis costillas, gesto que consiguió que me moviera por las cosquillas que me hacía, y no pude evitar reírme un poco.

—Tu risa... La mejor melodía que puede existir. El himno de un país que sería famoso porque todos sus habitantes serían felices y solo sabrían llorar

por emociones bonitas.

Cambió de posición, noté sus manos en mis rodillas que me obligaban a flexionarlas y a abrirme ante él, quedándome totalmente expuesta. Colocó su mano justo donde acababan mis pechos y fue bajándola recorriendo el vientre hasta mi vértice.

—Y al pie de las montañas gemelas el valle fértil de tu vientre, plano, suave, perfecto, llanura que me indica el camino que debo de seguir. Y por fin... — Y sus dedos acariciaron mi ya mojada abertura —, encuentro el paraíso, uno comparable a El Dorado, Shangri-la, Atlantis, Camelot, Oz, Xanadú, todos lugares míticos, mágicos, llenos de armonía, con una energía cautivadora y de una belleza extraordinaria. Pero el lugar que ahora tengo frente a mí es real, no es fruto de la creación literaria, producto de nuestra imaginación que tiende a inventar paraísos donde poder evadirse, lugares inventados, inalcanzables y utópicos. Este lugar es real, lo puedo ver, tocar, saborear... He recorrido un largo camino entre cascadas, montañas, rutas y valles solo para llegar hasta él. Y tengo que decir que vale mil veces la pena, aunque tuviera que pasar peligros que atentaran a mi propia vida.

Gracias a todos los Dioses habidos y por haber, que se detuvo allí, se tomó el tiempo necesario para conseguir que me recorriera uno de los mejores orgasmos que he sentido en mi vida. No se dejó ni un solo rincón con su lengua, sus dedos entraban y salían con un ritmo constante, y a su vez con uno de ellos presionaba con la fuerza perfecta el clítoris, mientras su lengua seguía haciendo acto de presencia, e inevitablemente me arqueé sobre su cama sintiendo que moría de tanto placer.

Aún no me habían abandonado del todo las sensaciones del orgasmo, cuando sus manos siguieron bajando acariciando el interior de mis muslos, rozando el largo de mis piernas, según él tan largas como la ruta 66, que cruza Norteamérica de este a oeste.

Sin salir de entre mis piernas se recostó sobre mi cuerpo apoyando sus manos a ambos lados de mi cabeza, abrí los ojos y bajó su cara para volver a besarme con mi sabor en sus labios, mientras tanto, notaba como su erección quería introducirse en mí.

—Dios Helena. Eres perfecta par... Eres perfecta.

No se me pasó por alto lo que estuvo a punto de decir, aunque retrocedió en

sus propias palabras, escuché perfectamente ese “para mí” que no llegó a pronunciar. Casi lo dijo en voz alta, casi me dijo que “era perfecta para él”, pero calló justo a tiempo.

Noté como entraba y salía mi cuerpo, como siempre lo iba acogiendo, acomodándose a él, como si mi interior estuviera hecho a su medida.

—Estar dentro de ti es como volver a casa —me susurró con su característica voz ronca cargada de sensualidad.

Giramos en la cama y quedé sobre él, me movía lentamente, y por primera vez tuve la sensación de que no estábamos follando como si fuera el fin del mundo, sus dedos no se clavaban en mi cadera desesperadamente, más bien me acariciaban la piel. Estábamos haciéndonos el amor, amándonos con cada movimiento, con cada roce, cada vez que entraba y salía de mí era una declaración de amor, y derramé una lágrima resultado de lo completa que me sentía, aquello era más que sublime, no era terrenal. Siguiendo un ritmo lento y compenetrado llegó al orgasmo y me abrazó fuerte, muy fuerte, como si tuviera miedo de que desapareciera de entre sus brazos en cualquier momento.

Puedo asegurar sin duda alguna, que nunca me había sentido así con alguien como aquella vez, en aquel momento fuimos uno, llenos uno del otro, nos lo habíamos dado todo, nos lo habíamos dicho todo sin hablar. Dormimos abrazados, desnudos y sentí paz conmigo misma por primera vez desde hacía mucho tiempo. Habían desaparecido las ganas de gritar que le amaba, ya no sentía esa presión en el pecho, todo había salido mientras hacíamos el amor. Pero aquella sensación solo duró lo que tardó en volver a salir el sol al día siguiente.

24. ¿MIEDO?

No había que ser muy listo para saber que a Alejandro le ocurría algo aquella mañana, desde que se había despertado, estaba raro, apático e incluso algo desagradable.

No hubo caricias en la cama cuando me desperté, porque él ya se había levantado para salir a correr, y lo sé no porque me lo dijera, si no por la nota que me dejó sobre una de las mesitas del dormitorio. Decidí no levantarme y esperarle para ducharnos juntos y desayunar, pero cuando entró en su casa se limitó a hablarme con gesto serio.

—¿Aún estás en la cama? Tú sí que sabes vivir. —No entendí bien lo que quiso decir, o simplemente no quise entenderlo y me limité a obviar el tono cargado de ironía que utilizó.

—¿Nos duchamos juntos? —Pensé que en este tipo de situaciones lo mejor era hacerse la tonta.

—No, me apetece una ducha rápida y tranquila. Si quieres ve desayunando. Si finalmente decides levantarte de la cama.

No conocía esta nueva faceta de desdoblamiento de personalidad de Alejandro, en cuestión de horas había pasado de ser un hombre, podríamos decir que enamorado, a uno que parecía que no le importara que me atropellara un camión.

A pesar de sus “cariñosos” comentarios matutinos, preparé el desayuno para los dos, zumo de naranja, café, tostadas, y algo de fruta pelada y cortada en trocitos. Él salió del dormitorio descalzo con un pantalón corto y el pelo goteándole agua por los hombros, imagen que consiguió que casi se me atragantara la tostada. Se acercó a la mesa pero no llegó ni a sentarse, cogió el vaso del zumo de naranja y se lo bebió de un trago ignorando el resto de desayuno que había en la mesa.

No quería darle más importancia que la que podría tener su mal humor, quizás se debía a algo que se había enterado y que tenía toda la pinta de que no iba a compartir conmigo. Intenté comunicarme con él durante el tiempo que dio vueltas por la casa, entrando y saliendo de las diferentes habitaciones, pero a mis repetidas preguntas, ¿estás bien?, ¿seguro que no te ocurre nada?,

¿ha pasado algo?, ¿he hecho o dicho algo que te ha molestado?, etc., su respuesta siempre era la misma “no me pasa nada”, que luego evolucionó a “no es nada, solo me duele la cabeza”. Pronto me di cuenta que insistiéndole no iba a conseguir que me lo contara, estaba cerrado en banda a comunicarse conmigo.

Tras una inexistente conversación, se metió en el dormitorio y salió a los pocos minutos vestido para salir.

—Me tengo que ir a hacer unas cosas —me dijo sin llegar ni siquiera a mirarme a la cara.

—Espera un segundo, me visto y te acompaño. —Me levanté de la silla para ponerme en marcha.

—No, prefiero ir solo. Si quieres puedes darte una ducha tranquilamente.

—Pero... ¿Quieres que te espere o mejor me voy a mi casa? No sé qué debo hacer porque no entiendo que está pasando.

—No pasa nada, ya te lo he dicho, tengo que ir a unos sitios y prefiero ir solo —contestó fríamente.

—Me parece perfecto, mejor me voy a mi piso, y luego si te encuentras mejor y quieres, me llamas. —Mis palabras salieron más firmes de lo que me esperaba, ya me estaba cansando de hacerme la tonta.

—Perfecto, cierra bien cuando te vayas. —Su tono no fue mucho más agradable que el que yo había utilizado un segundo antes.

No me dio tiempo ni a contestarle cuando ya había cerrado la puerta y escuché sus pasos bajando las escaleras. Recogí el desayuno de la mesa, me vestí y me marché de su casa con un cabreo de tres pares de cojones. Eran las diez de la mañana y aunque el sol no daba tregua decidí volver a mi piso dando un paseo y aprovechar para repasar mentalmente que había pasado en las últimas veinticuatro horas, porque obviamente me estaba perdiendo algo, y parecía ser que yo era la única de los dos que no se había enterado.

No entendía que había pasado para que él estuviera tan raro esa mañana, cuando me dormí estaba en el cielo, y cuando me desperté me encontré en el puñetero infierno. No habíamos intercambiado ni una palabra cuando Alejandro ya no era el Alejandro de siempre, bueno el de las últimas cuatro semanas, el único Alejandro que yo conocía.

Lo que tampoco me encajaba es que él siempre presumía de ser sincero y honesto, que las cosas se dicen como son, que no hay que engañar ni disimular porque haciéndolo solo se consigue complicar, lo que a priori, es bastante simple. Y hasta ese día al menos, había sido coherente con lo que decía que era su seña de identidad, la sinceridad.

Llegué al piso sin haber conseguido ningún atisbo de luz que me hiciera ver que al menos su comportamiento estaba justificado, seguía un poco perdida respecto a su repentino cambio de actitud, pero bueno, quizás no valía la pena darle más importancia de la que podía ser “tener un mal día”.

Me di una ducha y me tumbé en la cama a leer, más tarde comí un sándwich de jamón york y queso, que era lo único que había en la nevera que no tenía pinta de estar caducado y de poder salir por su propio pie del estante. Decidí ver la tele con el objetivo de distraerme, aunque no sirvió de mucho porque no conseguí sacármelo de la cabeza, al rato llego Ana del trabajo.

—¿Helena?, no esperaba verte aquí —dijo nada más verme en el sofá del salón hecha un ovillo.

—Ya... Yo tampoco esperaba estar aquí la verdad. —Ni siquiera aparté la vista de la televisión.

Ana dejó el bolso en la mesa del salón, me apartó los pies del sofá y se hizo un hueco para sentarse a mi lado.

—¿Ha pasado algo? ¿No estabas en casa de Alex? —preguntó.

—Estaba, pero esta mañana Alejandro ha mutado de encantador a desagradable, incluso antes de desayunar.

—¿Y eso? La verdad es que nunca he visto a Alex enfadado.

—No estaba enfadado, más bien molesto con el mundo o solo con mi presencia, no sé. La cuestión es que no ha pasado nada, al menos que yo me haya enterado. Ayer estábamos de puta madre y esta mañana todo parecía ir de mal en peor.

—No sé, a lo mejor no se encontraba bien.

—Eso me decía, que le dolía la cabeza, pero no sé, tengo la impresión de que algo se me escapa. Vale que no lo conozco desde hace años luz, pero sabes que hemos estado juntos prácticamente las veinticuatro horas de casi los últimos treinta días.

—Bueno, no le des más vueltas. Luego le llamas a ver qué tal se encuentra.

—Sí.

—Me cuentas luego, ¿vale?, estoy cansada, me voy a acostar un rato.

—Claro, descansa.

Quizás Ana tuviera razón y no había que darle más vueltas de las necesarias, pero me daba cierto miedo llamarle y que su actitud siguiera siendo la misma, preferí enviarle un mensaje lo más políticamente correcto posible, es decir, iba a hacerme la tonta de nuevo por el bien común:

“Hola, espero que te encuentres mejor. ¿Te apetece que cenemos esta noche?”

Durante las siguientes dos horas de haber enviado el mensaje no obtuve respuesta alguna, y casi prefería que mi móvil hubiera seguido en silencio, porque su contestación era lo que me faltaba para rematar el día, la guinda del pastel.

“Estoy mejor, gracias. Nos vemos otro día, he quedado con una amiga para cenar. Un beso”

Un agujero se abrió bajo mi pies, había quedado con “una amiga” a cenar, ¿qué significaba todo aquello?, ¿qué estaba pasando? Estaba cabreadísima, solo quería ir a su casa y decirle que era un gilipollas que iba de sincero y transparente, pero que realmente era un cabronazo y un capullo. No tenía ni idea de lo que estaba pasando por su cabeza, quizás se había cansado de mí y me había dado puerta, pero el Alejandro que yo creía conocer me lo hubiera dicho claro, no hubiera formado este teatro de la nada y sin sentido alguno.

De pronto el piso me ahogaba, le dije a Ana que me iba a la estación para coger un tren e ir a casa de mis padres para poder despedirme de mi hermano que se iba al día siguiente. Puse mi mejor cara para que no se diera cuenta de cómo realmente me encontraba por dentro, no quería implicar a Ana, ella, al fin y al cabo, era su amiga, y yo estaba en aquel momento muy cabreada, así que seguramente nada bueno podía salir de mi boca.

—¿Has llamado a Alejandro?, ¿está mejor? —me preguntó Ana antes de que me marchara.

—Sí, está mejor, pero prefiere quedarse a descansar un poco, así que

aprovecho y me voy a casa de mis padres —mentí como una bellaca.

—Muy bien, ya hablamos.

Tras una hora más o menos de haber salido del piso, estaba entrando en casa de mis padres. Mi hermano y Mónica estaban sentados en el porche del jardín bebiendo una cerveza, la de ella por supuesto sin alcohol.

—Hola —saludé con la mejor cara que pude.

—Que sorpresa, no te esperábamos hasta mañana —dijo Mónica.

—No tenía plan para esta noche y he preferido venir antes y pasar más tiempo con vosotros —dije mientras me sentaba en uno de los sillones.

—¿Alejandro no ha podido acompañarte? —preguntó mi hermano mirándome directamente a los ojos.

—No, tenía cosas que hacer. —Ya me había pillado, sabía que había huido y ahora también sabía de quién. Decidí que lo mejor era cambiar de tema—. ¿Y los papás?

—Se han ido a pasear y a comprar helado para esta noche —me contestó mi hermano.

Intenté no pensar que estaría haciendo Alejandro en aquellos momentos, quizá la amiga con la que había ido a cenar fuera la chica que nos encontramos aquella noche junto a su portal. Ardía de rabia solo de pensar que pudiera estar con ella, o con cualquier otra, me cabreaba soberanamente, me dolía que prefiriera estar con cualquier otra persona que conmigo. Obviamente no podía dejar de pensar en él.

Decidí no contestar a su mensaje incendiario, y no sabía si había hecho bien o habría sido mejor contestarle lo que pensaba en aquel momento. Siendo sincera si le hubiese respondido al segundo le hubiera mandado bien lejos a un lugar nada agradable y le habría invitado amablemente a que se metiera cualquier verdura con forma fálica por su precioso culo, así que creo que lo de no dar una respuesta inmediata fue lo más maduro y acertado. Mi cabeza iba a echar humo de un momento a otro de tanto darle vueltas a las cosas.

—Tierra llamando a Helena. —La voz de mi hermano como sumergida interrumpió mis pensamientos dignos de una psicópata obsesiva.

—Perdona, no te había oído, dime —respondí.

—Es la tercera vez que te llamo. ¿Dónde estás? Porque está claro que solo estás en cuerpo presente.

—Lo siento, estaba pensando tonterías. —Entonces me di cuenta de que Mónica ya no estaba en el porche con nosotros —. ¿Y Mónica?

—Se ha ido dentro a echarse un poco antes de cenar, tiene sueño todo el día, parece que vivo con una marmota.

—Dicen que es normal que las embarazadas tengan sueño los primeros meses.

—Helena.

—¿Qué?

—¿Me vas a decir que te pasa o tengo que seguir haciendo creer que no sé que estas preocupada por algo?

—Joder, que asco das, ¿no? —Sonreí y me senté junto a él en el sofá en el hueco que había dejado Mónica al marcharse —. Pues... a ver... Alejandro está raro conmigo.

—¿A qué te refieres con raro? —me preguntó tras dar un trago a su cerveza.

—Pues no sé, algo ha pasado y no me he enterado. Ayer estábamos muy bien, de hecho más que muy bien. Por primera vez sentí que hacíamos el amor, que conectábamos de una manera... no sé cómo explicarlo, era más que algo físico. Supe que él sentía algo por mí al igual que yo por él, sin ni siquiera hablar. ¿Sabes a qué me refiero?

—Creo que sí.

—Y esta mañana, se ha levantado y era otro, más frío, como si mi sola presencia le incomodara, nunca había sido tan seco conmigo. Y para colmo me dice que esta noche ha quedado a cenar con “una amiga”.

—¿Qué tipo de relación tenéis? —dijo y me pasó su botellín para que bebiera.

— A ver, nunca nos hemos sentado a definir que tenemos, pero desde que nos conocimos hace un mes, prácticamente no nos hemos separado para nada, hemos dormido juntos casi todos los días, incluso nos fuimos de viaje. Un día me comentó que quería que supiera que con él todo era sencillo, que le gustaba estar conmigo y cuando él estaba con alguien solo le interesa la

persona con la que está, y el día que ya no quisiese sería claro conmigo. Así que yo creo que en cierta manera algo éramos.

—Ya, ¿y has pensado que quizás ha sentido algo de miedo?

—¿Miedo de qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—A enamorarse.

—¿Cómo? —Seguía sin quitarme el gesto de la cara.

— En la comida en casa dio a entender de que le gustaba ser libre, viajar, no atarse a nada y demás. No parecía de esos tíos que se suelen enamorar, y por lo que me cuentas, creo que le ha dado algo de vértigo sentir algo por ti. Parece ser que ha emprendido una huida para alejarse de lo que le da miedo, es decir, tú Helenita.

—¿Tú crees?

—Sí, los hombres podemos ser muy imbéciles a veces.

Mi hermano me había abierto una puerta, una posibilidad que yo ni siquiera había contemplado, ¿Alejandro acojonado por sus sentimientos hacia mí? Recordé entonces la conversación que mantuvimos en Cadaqués sobre el amor, cuando me preguntó si yo tenía miedo de volver a enamorarme, me acuerdo que mientras hablábamos de ello tuve la sensación de que era él quien realmente tenía miedo de llegar a sentir algo.

Cené con mi familia en un estado de ausencia casi total, mi conversación se limitó a respuestas con monosílabos y mi padre me miraba con esa mirada de “sé que te ocurre algo”. Antes de que me pudiera abordar y preguntarme, me subí a mi antigua habitación alegando que estaba cansadísima y muerta de sueño.

Que Alejandro tuviera miedo al amor, me sorprendía, bueno me extrañaba más bien el hecho que él tuviera miedo a algo. Siempre hablaba con seguridad, con calma, tan pragmático, hasta esta mañana. Quizás mi hermano estuviera en lo cierto y esa era la respuesta a su comportamiento.

¿Enamorado de mí? A ver, idiota no era, yo sabía que algo había y además de las ganas de meterme mano a todas horas, cariño sí que daba por supuesto que me tenía, pero es que él siempre me pareció tan inalcanzable, tan perfecto, y yo tan... tan... “Helena, la chica que dejan por otra”.

Pero no era el momento de despreciarme, y lo que decía mi hermano no era

tan descabellado. Tenía sentido, la noche anterior había sido muy intensa para los dos, incluso para mí, que ya era consciente de mis sentimientos, me había incluso sobrepasado un poco, y no había que olvidar lo que dijo de que era perfecta para él, aunque no llegara a pronunciar cada una de las palabras.

Visto lo visto, parecía que tenía todas las papeletas de que la razón fuera esa, y Alejandro estaba huyendo de lo que sentía, estaba huyendo de mí, pero yo no estaba dispuesta a dejarlo marchar. Decidí que lo mejor que podía hacer era mandarle un mensaje antes de dejar de darle más vueltas e intentar dormir.

“Buenas noches Alejandro, estoy en casa de mis padres, he venido a despedir a mi hermano. Ya hablamos. Un beso”

No esperé su contestación, si es que decidía responder que ya lo dudaba. Apagué el móvil, lo dejé en la mesita, me giré hacia el otro lado para perderlo de vista y cerré los ojos, mañana sería otro día, y solo esperaba que algo mejor.

25. TODO ESTÁ BIEN

“Buenas noches, siento lo de hoy. Sé que estás en casa de tus padres me lo ha dicho Ana. Mañana cuando se vaya tu hermano puedo pasar a por ti. Aún te debo dos fotografías. Un beso”

Este mensaje fue lo primero que leí aquel miércoles por la mañana, y a continuación un mensaje de Ana.

“Hele, Alejandro ha estado aquí, estaba raro, le he dicho que estabas en casa de tus padres. ¿Va todo bien? Un beso.”

Parece ser que cuando yo apagué el móvil para no saber si respondía o no, él ya había ido a mi piso y ya sabía que me había marchado. Entonces, ¿y la cena?, y ¿”su amiga”?, quería saber muchas cosas, entenderlo, pero no podía contestar aún a su mensaje ni llamarle. Al menos había reconocido que se había comportado como un imbécil conmigo y lo sentía, pero lo de la cena con una amiga no se me olvidaba. ¿Habría pasado algo con ella y luego había ido a buscarme a casa porque se había dado cuenta de que era un error?, su mensaje era de las 23:30 horas, prácticamente después de enviarle yo el mío, ¿ya había terminado de cenar? o ¿quizás finalmente no habían quedado? Dudas y más dudas.

Contesté únicamente a Ana dándole las gracias, le dije que todo estaba bien y que ya hablaríamos cuando volviese al piso esa noche o mañana.

A ver, siendo sincera, tenía claro que iba quedar con él, no iba a dejar que se alejara de mí tan fácilmente, pero quería hacerle sufrir un poco como él me lo había hecho a mí. Así que dejé el móvil en mi habitación para evitar tentaciones y me fui a pasar la mañana a la playa con mi hermano y Mónica para tomar un poco el sol y nadar.

Comimos toda la familia juntos, y llegó el momento de la despedida de mi hermano, odiaba que tuviera que marcharse tan lejos de nuevo.

—Cuídate mucho Helena, por favor —me decía mi hermano al oído mientras le abrazaba fuertemente.

—Sí, no te preocupes de verdad. —Sabía que por mucho que intentara disimular, él estaba ya preocupado.

—Llámame cuando quieras, en navidades intentaremos vernos y si no

cuando nazca el bebe coges un avión y vienes a Tenerife.

—Eso por supuesto, ¡allí estaré para conocer a mi sobrina!

—¿Sobrina? —Miró a Mónica como si ésta le hubiera ocultado algo.

—Eh, que yo no sé nada —contestó ella con las manos levantadas indicando que era inocente de toda acusación.

—No, no, solo es que quiero tanto que sea una niña que ya hasta me lo creo —le contesté.

Mónica se acercó y nos abrazamos, me agaché para darle un beso en la barriga y le hablé a la altura de su ombligo.

—Pórtate bien con mamá y no te preocupes que defenderé tu honor y conseguiré que el abuelo no te ponga un nombre muy raro.

—Helenita, cariño, llámame cuando necesites hablar, ¿vale? —me dijo Mónica con su mirada de psicóloga que tanto miedo me daba antes de acercarse a consolar a mi madre, que como no, lloraba a moco tendido.

Cuando mis padres se marcharon para llevarles al aeropuerto le envié un mensaje a Alejandro diciéndole, lo más fría y escuetamente que pude, que podía venir a por mí, que mi hermano ya se había ido.

Alejandro no tardó más de treinta minutos en aparecer con su Jeep en la puerta trasera de casa de mis padres. No podía evitar seguir molesta con él por cómo se había portado conmigo el día anterior, pero verlo apoyado en la puerta del coche con sus gafas de sol Rayban Wayfarer, no me ponía nada fácil seguir en la posición de cabreada y no tirarme a sus brazos y besarle como si no hubiera mañana, que asco daba que fuera tan atractivo. Me fijé que se había cortado un poco el pelo, y puedo decir que estaba aún mejor, si eso era posible.

Respiré hondo, enfrié mentalmente cada parte de mi cuerpo que tenía una temperatura superior a la normal por culpa del maldito, que parecía un modelo digno de portada de revista de moda.

Intenté mantener una distancia prudencial de su cuerpo y me dirigí hacia la puerta del copiloto con actitud seria y sin mirarle directamente a los ojos, me estaba protegiendo para no perderme y olvidar que estaba enfadada con él.

—¿Nos vamos ya? —pregunté con la mano puesta en la manilla de la puerta del coche.

—Sí, claro, ¿vamos al Chico Ostra y tomamos algo? —me contestó.

—Me parece bien. —No dije más.

En el trayecto hasta llegar a la ciudad reinaba un silencio un tanto incomodo, que Alejandro rompía cada minuto con preguntas educadas, como ¿qué tal la despedida de tu hermano?, ¿cuándo vuelves a verlo?, ¿qué tal la comida con tus padres?, y más preguntas que yo contestaba escuetamente con una palabra o dos. Y sinceramente me estaba cansando, yo no quería preguntas, yo quería respuestas. Así que le pregunté directamente:

—¿Me vas a decir qué coño te pasó ayer conmigo?

—Joder, Helena, que sutil.

—De verdad tengo que formular la pregunta más educadamente para que me respondas.

—No, no hace falta —dijo sin apartar la mirada de la carretera—. A ver, primero de todo, lo siento. Sé que me comporté como un imbécil, no sé que me pasó, lo pagué contigo y tú no tenías la culpa.

—Ok, entonces ¿entiendo que no pasó nada, ni hice, ni dije nada para que estuvieses de mal humor?

—No, de verdad. Fui yo que me levanté mal y se me hizo todo cuesta arriba.

—¿Entonces solo fue un mal día?

—Sí, algo así. —No me decía del todo la verdad, tenía que seguir presionando para que dijera lo que necesitaba oír.

—Y lo que pasó la noche anterior, no tuvo nada que ver, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —Por primera vez apartó la mirada de la carretera y me miró con el ceño fruncido.

—A que no follamos como siempre, fue más ¿no crees?

—Sí, fue diferente no dijo más y volvió a mirar a la carretera.

Me quedó claro que no iba a conseguir sacarle nada sobre por qué se comportó de aquella manera, así que no me quedó otra que olvidarme del tema, pero lo de la cena con “su amiga” no podía ignorarlo y dejarlo correr.

Cómo era complicado aparcar cerca de la cafetería, dejó el coche en el garaje de mi edificio, como Pablo estaba aún en Asturias la plaza de parking del piso estaba vacía.

Fuimos hasta el Chico Ostra dando un paseo, me cogió de la mano y la apretó un poco más fuerte de lo normal, supongo que para hacerme sentir que estaba allí, que había vuelto, que no tenía nada de qué preocuparme. Pero mi cabeza seguía con el runrún de la cena con su amiga, y ya era hora que me explicara si había pasado algo con ella.

—¿Qué tal la cena con tu amiga? —pregunté directamente.

—Vaya hoy no te guardas una.

—Pues no, hace tiempo que decidí no callarme las cosas que necesito decir.

—Y me parece bien, es como debe ser.

—¿Y bien?

—No fui, la llamé y le dije que no podía. Preferí ir a tu piso, verte y pedirte perdón pero no estabas, Ana me dijo que te habías ido a casa de tus padres, y no te llamé para no molestarte.

—La verdad es que me sentó bastante mal que me dijeras que te ibas a cenar con una amiga, y más como estaban las cosas entre nosotros desde que nos despertamos. Sé que te molesta que te diga estas cosas, y también sé que no somos pareja y no tengo derecho para decírtelas, pero te mentiría si no te dijera que ayer pasé un día de mierda por tu culpa, y que me dolió que pensaras en cenar con otra.

Me soltó la mano y se colocó frente a mí, colocando sus manos en mis hombros.

—Escúchame Helena, tienes razón y tienes derecho a decirme lo que quieras. Ayer me porté como un auténtico imbécil contigo y lo de la cena fue la peor idea que pude tener. Te pido perdón por hacerte sentir mal, no te lo mereces. No te puedo decir más, porque seguro que la cagaría aún más, y no quiero. Lo único que quiero es estar bien contigo todo el tiempo posible.

¿El tiempo posible?, preferí no quedarme solo con eso, no quería obsesionarme con la palabra tiempo, no quería saber lo que quiso decir. Alejandro no era tan transparente como él decía, y tenía la sensación de que cuando empezabas a descubrir más de lo que él quería mostrar, es cuando te encontrabas con un muro, y tras él habría muchas cosas que no estaba segura si me convenía saber.

Nos sentamos en la mesa de siempre, junto a sus fotos, de las seis conocía la

historia de cuatro, solos nos quedaban dos. Después de hoy ya no podríamos utilizar sus fotografías como excusa, las primeras dos nos sirvieron para volver a vernos tras el cumpleaños de Ana, las dos siguientes para encontrarnos tras el primer malentendido después del encuentro de su amiguita cerca de su portal, y ahora tras el día de ayer las imágenes de sus viajes nos volvían a servir como excusa para volver a estar frente a frente. Pero ya no habían más, ¿a partir de ahora qué excusa utilizaríamos?, aunque la cuestión debería ser si seguiría haciendo falta excusas para vernos cuando uno de los dos la volviera a fastidiar.

La camarera de siempre, miraba a Alejandro fijamente, pero no le podía echar nada en cara, ¿qué mujer del bar e incluso hombre no le miraba de aquella forma? Él era especial, tenía ese magnetismo que hacía imposible que a cualquier persona le pasara desapercibido.

Él pidió una cerveza y yo una Coca-Cola Zero, y empecé a mirar las fotos una por una recordando la historia de cada una de ellas. Tepuy Roraima en Venezuela, el Fitz Roi en Argentina, las ruinas mayas de Tikal en Guatemala y las ruinas Chan Chan en Perú.

—¿Dónde me vas a llevar ahora? —le pregunté.

Levantó la mirada y la fijó en la penúltima foto.

—¿Qué te parece Colombia?

Ante mí, la imagen de una frondosa selva y en el centro unos pequeños escalones de piedra negra que se perdían entre la espesa vegetación.

—Cuéntame —le dije mientras daba un trago a mi refresco.

—Este es uno de los lugares más especiales y míticos de Colombia, la ciudad perdida, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Es un bosque tropical, denso, frondoso y elevado, es alucinante, en un día claro, se puede ver la nieve estando en una playa caribeña, insuperable.

—¿Una ciudad perdida? —pregunté con curiosidad.

—Sí, es un lugar único porque durante casi cuatrocientos años nadie se acordó de su existencia. Los nativos que allí vivían, una tribu llamada Cogui, tuvieron que huir de la viruela cuando los españoles llegaron a la costa, y la selva fagocitó y ocultó la ciudad desde entonces. Sin duda lo más bonito es el camino en sí. Se llega después de tres días de caminata a través de la selva,

siguiendo un sendero que sube y baja paralelo al río Purataca. Recuerdo que la humedad era insoportable y los mosquitos son los más sanguinarios que he conocido. Tienes que cruzar varios arroyos con agua, a veces, hasta casi la cintura. Vas siempre empapado, ya sea por cruzar ríos, por el propio sudor, o por las lluvias torrenciales, que además convierten partes del sendero en auténticos barrizales. Suena mal, pero la verdad es que nos lo pasamos genial.

—Odio la sensación de llevar la ropa mojada. —Y no pude evitar poner cara de asco.

—Vale la pena, porque de pronto, en medio de la selva impenetrable y salvaje, aparecen como por arte de magia, esos escalones de piedra negra pulida que ves en la foto, unos 1.200, que suben vertiginosamente hacia no se sabe dónde. Al final, en una loma estratégica, están las ruinas de la ciudad.

—¿Y cómo es?

— Los arqueólogos han limpiado la vegetación lo suficiente como para poder dejar a la vista unas terrazas circulares de piedra, las cuales se supone que eran las bases de las casas y los caminos que las unen. Sorprende el tamaño del lugar, debió ser un centro realmente grande e importante.

—¿Pero no hay ruinas?

—Nada, solo unas explanadas. Ah bueno, y los Cogui, la comunidad nativa que vivía allí, aún siguen existiendo, pero bien metidos en la selva. Tuvimos la suerte de cruzarnos con algunos miembros de la tribu y nos contaron algunas costumbres bastante curiosas, por ejemplo, que no se cortan el pelo nunca ni ellos ni ellas, que están obligados a tener un hijo por año o se le castiga realizando trabajos comunitarios, y cuando la mujer no puede tener más hijos, se casan con otra, es muy habitual familias con dos esposas y unos treinta y cinco hijos.

—Joder.

Miré la foto de nuevo, cuantas cosas esconde una imagen de unos escalones ocultos en una frondosa selva, y yo aquí en una ciudad que me sorprendía de vez en cuando pero no me aportaba nada nuevo. La experiencia de ver el mundo a través de los ojos y las palabras de Alejandro me estaba abriendo una ventana, de la cual no podía despegarme de sus vistas. Entonces comprendí que él vivía, y yo me dedicaba a sobrevivir, a verlas venir y hacer lo mejor posible con lo que el día a día me iba dando.

Él en cambio era capaz de abandonar todas sus posesiones, comodidades y prejuicios por ver mundo, por conocer lugares perdidos, se iba a vivir la vida.

—Y solo nos queda una fotografía. —Sus palabras me devolvieron a la mesa sentada frente a él.

—Sí, la última —dije con melancolía.

—El salar de Uyuni en Bolivia

Recordé ese lugar, lo nombró cuando hicimos el amor, cuando viajó sobre mi cuerpo tendido en su cama, dijo que mi piel era salada como el salar de Uyuni, mientras lamía mi cuello con su lengua. Solo de recordarlo mi cuerpo se estremeció desde la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies.

La última imagen era un desierto blanco sin fin formado por hexágonos ubicado al sur de Bolivia. Me contó que el salar tiene una superficie de unos doce mil kilómetros cuadrados y se estima que contiene unos diez mil millones de toneladas de sal. Esta especie de desierto se formó por la evaporación de mares antiguos que han ido desapareciendo con el paso de los años. Cuando llueve la superficie se cubre de agua y se convierte en un lugar irreal, un gran espejo donde se refleja el cielo. Dijo que algún día volvería porque en aquel momento no tuvo la suerte de verlo así, al no haber agua la superficie se endurece y aparecen las figuras geométricas que se veían en la imagen.

Cuando terminó de hablar de aquel curioso lugar, la camarera volvió a acercarse a nuestra mesa.

—Alex perdona, solo quería decirte que hoy invitamos nosotros, por habernos prestado tus maravillosas fotografías. Ya te llamamos cuando sepamos el día que vayamos a quitarlas, para que puedas venir a recogerlas. Esperamos que cuando vuelvas a viajar te acuerdes de nosotros y nos traigas más ventanas al mundo.

—Por descontado, gracias a vosotros —contestó él con su característica sonrisa que te cortaba la respiración.

La chica se quedó unos segundos mirándole embobada, seguramente perdida en el azul de sus ojos, aún cuando la conversación entre ellos ya había finalizado. No era la única que estaba enamorada de sus fotografías, y por lo visto tampoco de Alejandro.

26. ¿BAILAS?

Cuando estábamos a la vuelta de la esquina de mi portal, Alejandro me sorprendió agarrándome por la cintura y atrapándome entre la pared y su cuerpo, y comenzó a besarme fuerte y apasionadamente.

—¿A qué viene eso? —dije cuando me dejó un segundo para respirar.

—Que no aguantaba más estar sin besarte, y además te quería pedir algo, quiero que nos vayamos a mi casa y encerrarnos hasta el domingo. Desnudos, solos tú y yo, sin salir para nada, quiero tocarte hasta que me duelan las manos de tanto hacerlo —tragué a duras penas, era imposible escuchar esas palabras salir de la boca de Alejandro sin que mi corazón no se desbocara, comenzara a tener un calor terrible y sintiera un plácido hormigueo en cierta zona.

—Parece una oferta imposible de rechazar —respondí.

—Es que lo es.

Subimos a mi piso para que pudiera coger una mochila con algunas cosas que podría necesitar, aunque él no para de insistirme de que no me haría falta nada porque no iba a dejarme que me vistiera en ningún momento. Ana no estaba en casa, pero le dejé una nota pegada en la nevera diciéndole que el sábado por la noche volvería al piso para cenar los tres juntos, ya que Pablo volvería de Asturias ese día.

Llegamos a su casa y cumplió su palabra en lo de estar desnudos todo el tiempo, estuve vestida lo que tardó en cerrar la puerta y en cogerme en brazos. Me dejó sobre su cama con delicadeza y nos desnudamos el uno al otro para follarnos como si fuéramos animales, como si nos faltaran manos para tocarnos, labios para besarnos y se nos escapara el tiempo. Siguiendo sus órdenes cenamos en la cama desnudos, para luego quedarnos dormidos con nuestros cuerpos enredados.

Cuando me desperté Alejandro ya no estaba a mi lado, pero no había ninguna nota en la mesita avisando que se había ido a correr, porque esta vez no había huido y enseguida lo escuché trasteando en la cocina preparando el desayuno. Me puse unas braguitas y una camiseta, es curioso, porque ya me había visto más que desnuda, pero lo de pasearme por su casa sin ropa a las

nueve de la mañana me incomodaba un poco, aún me quedaba algo de pudor.

Me acerqué a él descalza sigilosamente y lo abracé por detrás, colocando mis brazos alrededor de su pecho desnudo y dándole besos en la espalda. Aspiraba su olor como una “yonki” que necesita su dosis de droga para poder pasar el día en condiciones.

No tuve que hacer un gran esfuerzo para encontrar lo que buscaba ya que él sí que seguía desnudo. Alejandro cocinando y sin nada de ropa era una agradable visión para empezar la jornada. Tras unas caricias en su pecho y cintura, bajé mi mano siguiendo el camino que me marcaban sus oblicuos levemente marcados y empecé a acariciarle su ya erecto miembro y mi mano empezó a subir arriba y abajo. Él paró de cortar pan, dejó el cuchillo sobre la tabla de madera, y colocó ambas manos sobre la encimera, inmóvil y en silencio, mientras yo seguía acariciándole y repartiendo besos por su espalda.

Lo escuchaba respirar profundamente y algún que otro sonido cargado de placer se escapaba de su garganta, entonces se giró y me cogió en brazos, me agarré de su cuello y mis piernas se enlazaron en su cintura hasta llegar a la mesa del salón donde me dejó sentada, no dejamos ni un segundo de besarnos desde que salimos de la cocina. Entre beso y beso me quitó la camiseta y como siempre hacía, bajó su cabeza para darle los buenos a días a mis pechos, cogió uno con la mano y se metió un pezón en la boca y jugó a torturarme con el roce de sus dientes. Repitió los mismos gestos con el otro pezón, como si éste pudiera tener envidia de su homónimo. Siguió bajando e hizo que me inclinara hacia atrás haciendo que me quedara apoyada con mis codos, seguí mirándolo expectante al ver que su cabeza se dirigía a mi entrepierna, sin duda una de las imágenes más excitantes que podía haber. Cogió el elástico de mis bragas y me las bajó hasta que cayeron al suelo.

—Odio cualquier prenda de ropa que cubra un centímetro de tu piel, no me gusta que se interponga en mi camino.

El sol entraba por la ventana e iluminaba mi rostro y mi pecho, él se separó para mirarme con cierta distancia.

—Eres preciosa.

Cogió una cámara de fotos que estaba sobre el sofá, la cual ni me había percatado que estaba allí, y me hizo un par de fotos, la volvió a dejar en el mismo lugar de donde la había cogido, y se colocó entre mis piernas para

volver a besarnos, yo me incorporé para rodear su cuello con mis brazos.

Me encantaba el sonido que hacíamos cuando nos besábamos, el choque de nuestras bocas, el baile de nuestras lenguas, ese sonido tan particular y que inundaba todo el espacio que nos rodeaba, y de fondo solo se escuchaba a Henri Salvador cantando *Mediterranee*.

Cogió una de mi piernas que colgaban de la mesa y la colocó sobre su cadera, con mi gemelo le empujé contra mí para que me penetrara de una vez y dejara de hacerme sufrir. Se la cogió con la mano y la dirigió hacia mi abertura, y con un movimiento lento pero certero se fue abriendo camino hasta al fondo de mí, en todos los sentidos, como siempre hacía.

Aquella vez, recuerdo que no dejamos de besarnos ni un solo segundo, mis dedos recorrían acariciando su espalda de arriba abajo una y otra vez, estábamos desayunando sexo, besos y caricias. Se movía lentamente mientras me agarraba por la nuca con una de sus manos y la otra descansaba bajo mi espalda para controlar sus penetraciones, que eran lentas, acompasadas y fuertes.

Empecé a sentir un hormigueo, pero no me estaba acariciando el clítoris, él tampoco lo hacía, únicamente era el roce de nuestros cuerpos al ritmo de sus embestidas el que me hacía sentir el preludio de un orgasmo, sin palabras, y solo con la presión de mi gemelo que aun rodeaba su cadera le indiqué que necesitaba más rapidez en sus movimientos. Y así, como nunca me había pasado antes, me alcanzó un orgasmo como una corriente eléctrica que me recorrió la columna y exploté. Él tampoco se esperaba que me corriera y se sorprendió al notar que mis músculos internos se tensaban y le presionaban, y se dejó llevar prácticamente a la misma vez que lo hice yo, y nuestros gemidos cargados de placer inundaron el salón.

Dejé mi cabeza apoyada sobre su hombro unos segundos para recuperarme, levanté la cabeza, nos miramos, me sonrió, metió detrás de mi oreja un mechón que se había escapado de mi moño y me dio un casto beso en los labios.

—Estás preciosa esta mañana. ¿Te apetece café y tostadas? —sonreí.

—Sí, por favor.

Y así, sin decir nada más y sintiendo tanto, él volvió a la cocina a terminar el desayuno y yo me metí en el baño para darme una ducha rápida. Me miré

al espejo y el reflejo que me devolvió me gustó, mi cara natural sin nada de maquillaje, sonrojada, con una pequeña marca de las sábanas aún en mi mejilla, mis ojos brillaban, juraría que eran más verdes que de costumbre y en la boca esa sonrisa, que prácticamente no me había abandonado desde que lo conocí, me sentía especialmente genial aquella mañana.

Pasamos el resto del día desnudos en la cama hablando, viendo alguna película y leyendo. Él cada dos por tres me hacía fotos, hasta aquel momento nunca nos habíamos fotografiado, ni siquiera los días que pasamos en Cadaqués. En todas las fotos que nos hicimos salíamos desnudos, pero solo eran fotos de nuestros cuerpos o de nuestros rostros, siempre tuvo el detalle de que ninguna se pudiera ver que ese pezón o esa curva de espalda me pertenecían.

Durante esos días que pasamos encerrados en su piso, en los que vivimos aislados del mundo en nuestro propio paraíso como Adán y Eva, no permitía que nos separáramos más de lo estrictamente necesario, éramos como dos cuerpos imantados que no podían estar alejados mas de unos metros o minutos, una curiosa y agradable sensación de dependencia física.

Una tarde puso música de piano y nos pusimos a leer, yo una edición en francés del “El Principito” que encontré en su librería, yo no sé francés pero con las veces que me había leído el libro no necesitaba traducción, y él leía “El Dios de las pequeñas cosas” de la escritora india Arundhati Roy, según me dijo era un libro muy bien escrito, bonito pero muy triste, que había que ir leyendo lentamente y disfrutando cada detalle.

Empezó a sonar una canción muy lenta, bellísima, que me hizo parar de leer porque se me erizó el vello de la piel.

—¿Qué suena? —pregunté.

—Es Michael Nyman.

—El compositor de la banda sonora de la película “El Piano”. —Y lo sabía perfectamente porque Samuel me grabó su banda sonora para estudiar.

—Exacto, espera y te digo el nombre de la pieza. —Se levantó y miró la pantalla del reproductor—. Se llama “*Love doesn't end*”. —Se acercó a la cama y me tendió la mano —. ¿Bailas?

—¿Cómo? —pregunté como si no le hubiera escuchado bien.

—Que si la princesa de la boca de fresa me concede este baile. —Sonreí como una niña.

—Por supuesto —dejé el libro y bajé de la cama para que sus brazos me acogieran

Apoyé mi cabeza sobre su pecho y más que bailar me dejé mecer por él, nuestros cuerpos desnudos se convirtieron en uno y la melodía extremadamente lenta y bella a rabiarse, me transportaron a un lugar en el que deseaba quedarme a vivir, un país donde no existiera el tiempo, donde siempre estaríamos desnudos y nos amaríamos sin miedo a decirlo, un lugar, que aunque suene mal, no me importaría morir, porque en aquel momento era tan feliz que me daba un miedo atroz no volver a serlo así nunca más.

Entonces recordé un diálogo entre el señor Conejo y el Sombrerero de “*Alicia en el País de las Maravillas*” que siempre me había gustado:

—“*Lo mejor será que bailemos.*”

—*¿Y que nos juzquen de locos, señor Conejo?*

—*¿Usted conoce cuerdos felices?*

—*Tiene razón, bailemos.*”

Él levantó una mano y me limpió una lágrima que caía por mi mejilla, no me había dado cuenta de que estaba llorando y de nuevo esa sensación, esa presión en el pecho y esas palabras que se quedan atravesadas en mi garganta y que no acaban de salir al exterior.

Hice lo único que me permití a mi misma hacer, abrazarlo fuerte para que desapareciera ese presentimiento de que aquello no iba durar, porque no podía ser real, porque era demasiado bonito y perfecto, era algo superior, incluso a nosotros mismos. Algo que no podríamos controlar y se nos escaparía de las manos como un globo de helio que acaba desapareciendo en la inmensidad del cielo, y solo podríamos mirar cómo se marcha sin poder hacer nada por recuperarlo.

Cuando terminó la canción, se acercó al reproductor y la volvió a poner en bucle, para que no terminara nunca, como aquel momento. Nos tumbamos en la cama e hicimos el amor, como la noche de “viájame”, tocándonos para retener en nuestros cuerpos cada roce, amándonos con todo lo que podíamos para no tener que decirlo.

—No huyas. No me dejes —susurré en su oído entre suspiros.

No hubo contestación, solo más besos y más caricias, esas fueron sus respuestas, y yo no pude hacer más que amarlo.

27. TREINTA Y UNO DE AGOSTO

El sábado intenté convencer a Alejandro que viniera conmigo a cenar al piso con Pablo y Ana, pero prefirió quedarse y aprovechar para solucionar un par de asuntos que comentó que tenía pendientes. Antes de marcharme me pidió que el domingo por la tarde volviera, según él se había quedado a medias con unas cosas que quería hacerme y para que no tuviera dudas a que se refería me lo dijo metiéndome mano mientras intentaba vestirme para volver a mundo real. Así que muy a mi pesar, el sábado a última hora de la tarde me fui sola al piso para cenar con mis compañeros.

Pablo llegó destrozado del viaje, nos trajo cachopos y sidra para un regimiento, y lamentándolo mucho y pidiéndonos perdón se metió en su habitación porque decía que estaba cansadísimo y sus ojos se cerraban solos. Ana y yo decidimos cenar sushi y reservar los cachopos y la sidra para cuando Pablo hubiera descansado y recuperado las fuerzas. Antes de acostarme llamé a Alejandro, le conté que tal había ido la noche y tras hacerme la dura y convencerle de que no era buena idea ir a su casa a esas horas, colgué y me quedé dormida.

Llegó el domingo y último día de vacaciones, al día siguiente vuelta a la rutina, al trabajo, a los madrugones, a las caras largas en la oficina, al metro en hora punta, que pereza me daba todo aquello. Yo quería seguir despertándome junto a él, incluso con la molesta luz que entraba por la ventana casi aún de madrugada, desayunar sin prisas, tras habernos desayunado nosotros antes entre las sábanas o en la mesa del salón.

Cuanto me había dado agosto y cuanto me quitaría septiembre. Entonces pensé que no había que ser tan agorera, los meses que vendrían también me podían traer cosas buenas, como alguna escapada de fin de semana, besos bajo las sábanas resguardándonos de la llegada del frío, etc. Septiembre era simplemente el mes que le sigue a agosto, solo que ahora contaría con menos tiempo para nosotros.

Me desperté en la oscuridad de mi habitación, intentaba no perder el hábito de bajar la persiana cuando no dormíamos juntos, me ayudaba a ubicarme de que estaba en casa y que él no estaba. Me vino bien volver antes a casa, necesitaba tener un poco de tiempo para mí, cuando estaba con él me sentía

absorbida por su presencia y hacía absolutamente nada.

Aproveché para limpiar la habitación y organizarme la ropa para la vuelta al trabajo, ropa gris y triste, como los días que me esperaban encerrada en las cuatro paredes de la oficina con gente también triste y gris, días sin él con personas que no son él.

Pablo se levantó a medio día justo para sentarse en la mesa y comer. Preparamos unos cachopos de los que había traído y Ana y yo nos hicimos las duras a su pregunta de que si le habíamos echado de menos. Por culpa de la botella de sidra que nos bebimos comiendo tuve que meterme en cama y echarme la siesta, si no quería llegar a casa de Alejandro medio adormilada.

Sobre las seis me di una ducha rápida, me recogí el pelo en un moño alto, me puse un vestido amarillo claro de tirantes y las sandalias de piel, que poco me quedaba de ponerme aquellas ropa tan fresca y tan fácil de quitar cuando estaba con Alejandro.

Cogí el metro para llegar hasta su casa, llamé al video portero y me abrió el portal. Subí las escaleras hasta el tercer piso, deprisa, me podían las ganas de verle, de olerle, meter la nariz en el hueco de su clavícula, ¿existía un lugar mejor que ese? La puerta estaba abierta y él apoyado en el marco, guapísimo, tremendamente sexi, sin camiseta. Me lancé directamente a “mi hueco” y aspiré su olor para que cada célula de mi piel se impregnara de él.

—Esto casi se puede calificar como violación. Olerme así no debe de ser del todo legal —me dijo riéndose.

—Oler así es lo que no debe de ser legal, voy hacer como en la película “El Perfume”, voy a matarte, meter tu aroma en un frasquito y llevarlo siempre colgado del cuello.

—Estás loca... —Volvió a sonreír y nos besamos.

Pensaba que iba a ser un beso rápido, pero me abrazó fuerte y todo se volvió mucho más intenso de lo que me esperaba.

—¿Qué te apetece hacer esta tarde? ¿Quieres salir a dar un paseo o prefieres volver a nuestra vida naturista? —me preguntó.

—Lo del naturismo me tira mucho, pero podíamos salir a comer un helado.

Sin ninguna duda me hubiera quitado la ropa y me hubiera abalanzado a quitarle el pantalón, pero también me apetecía aprovechar las últimas horas

de agosto paseando con él por el centro de la ciudad.

—Ok, me cambio y nos vamos —dijo.

Mientras él se estaba vistiendo en el dormitorio, escuchaba la música que había de fondo, que pocas veces había estado en esa casa sin que sonara una nota musical, aquella vez tenía toda la pinta de ser alguna de las sesiones del Hotel Costes, mientras tanto pensaba que algún día podríamos ir a Paris y entonces lo vi. El día de ayer en ese estante no había nada, y en ese momento ahí estaba, como aparecido de la nada.

Mis oídos dejaron de escuchar la música y a Alejandro abrir y cerrar cajones de la cómoda de su dormitorio. No podía apartar la mirada de él. Quizás no era lo que yo pensaba, podía ser uno antiguo que utilizaba como marca páginas, hasta yo solía utilizar entradas de conciertos o de exposiciones usadas para marcar por donde iba en un libro. Asomaba la mitad de él entre las páginas de una guía poco manoseada de Lonely Planet sobre Asia, que tampoco estaba el día anterior en ese lugar de estantería.

Con el dedo pulgar y el índice agarré el billete de avión, lo deslicé lentamente entre las páginas de la guía, lo mínimo posible para poder ver la fecha, con sumo cuidado. Tenía la sensación de que estaba cogiendo una granada que estaba a punto de estallar y dejar en pedacitos diminutos la vida que había vivido este último mes, la vida de la que me había enamorado. Y explotó, dejándome sin respiración. Cinco de septiembre.

Salió del dormitorio con la mirada hacia abajo mientras se abrochaba el cinturón, levantó la cabeza y me encontró mirando por el ventanal, el mismo que un día sus cristales nos devolvieron el reflejo de nuestros cuerpos desnudos.

—He visto el billete de avión. ¿Desde cuándo lo tienes? —le pregunté directamente.

—¡Mierda!, ¿dónde estaba? —Se dirigió rápidamente hacia la librería y lo guardó para que no volviera a quedar a la vista.

—Helena.

—¿Desde cuándo sabes que te vas? —le pregunté intentando disimular el nudo que tenía en la garganta y la presión en el pecho que no me dejaba respirar.

—Joder, desde el martes.

Lo compró el mismo día que me fui de su casa porque él estaba cabreado con el mundo y conmigo porque estábamos cambiándole. Mi hermano tenía razón, Alejandro huía de mí, ya no tenía dudas, entonces las palabras salieron de mí sin pensar, y ni siquiera me giré a mirarle:

—Te vas en cinco días y tengo la certeza de que nada de lo que diga o haga va a hacer que cambies de idea. Así que ahora mismo me estaba preguntando qué debería hacer, irme o quedarme y ver como ridículamente justificas que me estás dejando.

Se acercó, me giró hasta colocarme frente a él y levantó mi barbilla para que le mirara a los ojos. En su rostro vi algo de dolor, con su ceño levemente fruncido, aunque quizás era pena, no por nosotros ni por lo que se rompía, más bien lástima por la pobre Helena que se había vuelto a enamorarse de quien no debía y la volvían a abandonar. Vi mi reflejo en sus ojos, me gustaba verme dentro de él, formar parte de su mirada, ¿por qué no me permitía quedarme ahí?

Seguimos en silencio, quizás no había nada más que decirnos, y lo malo de estos impases es que cabe todo lo quieras imaginar. No había nada que hacer, ya estaba todo decidido y él solo me ofrecía la opción de aceptarlo.

Una parte de mí quería salir corriendo de aquella casa, de alguna manera necesitaba irme, dejarle, ser yo la que se marchara y él quien me pidiera que no me fuera. ¿Pero me merecía huir de allí?, ¿realmente quería volver a sentirme sola dejando todo dentro perforándome y haciéndome sentir cada día peor conmigo misma? No, esta vez no, me merecía algo mejor que salir corriendo y asumir sin más lo que me estaba dando y entonces exploté.

—Eres un cobarde. Un hipócrita. Vendes tu filosofía barata de que vives como quieres, que haces lo que te apetece, que no andas... vuelas, y lo que realmente haces es huir cuando las cosas se ponen difíciles. Pero que sepas que de lo único que no podemos huir en la vida es de nosotros mismos, de lo que llevamos dentro, y tú, quieras o no, me llevas bien dentro.

—Joder Helena, ¿Qué esperabas de mí? No te he engañado, siempre fui claro y sincero contigo.

—¿Te he dicho yo que me has mentado? Aunque que sepas que sí que eres un mentiroso pero no conmigo, eres experto solo en engañarte a ti mismo.

—¿Y que más te da a ti que yo me mienta o sea un cobarde y huya como me dices?

—Porque soy tu puto daño colateral, porque la onda expansiva de las decisiones que tomas me destroza a mí, y no es justo.

—Lo sabías desde el principio y decidiste quedarte, sabías cómo era yo y que me iba.

—Ser de una manera u otra no justifica nuestras acciones, y además ¿por qué lo sabía, pierdo el derecho a que me duela perderte?

Se sentó en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y las manos sosteniendo su cabeza mientras sus dedos estaban hundidos en su pelo, yo permanecí en el mismo sitio inmóvil, junto al ventanal.

—No puedo, esto ha llegado a un punto que ya... ya no me gusta, joder. No es que no me guste, es que no puedo, me supera, se me escapa de las manos y yo no quiero esto, no es para mí.

—¿Tanto miedo tienes? —le pregunté.

—No lo entiendes, joder. No tengo miedo, es que no quiero. Tan difícil de comprender es que no quiero sentir eso, que no quiero cambiar, que no quiero tener la puta sensación de que algo tira de mí en la dirección contraria a la que yo quiero ir. Tienes que entender que no quiero asumir la responsabilidad de no hacerte daño, no quiero hacer sacrificios por nadie.

Aparté la mirada de él y volví a mirar a la calle, a la plaza, domingo por la tarde, último día de agosto, la gente paseaba en todas las direcciones, se oían risas, ecos de conversaciones, personas que parecían felices, pero seguramente cada uno cargaría con sus mierdas. Nadie levantaba la vista, ninguna persona miraba para arriba, no reparaban en que una chica en un tercer piso de un edificio se estaba rompiendo por dentro por las palabras que acababa de escuchar.

Una chica que no comprendía por qué ambos no podían tener aquello que sabía que se merecían. Luego recordé que daba igual que alguien mirara hacia el ventanal, porque como una vez me susurró al oído, los cristales no dejaban ver el interior desde el exterior. Así era él, como aquellos cristales que su madre le obligó poner, él podía verte pero no permitían que lo pudiéramos ver a él.

—Helena, entiéndeme, yo... —Y en ese silencio claramente cabía un “te quiero” y seguidamente el odioso “pero”, pero no lo dijo—, me importas, y no quiero que me esperes mientras busco ser lo que soy.

—Nos merecemos lo que tenemos y tú te niegas a verlo. ¡No es justo, joder!

Y rompí a llorar delante de él y no me avergoncé de hacerlo. Alejandro se levantó e hizo desaparecer la distancia que nos separaba y me abrazó. Me sentí muy pequeña, hipando con la cabeza apoyada en su pecho y agarrada a él con fuerza, porque tenía la sensación de que si me soltaba me caería por el agujero negro y profundo que ya conocía, y acabaría otra vez en el fondo del mismo pozo en el que viví cuando Samuel me dejó.

—Helena, eres lo más especial que me ha pasado. Eres la única. No sé cómo decírtelo.

Yo sí que sabía decirlo, y por primera vez notaba como las palabras que durante semanas había retenido en mi garganta salieron de mi boca, con una voz que tembló menos de lo que me esperaba.

—Te quiero Alejandro. Te quiero de una manera que no sabía que se podía querer. Te quiero con cada parte de mi cuerpo, y no, no quiero que te vayas, no quiero no volver a verte, no volver a olerte, no volver a tocarte, no volver a besarte, simplemente no quiero, no quiero por la única razón de porque te quiero y te necesito.

Él por supuesto no me contestó, le pedí que no se fuera, que esperara un poco un más. Y no me avergüenzo de haber suplicado como lo hice, incluso ahora cuando lo recuerdo, tampoco me arrepiento. Porque hay un momento en la vida, que puede durar segundos, en que lo tienes que dar todo, tienes que luchar con uñas y dientes por lo que quieres, y si tienes que hablar, hablas, si tienes que rogar, ruegas, si tienes que suplicar, suplicas, si tienes que gritar, gritas, si tienes que llorar, lloras. Pero no te puedes permitir quedarte callado y ver como se escapa lo que más amas en ese momento. Y yo lo hice, y no perdí mi dignidad pidiéndole por favor entre lágrimas que no se fuera, porque si no lo hubiera hecho, no hubiese sido justa conmigo misma y nunca me hubiera perdonado dejarle marchar sin haberlo intentado.

Dejé de llorar, me deshice de su abrazo como pude y me puse de puntillas para besarle. Un beso en los labios, una mezcla de sabor salado por las lágrimas y amargo por un adiós. Me dirigí a la puerta, la abrí y paré antes de

cruzarla.

—Adiós, cuídate —le dije sin ni siquiera girarme, no pude mirarle por última vez.

—Helena.

Cerré la puerta antes de que pudiera decir algo más que mi nombre, bajé las escaleras lentamente, mirando cada uno de los escalones que iban desapareciendo tras de mí, y que iban sumando distancia entre los dos. No iba a correr, no era yo la que huía.

Antes de girar la esquina de la calle y desaparecer miré hacia arriba, unos cristales como espejos me devolvieron mi reflejo, pero sabía que él estaba allí, mirándome mientras me dejaba marchar y nos perdíamos.

Yo quise convertirme en su hogar, el destino que no querría que abandonase, el lugar al que siempre quisiera volver, incluso quedarse a vivir. Pero yo solo fui para él un país de paso, una parada más en su viaje.

28. EPÍLOGO

Caminé hasta casa sin apenas darme cuenta de lo que me rodeaba, no veía a las personas sin rostro que casi me rozaban al cruzarse conmigo en las aceras, tampoco me percataba de la presencia de los coches pasando junto a mí, caminaba como un autómata, obedeciendo a la luz de los semáforos como una lección aprehendida y no por elección. Mi mente estaba en blanco y un pitido sordo interior anulaba cualquier sonido de la ciudad que me rodeaba.

No sé cuánto tardé en llegar al piso, había perdido la noción del tiempo, la verdad es que no me importaba la hora que era, en aquel momento no me importaba nada. Creo que cuando entré en el ascensor alguien entró conmigo, pero no sentía su presencia, porque aún tenía los sentidos anulados, no era capaz de reaccionar a ningún estímulo externo.

Entré en el piso y me dirigí directamente a mi habitación sin llegar ni siquiera a asomarme al salón para ver si Ana o Pablo estaban allí. Noté que alguien me cogía del brazo antes de poder llegar a abrir la puerta de mi dormitorio, me giré y vi a Ana con un semblante de preocupación.

—Helena, ¿estás bien? —No podía contestar a esa pregunta, aún no —. Dime algo, me tenías preocupada, te he llamado mil veces al móvil.

Entonces me di cuenta que ella probablemente lo sabía.

—Lo sabes —dije afirmando lo que me imaginaba.

—Me llamó Alex en cuanto te marchaste de su casa para asegurarse de que estabas bien.

—Que considerado por su parte. ¿Tú sabías que se iba? —dije con voz calmada.

—No, me lo acaba decir, te lo prometo.

—Bueno da igual. Me apetece estar sola.

—Si necesitas cualquier cosa estoy aquí.

—Vale.

Cerré la puerta, dejé el bolso sobre el escritorio, me quité las sandalias, entré en el baño y sin ni siquiera quitarme el vestido me metí en la bañera. Abrí el grifo y el agua empezó a caer sobre mí empapando mi ropa hasta quedar

totalmente pegada a mi cuerpo, el agua aún estaba fría porque no le había dado tiempo a calentarse.

Mis piernas ya no aguantaban el peso de mi cuerpo, el peso del abandono, de su huída y me dejé caer al suelo de la bañera, me abracé las rodillas y lloré. Lloré como una niña pequeña que no entiende cómo funciona la vida, con sollozos, hipidos que me impedían respirar, me ahogaba. Mis lágrimas mezcladas con el agua que seguía cayendo sobre mí se iban por el desagüe, de la misma forma que deseaba que la presión del pecho desapareciera.

—Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero... —lo repetí todas las veces que pude en voz baja, quería sacar todos los “te quiero” que no le pude decir, que no me permití a mi misma pronunciar.

No sé cuánto tiempo estuve dentro del baño, seguía en un modo más bien autómata, y así seguí cuando salí de la bañera, me quité el vestido mojado, me puse el pijama y bajé la persiana todo lo posible para que no entrara ni un solo rayo de luz cuando amaneciera. Me metí en la cama, eché de menos que no fuera invierno para poder taparme la cabeza con el nórdico para desaparecer lo máximo posible, apagué el móvil y cerré los ojos, aunque no logré dormir.

Pasé la noche en un estado de duermevela, escuché la voz junto a mi puerta de Pablo que decía que deberían entrar para ver como estaba, y la de Ana que aseguraba que era mejor dejarme sola por ahora. De madrugada Pablo entró en la habitación a oscuras, me hice la dormida, se sentó junto a mí y me dijo en voz baja que esta vez no estaba sola, no dijo nada más y salió de la habitación.

Supuse que ya era de día porque los agujeritos de la persiana estaban iluminados, no tenía ganas de levantarme, no tenía ganas de nada. Pero era lunes y hoy empezaba de nuevo a trabajar, porque la vida a veces es así de perra que no te da ni un respiro, un día tu mundo da una vuelta de 180 grados y al día siguiente tienes que poner tu mejor cara y fingir que no te ocurre nada, y por supuesto sonreír.

Me levanté de la cama y me puse mi falda de tubo de color gris, una camiseta blanca de algodón, los zapatos negros de tacón y preparé la americana negra, aún haría calor pero en la oficina ponían el aire acondicionado casi al máximo, siempre pensé que lo hacían para que no

olvidáramos que trabajábamos para la fría Alemania. Me maquillé un poco, me hice una coleta y salí del piso. Me fui sin desayunar porque no quería tentar a la suerte y cruzarme con Pablo o con Ana que cuando me había ido aún estaban durmiendo o a punto de despertarse. En una cafetería de camino al metro pedí un cappuccino para llevar, me lo fui bebiendo a pequeños sorbos sentada en el vagón. Miraba a la gente que me rodeaba, caras conocidas que había dejado de ver el uno de agosto, y que ahora volvíamos a encontrarnos el uno de septiembre, sin duda alguna el mundo seguía girando y el reloj avanzando, como si agosto no hubiera existido y nunca hubiera conocido a Alejandro.

La semana pasó sin pena ni gloria, iba y volvía del trabajo, no contesté llamadas de gente con la que no me apetecía hablar, respondí a las llamadas de mis padres con monosílabos y fingiendo que todo iba bien, y solo atendí al silencio del móvil porque al otro lado estaba él.

Pablo y Ana tuvieron el detalle de respetar mi espacio y darme tiempo para que saliera de la burbuja en la que estaba metida y de la que aún no me sentía preparada para explotar y aceptar lo que había pasado.

Entonces me desperté el viernes, pero no era un día más, era el día, el día que él desaparecería de verdad de mi vida, el día que cogía un avión y se marcharía lejos, el día que vi escrito en el billete que encontré el domingo en su casa. Sabía perfectamente a qué hora salía su vuelo, no pude evitar memorizarlo.

Por la tarde salí de la oficina a mi hora, me dirigí hacia la parada de metro y no sé porque o quizás lo sabía demasiado bien y no lo quería reconocer, pero no elegí el arcén por donde pasaba la línea que me llevaba a casa todos los días, sino aquella que sabía que me llevaría directamente al aeropuerto. Cuando el metro paró en la última parada e iba a levantarme para salir, el recuerdo de sus palabras me anclaron al asiento: “No lo entiendes, joder. No tengo miedo, es que no quiero. Tan difícil de comprender es que no quiero sentir eso, que no quiero cambiar, que no quiero tener la puta sensación de que algo tira de mí en la dirección contraria a la que yo quiero ir. Tienes que entender que no quiero asumir la responsabilidad de no hacerte daño, no quiero hacer sacrificios por nadie.”

El pitido de aviso de cierre de puertas me sacó de mis pensamientos y me

limité a ver como se cerraban frente a mí las puertas del metro, este empezó a moverse en el sentido contrario, una vez más era yo la que me alejaba, pero seguía siendo él el que huía.

Llegué a casa, estaba sola, Ana se había marchado a mitad de semana a casa de sus padres ya que por fin estaba de vacaciones y Pablo aún tardaría en llegar del bufete. Miré el reloj y vi que faltaban diez minutos para que su avión despegara, abrí una botella de vino blanco y me serví una copa. Me senté en uno de los taburetes de la barra de la cocina y me quité los zapatos de tacón sin utilizar las manos, cogí el móvil y puse la canción “Love doesn’t end” que un día bailamos desnudos, un recuerdo que me parecía más solo mío que nuestro, como si yo hubiera sido la única protagonista de nuestra historia y él solo un mero espectador.

En ese momento en un avión situado en un aeropuerto una guapa azafata rubia estaría explicando que hacer en caso de emergencia, un chico con pelo largo castaño, barba y unos ojos azules inigualables, se estaría colocando el cinturón de seguridad, él sería uno de los que no miran las indicaciones de la azafata porque se las sabe de memoria, y preferiría mirar por la ventanilla, pensando en a saber qué. Podría ser en lo que le espera cuando baje de ese avión o quizás en lo que deja en tierra una vez empiece a volar. En otro lugar no muy lejos de ese aeropuerto, una chica vestida con ropa triste a juego con su mirada toma una copa de vino tras brindar con la ausencia de él y susurrar un último “te quiero” antes de empezar a olvidarle.

ALEJANDRO

(Lunes, 17 de noviembre, en algún lugar de Mongolia)

Estoy donde quiero estar, en el lugar que me ha traído el viento y mis pies, pero no entiendo porque no me siento del todo completo como el resto de veces. Es como si una parte de mí no estuviera del todo conmigo, creo que se quedó entre las sábanas de mi cama junto al cuerpo desnudo de Helena.

Tal y como lo imaginé miles de veces, esto es una mierda, por eso no quería sentir más por ella, porque sabía que esto podría pasar, que lo que más me gusta dejara de llenarme, que empezara a dudar si mis decisiones son correctas, que en ocasiones quisiera estar en otro lugar, o incluso que necesitara su presencia para que un sitio tuviera más encanto.

A ver, no es que quiera dejarlo todo, coger un avión y decirle que la quiero. Primero de todo, porque no la quiero, bueno, no sé qué es lo que siento por ella porque intento no darle vueltas y evitar su imagen siempre que me viene a la cabeza. Y segundo, porque yo no quiero ahora una vida tranquila, yo quiero seguir con mis viajes, olvidarme de su recuerdo que me persigue y cruza cada frontera conmigo.

Ella es diferente a todas las chicas que he conocido antes, y lamentablemente tengo la sensación que no creo que conozca a nadie como ella. Durante agosto tengo que admitir que he sido feliz, casi me sentía tan completo como cuando viajaba, pero siempre me faltaba algo, o era yo mismo el que me imponía barreras, no sé bien lo que me pasaba con ella, pero está claro que me rompió los esquemas.

Reconozco que fui un egoísta y decidí que lo mejor para los dos era volver a irme, no soy un cobarde, no huyo, la cuestión es muy simple, no quiero enamorarme de nadie, ni de ella, aunque digan que eso no se puede controlar, se puede evitar en cierta manera, y fue justo lo que yo estaba tratando de hacer cuando compré el billete.

Ahora continúo mi camino, no se cual será la próxima parada, pero tengo la desagradable sensación de que no estaré solo, su mirada, su tacto, sus últimas palabras seguirán resonando en mi cabeza unos cuantos de miles de kilómetros más, supongo que solo es cuestión de andar un poco más e ir dejando atrás todo lo que pesa.

Agradecimientos

A Lara, porque cuando llegaste lo entendí todo, quizás yo te diera la vida, pero tú le diste sentido a la mía.

A David, porque luchas cada día conmigo, y demasiadas veces por mí cuando yo no soy capaz de hacerlo. Gracias por ser mi constante en esta vorágine en la que vivimos. ¿Te he dicho hoy que...?

A mi madre, por confiar en mí y en lo que era capaz cuando ni siquiera yo creía que pudiera ser posible. Por decidir en su día no matar los pájaros que vivían en mi cabeza, y a cambio hiciste algo mejor, les abriste la jaula y los dejaste volar para que llegaran lejos, como mis sueños. Gracias por quererme, por dejarme ser siempre tu cabecita pensante.

A mi padre, por enseñarme que en la vida las mejores cosas solo se consiguen con trabajo y esfuerzo diario. A mi hermana, porque “te cuesta estar”, pero cuando se te necesita eres siempre la primera.

A Paco Alfonso, porque tú eres el alma de esta historia, el verdadero viajero y mi inspiración. Gracias por permitirme robarte tus vivencias, por regalarme tu visión del mundo, la cual cambió el mío. A Pablo L. porque eres un tipo tan especial que te merecías un trocito de todo esto.

A Sevino, gran ilustrador y mejor persona, hay un momento en que la vida te pone delante a alguien que tiene todo aquello que tú careces y además consigue hacerte la vida más bonita, más fácil y mejor. Gracias por acceder a formar parte de esta aventura, por hacer magia y por esas palabras de tranquilidad cuando más las necesitaba.

A mi familia valenciana y cartagenera, por quererme, ser mi apoyo incondicional y mi Hogar.

A Cari P., paciente lectora, gran compañera de viaje y cajita de sorpresas, a Pablo. S. por ver y congelar mi mejor yo. A Mónica, gran profesional y amiga, por darme y darles un hueco en tu agenda y tratar a mis personajes con tanto cariño y paciencia. A Estefanía, mi lectora final porque no se puede ser más bonita, buena y valiente.

Y ahora quiero agradecerle a mucha gente que me ha apoyado mientras esta historia era un idea, que han estado cerca en esos días de bloqueo mental: a

Cristina y Tico, por resolverme tantas dudas gramaticales y existenciales, a Beatriz y Hao, por emocionaros por cada paso que daba, a mis Mamás de septiembre, hace un par de años nuestros caminos se unieron, la etapa más importante de mi vida, y estoy segura que siempre estaréis ahí, mil gracias por apoyarme y escucharme, os quiero. A mi amigos de Cartagena, mi Picoesquina particular, que me quisisteis desde el momento en que nos conocimos, no tengo palabras para agradeceros vuestro apoyo incondicional.

A la Editorial Sargantana, por confiar en mí, por hacerlo real, por apoyarme y guiarme en esta aventura y hacerlo tan bien. Sois grandes profesionales, y yo he tenido la gran suerte de cruzarme con vosotros, siempre os lo digo, y ahora no iba a ser menos: Gracias!!

A todas aquellas personas, que le dieron “Me gusta” a mi página de Facebook, que me siguieron aún sin leer nada de lo que he escrito, amigos, eso es fe ciega y no tiene precio.

A ti, el último pero el más importante, porque tienes este libro en tus manos, por elegirlo, por elegirme, tú estás haciendo mi sueño realidad. Mil millones de gracias!

1

1 “Sonatina” incluido en el libro “Prosas profanas y otros poemas” de Rubén Darío publicado en 1986

Indigo

Eva Aguilar



Indigo

Aguilar, Eva

9788494446191

692 Páginas

Christine tenía cuatro años la primera vez que vio a Orión. El vampiro entró en su casa, asesinó a su familia y la secuestró.

Durante años, Christine ha crecido sometida a sus normas y su control, odiándolo todos los días de su vida.

A punto de cumplir los dieciocho años, Christine no permitirá que el deseo nuble su juicio, incluso cuando Orión comienza a responder a sus preguntas.

¿Por qué no la asesinó a ella también?

¿Quiénes son los enemigos que los persiguen?

Pero, sobretodo, debe enfrentarse a la pregunta más trascendental de su existencia,

¿SE PUEDE AMAR AL ASESINO DE TU FAMILIA?

ERRANTES



EVA MONZÓN



Errantes

Monzón, Eva
9788494508608
300 Páginas

Unos seres marginados por una sociedad que los rechaza, y que rechazan, se encuentran en su deambular con los restos, que esa misma sociedad ahora en guerra, ha creado. Ya no están solos en la marginación; ahora cada uno como pueda, ha de reconstruirse a sí mismo y recuperar unos destinos truncados.

Situaciones, personajes, momentos y vidas límites que se dan en cualquier contienda donde el hombre lucha contra el hombre, visto y narrado a través de los ojos de una niña aún no nata, que nos invita a verla crecer mientras conduce a los protagonistas a través de sus propios secretos, despejándoles sombras y ayudándoles a decidir qué hacer con los restos de un futuro cambiado.

**YÁMANA,
TIERRA DEL FUEGO**



EMI ZANÓN



EDITORIAL
TRILCE

2^a
EDICIÓN

Yámana, Tierra del Fuego

Zanon, Emi

9788416900091

262 Páginas

Si ya no descendemos del mono, como afirmó Charles Darwin, ¿de dónde venimos? ¿Por qué desapareció el Homo de Neanderthal sin solución de continuidad allá por el 28.000 a.C.?...

En 1923, tras dos años de convivencia con las tribus fueguinas, el joven antropólogo polaco, Krzysztof Wazyck, se despide de sus amigos nómadas del mar, llevándose consigo a Europa, además de su afecto y amistad, un supuesto gran hallazgo capaz de comprometer seriamente los cimientos de la ciencia moderna e incluso creencias y dogmas milenarios; y una gran experiencia introspectiva "El Kina", paralelismo entre sueño y realidad, que lo transformó para siempre en Mank'ácen: "el cazador de sombras"... Dejando atrás una tierra fría y hostil, impresionantemente bella, y el gran amor de su vida: la india Kamanakar.

Una historia fascinante de principio a fin, inspirada en hechos reales y en las vivencias del antropólogo y filántropo Martin Gusinde en la Tierra del Fuego.

Una invitación a la búsqueda de lo que ignoramos de nosotros mismos.

"Una novela que cuestiona nuestros orígenes en una hermosa llamada hacia la paz y el hermanamiento."

DIARIO DE UNA SOMBRA



MARÍA GARCÍA-LLIBERÓS



Diario de una sombra

García Lliberós, María

9788494508691

318 Páginas

Gabriel Pradera, licenciado en Derecho, inicia su imparable ascensión social casándose en 1972 con Nuria Ribazo, perteneciente a una de las familias de banqueros más poderosas de España. Actuó guiado por una ambición impaciente que atribuía a la posesión de dinero e influencias la capacidad para conseguir cualquier objetivo. Treinta años más tarde, situado en la cúpula del poder económico del país, la aparición de un tercer personaje, Gonzalo, portador de un mensaje confidencial, lo obligará a enfrentarse con su pasado porque, como acabará confesando, la responsabilidad derivada de ciertos actos no prescribe jamás y solo se extingue con la muerte.

Diario de una sombra, es una novela realista que discurre por los paisajes urbanos de Madrid, Londres, Lucerna, Valladolid y Valencia. Profundiza en la psicología de los personajes y nos habla de las oportunidades perdidas, la codicia humana, las traiciones y los miedos. También de la inocencia, el engaño, la soledad, la culpa, el anhelo de justicia, la lucha por la vida y, sobre todo, del papel de la familia y la necesidad de conocer nuestras raíces para situar nuestro lugar en el mundo.



**VIDAS
CRUZADAS**



ÁNGEL MARTÍNEZ PONS



Vidas cruzadas

Martínez, Ángel

9788494575730

348 Páginas

Vidas Cruzadas es una biografía, un testimonio, un testigo del paso de muchas personas a lo largo de medio siglo (el pasado), tan cercano al nuestro ya que muchos de sus personajes siguen viviendo a lo largo y ancho de estos tiempos e incluso es muy posible que te hayas cruzado con ellos en los mismos escenarios.

Borja, Marta, Laura, Juan, Amparo... y otros muchos siguen caminando por lugares tan entrañables como la plaza de la Virgen entrando y saliendo de la basílica, caminando por delante del ayuntamiento, saliendo de cualquier cafetería o cruzando por debajo de las Torres. Bueno, todos no. Algunos de ellos nos han dejado ya, pero seguimos oliendo su perfume y respirando su esencia.

Sí, nuestras vidas, todas las vidas de los hombres son vidas cruzadas, relacionada estrechamente como lo están los granos de un enorme racimo de uvas. Nos cruzamos en las calles y en las plazas sin mirarnos, sin dirigirnos una palabra, sin saludarnos. Pero en el fondo, en lo más profundo tenemos la misma raíz, y todos el mismo futuro.